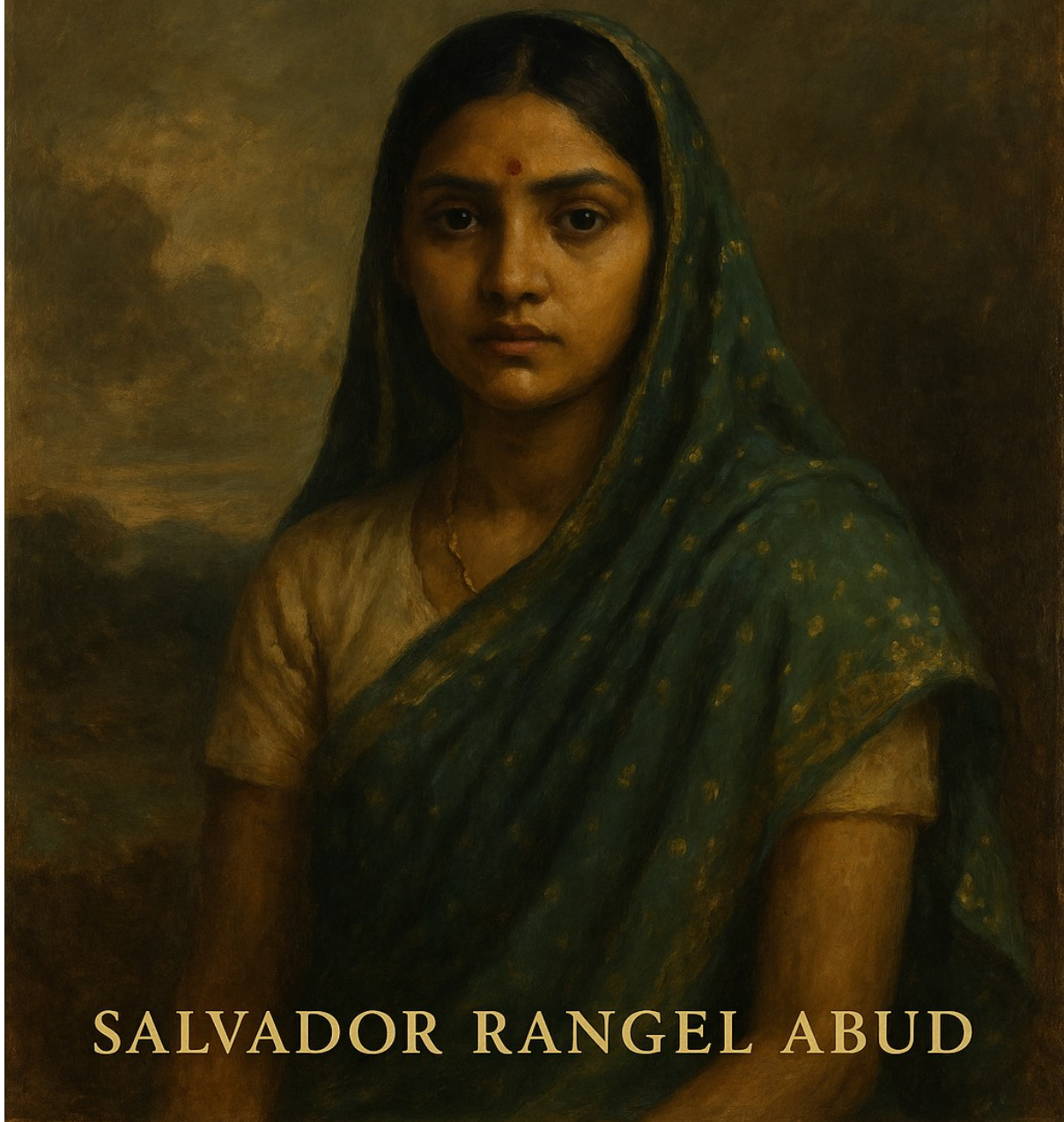


LAKSHMI CONTRA RAKSHASAS



SALVADOR RANGEL ABUD

LAKSHMI CONTRA RAKSHASAS

Una novela de Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Saraswati Prakash tenía diecisiete años cuando un atentado terrorista en el mercado de Hyderabad le arrebató a sus padres y a su hermano menor Nandini de once años. Esa noche, sola en un laboratorio del Indian Institute of Science, decidió que si el cerebro humano tenía la capacidad de transformar recuerdos en cuchillas y emociones en tormentas, debía existir también alguna forma de reparar lo que la violencia rompía.

Años después, en el Instituto Max Planck de Berlín, Saraswati ha conseguido lo que la neurociencia consideraba imposible: una molécula — Sattvium-3— capaz de atravesar la barrera hematoencefálica y restaurar el equilibrio emocional en cerebros devastados por el trauma, sin crear dependencia, sin adormecer la conciencia, sin borrar el pasado. Solo redistribuirlo. Convertirlo de carga insostenible en algo que la mente puede integrar sin colapsar.

Pero Sattvium-3 no solo despierta el interés de la comunidad científica y de organizaciones humanitarias como la Fundación Ajanta. También atrae a una red criminal euroasiática que comprende antes que nadie su potencial más oscuro: una molécula que calma el miedo sin bloquear la voluntad puede convertirse en el instrumento de control psicológico más sofisticado de la historia. No un narcótico que esclaviza por dependencia química, sino algo más sutil y más terrible: una herramienta para fabricar obediencia emocional.

Entre laboratorios en Berlín y París, amenazas en Hamburgo, violencia en Frankfurt y una operación de rescate que lleva el nombre de su hermano muerto, Saraswati deberá decidir qué hacer con su descubrimiento, a quién confiar y hasta dónde está dispuesta a llegar para proteger una molécula que puede sanar o destruir dependiendo de las manos que la sostengan.

Una novela sobre la frontera invisible entre medicina y arma, entre progreso y responsabilidad, entre la luz que ilumina y la luz que incendia.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene violencia terrorista como detonador narrativo (atentado en mercado de Hyderabad), amenazas y persecución por parte de red criminal organizada, violencia física en contexto de thriller (sin descripción gráfica excesiva), experimentación científica en primates bajo protocolos éticos regulados, dilemas morales sobre el uso dual de descubrimientos científicos, y descripción clínica de trastorno de estrés postraumático y sus mecanismos neurobiológicos.

No es thriller de acción sino de ideas. La violencia existe pero no es el centro: el centro es la pregunta ética sobre qué hacemos con el poder de

alterar la mente humana. Los lectores que buscan acción continua pueden encontrar los capítulos de desarrollo científico exigentes. Los lectores que disfrutan la ciencia ficción especulativa con rigor biológico real encontrarán aquí su tipo de novela.

El prólogo es extenso e introduce los fundamentos neurobiológicos necesarios para comprender el dilema central. No es decorativo: es la base sobre la que descansa toda la trama.

Audiencia recomendada: Lectores con interés en neurociencia y psiquiatría, aficionados a la ciencia ficción especulativa con rigor científico, personas que disfrutan thrillers de ideas más que de acción, y quienes aprecian protagonistas femeninas construidas con profundidad psicológica real.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública. Escribe desde Xalapa, Veracruz.

"Lakshmi contra Rakshasas" surge de su formación científica y de una pregunta que lo ha acompañado a lo largo de su carrera en salud pública: ¿hasta dónde puede llegar la medicina sin cruzar la frontera que separa el alivio del control? La novela utiliza el escenario de la psicofarmacología avanzada para explorar dilemas que ya no son especulativos sino urgentes: los avances reales en modulación emocional plantean exactamente las mismas preguntas éticas que Saraswati enfrenta en la ficción.

El rigor neurobiológico del libro no es ornamental. La barrera hematoencefálica, los circuitos del miedo, los mecanismos del TEPT, los protocolos de ensayos clínicos: todo está fundamentado en la literatura científica real. Rangel Abud escribe desde adentro de la ciencia, no desde afuera observándola.

El nombre del libro es una referencia a la mitología hindú: Lakshmi es la diosa de la prosperidad y la luz; los Rakshasas son los demonios que habitan las sombras. Saraswati, cuya tía lleva precisamente el nombre de Lakshmi, libra una batalla que no es solo científica sino arquetípica: la luz del conocimiento contra las fuerzas que quieren apropiársela para oscurecer.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Lakshmi contra Rakshasas

Autor: Salvador Rangel Abud

Idioma: Español

Extensión: Aproximadamente 30,900 palabras

Estructura: Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

Género: Ciencia ficción especulativa / Thriller científico / Ficción sobre ética médica

Año: 2026

Ubicación: Hyderabad, Bangalore, Berlín, París, Hamburgo, Frankfurt, Ginebra

Formato disponible: Digital (PDF/EPUB) de distribución libre bajo licencia Creative Commons

NOTA DEL AUTOR

Esta novela comenzó con una pregunta que no me dejaba en paz: ¿qué ocurriría si alguien desarrollara una molécula capaz de restaurar el equilibrio emocional en cerebros devastados por el trauma?

La respuesta obvia es que sería un milagro. La respuesta que me interesaba explorar es la que viene después: ¿y si esa misma molécula pudiera ser modificada para crear no equilibrio sino dependencia emocional? ¿No euforia sino obediencia? ¿No liberación sino control?

La frontera entre medicina y arma es más delgada de lo que queremos admitir. La morfina alivia el dolor insoportable de un paciente terminal. También destruye vidas cuando circula sin control. El fentanilo es indispensable en cirugías mayores. También es el asesino silencioso de una generación. La anfetamina permite a un niño con TDAH concentrarse en clase. También alimenta epidemias. Cada molécula terapéutica lleva dentro de sí la posibilidad de convertirse en veneno. No por su química, sino por el contexto social, político y económico en que se distribuye.

Saraswati Prakash no es una heroína inmaculada. Es una mujer brillante, marcada por la violencia, obsesionada con convertir su dolor personal en algo útil. Comete errores. Confía en personas que quizá no lo merecen. Toma decisiones con información incompleta. Lo que la define no es su perfección sino su insistencia en seguir preguntándose si lo que hace protege la dignidad humana o la sacrifica.

El título viene de la mitología hindú y de algo más personal: la tía de Saraswati se llama Lakshmi. En la historia es ella quien sostiene a Saraswati cuando todo colapsa. La luz que no viene del laboratorio sino de la familia que sobrevivió. Los Rakshasas son los demonios, sí. Pero también son los miedos propios, los compromisos imposibles, la certeza de que cualquier herramienta poderosa será eventualmente corrompida.

La ciencia es una luz. El final del libro no ofrece certezas. Ofrece algo más honesto: la disposición a seguir preguntando.

LICENCIA

Esta obra se distribuye bajo licencia © Salvador Rangel Abud. Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos: debe dar crédito apropiado (Salvador Rangel Abud, "Lakshmi contra Rakshasas"), no puede utilizar el material con fines comerciales, y no puede distribuir versiones modificadas.

PALABRAS CLAVE

barrera hematoencefálica, neurociencia, TEPT, trauma, psicofarmacología, ciencia ficción especulativa, thriller científico, ética médica, India, Berlín, molécula terapéutica, mercado negro, control emocional, dignidad humana, investigación científica, dilema ético

TEMAS PRINCIPALES

La doble naturaleza de todo descubrimiento. Sattvium-3 puede devolver la paz a un veterano atormentado por flashbacks o convertirse en herramienta de control psicológico masivo. La molécula no tiene moral. Los científicos sí. Y en esa diferencia reside la pregunta central de la novela.

El trauma como motor científico. Saraswati no investiga desde la curiosidad abstracta sino desde la necesidad emocional de quien sobrevivió a la violencia. Su trabajo es también un acto de duelo y de resistencia. Esa motivación la hace más poderosa y más vulnerable al mismo tiempo.

La frontera entre medicina y arma. El libro no plantea que la ciencia sea peligrosa por naturaleza, sino que cualquier herramienta suficientemente poderosa genera inevitablemente actores que quieren apropiársela. La pregunta no es si crear o no crear, sino cómo proteger lo que se crea.

La responsabilidad que no termina con el descubrimiento. Saraswati comprende que su trabajo no le pertenece una vez que existe en el mundo. Que no puede crear y alejarse. Que el privilegio de la ciencia viene acompañado de la carga de vigilar sus consecuencias indefinidamente.

La luz de la mitología y la luz de la neurociencia. El título conecta dos sistemas de comprensión del mundo: el arquetípico hindú y el biológico moderno. Ambos intentan lo mismo: explicar por qué algunas fuerzas iluminan y otras destruyen, y cómo vivir en la frontera entre ambas.

CITAS DESTACADAS

"Entender la mente humana es la única manera de que el dolor no sea eterno."

"La barrera hematoencefálica no es maliciosa. Es, como todo en la biología, una solución evolutiva a un problema ancestral."

"La frontera entre medicina y adicción es más delgada de lo que queremos admitir."

"Si esto es tan estable como dicen, no estamos ante un fármaco. Estamos ante un producto."

"La ciencia no existe en un vacío moral. Existe en el mundo, con toda su complejidad."

"No podemos simplemente crear y alejarnos. No podemos pretender que nuestras manos están limpias porque nuestras intenciones eran buenas."

"La verdadera barrera protectora nunca fue solo hematoencefálica. La barrera que realmente importa es moral."

"La ciencia es una luz. Puede iluminar caminos que estaban en la oscuridad. También puede incendiar si no se maneja con cuidado."

COMPARACIONES LITERARIAS

"El mundo feliz" de Aldous Huxley: Ambas obras exploran el uso de la química para controlar el estado emocional de las poblaciones. Donde Huxley imagina una distopía consumada, Rangel Abud muestra el momento en que esa distopía es posible pero aún evitable. La diferencia está en que aquí hay alguien que dice "hasta aquí".

"Frankenstein" de Mary Shelley: La pregunta fundacional es la misma: ¿debemos crear algo bueno si no podemos controlar completamente sus consecuencias? Saraswati es una Frankenstein que sobrevive a su creación y dedica su vida a vigilarla, en lugar de huir de ella.

"El médico" de Noah Gordon: Protagonista que cruza fronteras geográficas y culturales en búsqueda de conocimiento médico, impulsado por una pérdida personal. Ambas novelas tratan la medicina no como profesión sino como vocación nacida del dolor.

"La joven del agua" de M. Night Shyamalan (novela): La tradición mitológica que subyace a una historia aparentemente realista. En Lakshmi contra Rakshasas, la mitología hindú no es decorativa sino estructural: nombra fuerzas que la ciencia todavía no tiene palabras para describir completamente.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Saraswati debió haber detenido el desarrollo de Sattvium-3 cuando supo que actores criminales la vigilaban?

¿En qué momento una investigación debe detenerse por razones de seguridad?

El prólogo establece que la frontera entre medicina y arma depende del contexto social y económico, no de la química.

¿Está de acuerdo?

¿Puede una molécula ser intrínsecamente peligrosa, o siempre es el uso lo que determina el daño?

¿La reforma forzada que el trauma impuso a Saraswati —convertir el dolor en investigación— es saludable o es otra forma de disociación?

¿Hasta qué punto su trabajo científico es también una huida?

El libro sugiere que los científicos no pueden crear y luego lavarse las manos.

¿Es eso realista?

¿Qué responsabilidad tiene un investigador sobre los usos que otros hacen de su trabajo una vez que existe?

Compare Sattvium-3 con las drogas de abuso que el prólogo menciona: heroína, fentanilo, anfetamina.

¿En qué se diferencia fundamentalmente la intención terapéutica de la intención recreativa o de control?

¿Importa la intención si el resultado puede ser el mismo?

¿El final del libro es optimista o pesimista? Saraswati no ha resuelto el problema: la molécula existe, puede ser corrompida, el mundo sigue siendo violento.

¿Qué ha ganado realmente?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

Formato APA: Rangel Abud, S. (2026). Lakshmi contra Rakshasas. Internet Archive. [URL]

Formato MLA: Rangel Abud, Salvador. Lakshmi contra Rakshasas. 2026. Internet Archive, [URL].

Formato Chicago: Rangel Abud, Salvador. Lakshmi contra Rakshasas. Xalapa, Veracruz: Publicación independiente, 2026. Internet Archive.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Autor: Salvador Rangel Abud

Ubicación: Xalapa, Veracruz, México

Email: wrangel.1352@gmail.com

Otras obras: "Pero Grullo en el México Actual" (2026), "La Casa de los Siete Pecados Capitales" (2025), "Donde el Aire ya no Alcanza" (2025), "El Silencio del Manglar" (2025), "La Laguna Roja" (2025), "Los Incendiaros de Papel" (2025), "La Última Ovación" (2025), "Amor sin Destino" (2025), "Las Caras de la Muerte" (2025), "El Camino de la Luz" (2025).

MENSAJE FINAL

Esta novela nació de una pregunta que la medicina no ha terminado de responder: ¿qué hacemos con el poder de cambiar la mente humana?

No es una pregunta abstracta. Los avances reales en psicofarmacología, en estimulación cerebral profunda, en interfaces neuronales, plantean versiones concretas de lo que Saraswati enfrenta en la ficción. La barrera hematoencefálica se está volviendo cada vez más permeable para las herramientas que diseñamos. Y con cada avance, la pregunta ética se vuelve más urgente: ¿estamos creando medicinas o armas? ¿Liberación o control? ¿Luz o fuego?

Saraswati Prakash no tiene la respuesta definitiva. Nadie la tiene. Lo que tiene es la disposición a seguir preguntando, a seguir participando en la conversación sobre los límites de lo que debemos hacer con nuestro poder, a seguir diciendo "hasta aquí" cuando es necesario aunque no sea popular.

La ciencia es una luz. Las manos que la sostienen determinan si ilumina o incendia. Esa responsabilidad no termina con el descubrimiento. Comienza ahí.

Si este libro le hace preguntarse qué fronteras estamos cruzando hoy, en laboratorios reales, con moléculas reales, en vidas reales, entonces ha cumplido su propósito.

Salvador Rangel Abud

Xalapa, Veracruz 2026

Publicación digital de distribución libre Creative Commons BY-NC-ND 4.0
2026

LAKSHMI CONTRA RAKSHASAS

ÍNDICE

PRÓLOGO: La Línea de Fuego Invisible

CAPÍTULO 1: El eco de Hyderabad

CAPÍTULO 2: Una mente forjada en luz

CAPÍTULO 3: La ecuación del umbral

CAPÍTULO 4: Berlín: la segunda patria científica

CAPÍTULO 5: Primates y puertas cerradas

CAPÍTULO 6: El acuerdo francés

CAPÍTULO 7: Los ojos del mercado negro
CAPÍTULO 8: Ensayos humanos: luz en la oscuridad
CAPÍTULO 9: La amenaza bajo la lluvia de Hamburgo
CAPÍTULO 10: Violencia en escala piloto
CAPÍTULO 11: El pacto con la Fundación Ajanta
CAPÍTULO 12: La sombra fractal
CAPÍTULO 13: Operación Nandini
CAPÍTULO 14: La molécula abierta al mundo
CAPÍTULO 15: La memoria como luz
EPÍLOGO: La frontera que no debemos cruzar

PRÓLOGO

La Línea de Fuego Invisible

Existe en el cuerpo humano una frontera invisible que ha definido, más que cualquier otra barrera biológica, los límites de la medicina moderna. No es la piel, que puede atravesarse con agujas. No es el estómago, que absorbe con facilidad. Es una muralla microscópica, elegante y despiadada, construida por la evolución para proteger el órgano más valioso de nuestra especie: el cerebro.

Se llama barrera hematoencefálica.

Imaginen una ciudad amurallada medieval, pero en lugar de piedra, construida con células endoteliales unidas por proteínas de oclusión tan apretadas que ni siquiera las moléculas de agua pasan libremente. Esta barrera separa la sangre, ese río turbulento de nutrientes, toxinas, patógenos y mensajeros químicos, del tejido cerebral, ese santuario eléctrico donde nacen los pensamientos, las emociones, los recuerdos y la conciencia misma.

Durante décadas, esta barrera fue el cementerio de la neurociencia terapéutica. Antibióticos que curaban infecciones en todo el cuerpo fracasaban ante meningitis bacterianas. Antidepresivos que deberían regular neurotransmisores llegaban en cantidades insuficientes. Tratamientos para el Alzheimer, el Parkinson, la depresión resistente y el trastorno de estrés postraumático chocaban una y otra vez contra esa pared celular impenetrable. Los investigadores probaron con liposomas, con nanopartículas, con conjugados peptídicos. Algunos lograban atravesar la barrera, pero dañándola en el proceso. Otros simplemente rebotaban, inútiles, mientras los pacientes seguían sufriendo.

Pero la barrera hematoencefálica no es maliciosa. Es, como todo en la biología, una solución evolutiva a un problema ancestral: mantener el cerebro aislado del caos químico del torrente sanguíneo. El cerebro consume el veinte por ciento de la energía del cuerpo, pero representa apenas el dos por ciento de su masa. Es un órgano eléctrico exquisitamente sensible. No puede darse el lujo de que cada comida, cada toxina ambiental, cada bacteria pasajera altere su delicado equilibrio eléctrico. Por eso, la evolución construyó esa muralla. Y por eso, cualquier sustancia que logre atravesarla de forma selectiva y controlada representa, simultáneamente, una promesa y una amenaza.

La historia de la farmacología cerebral está llena de intentos fallidos y éxitos parciales. La L-DOPA atraviesa la barrera porque se disfraza de aminoácido. Los anestésicos generales la cruzan porque son altamente lipofílicos. Algunas drogas de abuso, como la heroína, fueron diseñadas químicamente, aunque sin intención original, para burlar esta muralla protectora. Pero ninguna de estas sustancias logra lo que la medicina del siglo veintiuno necesita desesperadamente: modular con precisión quirúrgica los circuitos emocionales sin efectos colaterales destructivos.

Para entender lo que está en juego, es necesario comprender, aunque sea de forma elemental, cómo el cerebro maneja algo tan escurridizo como la felicidad. Contrario a lo que sugiere la cultura popular, la felicidad no es un estado de euforia constante. No es un subidón químico. No es la activación desenfrenada de centros de placer. La felicidad, en términos neurobiológicos, es equilibrio. Es la capacidad de una mente para responder proporcionalmente al mundo: sentir alegría sin descontrol, tristeza sin colapso, miedo sin parálisis.

Este equilibrio depende de una red de estructuras cerebrales que funcionan como un sistema de contrapesos. El córtex prefrontal, ubicado justo detrás de la frente, es el estratega. Es la región que planifica, que pondera consecuencias, que dice esto no conviene o vale la pena intentarlo. Es la voz de la razón, la moduladora de impulsos. Cuando esta región se desarrolla plenamente, alrededor de los veinticinco años, el ser humano adquiere la capacidad de proyectarse al futuro, de inhibir respuestas automáticas, de elegir el bien a largo plazo sobre el placer inmediato.

La amígdala, en lo profundo del cerebro, es la alarma de incendios. Detecta amenazas, dispara miedo, activa el cuerpo para huir o pelear. Es rápida, primitiva, indispensable. Sin ella, nuestros ancestros habrían sido devorados por depredadores. Pero si se vuelve hiperactiva, si interpreta sombras como monstruos, puede convertir la vida en una pesadilla perpetua. Las personas con trastorno de estrés postraumático viven con una amígdala en permanente estado de alerta. Un portazo se convierte en una explosión. Una multitud se convierte en una emboscada. El presente se confunde con el pasado traumático.

El sistema de recompensa, formado por el núcleo accumbens y el área tegmental ventral, es el motor de la motivación. Genera dopamina ante experiencias placenteras: comida, sexo, logros, conexión social. Sin él, nada tendría sentido. Los pacientes con anhedonia, incapaces de sentir placer, pierden el deseo de vivir. Pero si se desregula, si se hipersensibiliza a ciertos estímulos artificiales, puede esclavizar a una persona a sustancias o conductas destructivas. Las adicciones no son fracasos morales. Son secuestros neurobiológicos del sistema de recompensa.

El eje hipotálamo-hipófisis-adrenal gobierna la respuesta al estrés. Libera cortisol ante amenazas. Es vital para sobrevivir. Ante un peligro real, el cortisol moviliza glucosa, aumenta la presión arterial, agudiza los sentidos. Pero si permanece activado crónicamente, como ocurre en personas con trauma profundo, corroe la salud física y mental. El cortisol elevado de forma sostenida daña el hipocampo, la estructura cerebral responsable de la memoria. Encoge las neuronas. Dificulta el aprendizaje. Crea un círculo vicioso donde el estrés daña la capacidad de procesar el estrés.

El cíngulo anterior y la ínsula integran información emocional y corporal. Nos permiten sentir el latido del corazón acelerarse, el nudo en el estómago, la calidez de un abrazo. Son el puente entre mente y cuerpo. Cuando estas regiones funcionan correctamente, una persona puede identificar sus emociones, nombrarlas, gestionarlas. Cuando se alteran, aparecen los trastornos de somatización, donde el sufrimiento emocional se manifiesta como dolor físico inexplicable.

Todas estas estructuras conversan constantemente mediante neurotransmisores: serotonina, dopamina, noradrenalina, glutamato, GABA. La serotonina regula el estado de ánimo, el sueño, el apetito. La dopamina impulsa la motivación y el aprendizaje. La noradrenalina mantiene la alerta. El glutamato excita, conecta, fortalece circuitos. El GABA inhibe, calma, evita el caos eléctrico. Cuando esa conversación es fluida, el individuo está en equilibrio. Cuando se rompe, por trauma, genética, ambiente tóxico, aparecen el trastorno de estrés postraumático, la depresión mayor, la ansiedad crónica, la adicción.

Y aquí está el dilema central de esta historia. ¿Qué ocurre si encontramos una sustancia capaz de cruzar la barrera hematoencefálica y restaurar ese equilibrio de forma selectiva, sin efectos secundarios devastadores, sin crear dependencia física? ¿Qué ocurre si podemos devolver la paz mental a

un veterano de guerra atormentado por flashbacks? ¿A una mujer sobreviviente de violencia que no puede dormir sin terror? ¿A un refugiado que perdió todo y vive en el borde del colapso emocional? Esa sustancia sería un milagro. Salvaría millones de vidas. Devolvería la dignidad a quienes el trauma les arrebató la capacidad de funcionar. Pero también sería, potencialmente, un arma.

Porque la frontera entre medicina y adicción es más delgada de lo que queremos admitir. La morfina alivia el dolor insoportable de un paciente terminal. También crea dependencia física devastadora si se usa sin control. La anfetamina permite a un niño con TDAH concentrarse en clase. También alimenta epidemias de metanfetamina en barrios destruidos. El fentanilo es un analgésico indispensable en cirugías mayores. También es el asesino silencioso de una generación de jóvenes estadounidenses. Las benzodiazepinas calman crisis de ansiedad agudas. También generan dependencia tan severa que retirarlas abruptamente puede causar convulsiones fatales.

Cada molécula terapéutica lleva dentro de sí la posibilidad de convertirse en veneno. No por su química intrínseca, sino por el contexto social, político y económico en que se distribuye. Una droga que restaura el equilibrio emocional, que calma la amígdala sin adormecer la conciencia, que permite a la mente traumatizada recuperar su centro sin euforia artificial, sería el santo grial de la psiquiatría. Pero si esa misma droga cae en manos de carteles criminales, si se modifica para generar dependencia emocional, si se usa para manipular poblaciones vulnerables, se convierte en un instrumento de control más sutil y terrible que cualquier opiáceo. Una droga que promete paz interior puede convertirse en la herramienta perfecta para crear esclavos voluntarios.

Y entonces surge la pregunta que atraviesa esta historia de principio a fin: ¿debemos crear algo bueno si sabemos que puede ser corrompido? ¿Debemos renunciar al progreso por miedo a sus consecuencias? ¿O debemos avanzar con la esperanza de que la ética prevalecerá sobre la codicia?

Esta novela no pretende responder esa pregunta con certeza. No ofrece soluciones simples ni moralejas unidimensionales. Lo que ofrece es una exploración honesta de lo que significa ser un científico en un mundo imperfecto, donde la luz que ilumina también puede incendiar. La protagonista de esta historia no es una heroína inmaculada. Es una mujer brillante, vulnerable, obsesionada por transformar su dolor personal en algo útil para la humanidad. Descubrirá que la ciencia no es neutral, que los descubrimientos no pertenecen solo a sus creadores, y que hacer el bien en un mundo complejo requiere más que inteligencia: requiere coraje moral.

El lector encontrará en estas páginas una narrativa que respeta su inteligencia. No habrá pseudociencia disfrazada de rigor. No habrá villanos caricaturescos ni héroes invencibles. Habrá seres humanos complejos tomando decisiones difíciles en circunstancias extremas. Y al final, quizás el

lector comprenda algo fundamental: que la verdadera felicidad no es una droga. Que el equilibrio emocional no puede fabricarse en un laboratorio sin consecuencias. Que la ciencia es una herramienta, y las herramientas no tienen moral. Pero los científicos sí. Y en esa pequeña pero crucial diferencia reside toda esperanza para nuestra especie.

Bienvenidos a la historia de Saraswati Prakash. Bienvenidos a la historia de una molécula que podía curar el alma humana. Y a la historia de los monstruos que quisieron apropiarse de ella.

CAPÍTULO 1

El eco de Hyderabad

La madrugada en que la vida de Saraswati Prakash cambió para siempre no llegó con presagios, ni con señales que la ciencia pudiera traducir en patrones reconocibles. Llegó, como siempre llega la desgracia, con la indiferencia del mundo hacia las vidas que está a punto de fracturar. A sus diecisiete años, aislada en uno de los laboratorios del Indian Institute of Science, Saraswati creía que el universo —ese entramado de fuerzas, partículas y ecuaciones— debía tener algún orden secreto, alguna simetría que explicara por qué algunas familias seguían unidas mientras otras se deshacían sin aviso. En ese entonces aún pensaba que la luz, la geometría y las matemáticas podían, si no explicarlo todo, al menos dar forma al caos. Pero esa madrugada empezó a descubrir que, más allá de cualquier ley física conocida, existe un nivel de violencia que ni siquiera la razón más rigurosa puede domesticar.

Desde horas antes estaba en el laboratorio, empeñada en terminar un análisis de espectrometría que había comenzado con más entusiasmo que prudencia. Las luces blancas que colgaban del techo, las pantallas encendidas, el olor tenue a etanol, todo formaba un escenario monótono en el que solía refugiarse cada vez que el recuerdo de Hyderabad comenzaba a estremecer su mente. Su familia estaba en esa ciudad visitando a los abuelos maternos y asistiendo a un festival que llenaba las calles del antiguo Laad Bazaar con colores, aromas y rezos. Cada año participaban juntos, pero esta vez ella había preferido quedarse para avanzar en un experimento que, según su mentor, podía convertirse en un proyecto serio de investigación si lograba demostrar la estabilidad térmica que él dudaba que existiera. Era una oportunidad demasiado tentadora. Además, justificaría ante sí misma la decisión de evitar los largos trayectos, el bullicio, los saludos interminables, la atención de parientes que insistían en preguntar por sus calificaciones y planes futuros.

Los minutos avanzaban con la regularidad de un metrónomo. Revisó datos, ajustó la calibración del equipo, se frotó los ojos para disipar el cansancio. Sobre la mesa, junto al cuaderno de notas, su teléfono vibró sin que ella lo notara. Fue un temblor leve, casi imperceptible, repetido dos veces, tres, cinco. Cuando por fin lo tomó, encontró una lista de llamadas perdidas: su tía Lakshmi, su abuelo, un vecino de Bangalore cuya presencia en esa lista solo podía anunciar noticias graves. Abrió los mensajes con la esperanza casi infantil de que fueran felicitaciones tempranas, una broma, cualquier cosa que no fuera lo que sintió en el pecho incluso antes de leer. Pero los mensajes no contenían palabras completas: eran fragmentos, exclamaciones, signos que sugerían urgencia, desesperación. Había una

frase especialmente aterrador, escrita por su tía: "Por favor llámanos, es sobre el bazaar. Los encontraron..."

Al principio pensó que sería un accidente menor, un incendio en un local, una estampida durante alguna procesión. Hyderabad era una ciudad vibrante que toleraba bien el desorden de sus festivales. Ajustó su respiración, trató de mantener la mente fría, como le había enseñado el profesor Dev cuando la veía en momentos de tensión. Pero al encender la televisión pequeña del laboratorio y revisar los primeros noticiarios, vio las imágenes que la perseguirían durante años: humo negro elevándose sobre los techos, sirenas, hombres cargando cuerpos envueltos en telas improvisadas. Un periodista hablaba de atentado, de explosiones simultáneas, de víctimas que aún no se identificaban. No mencionó nombres —nadie podía hacerlo tan pronto—, pero ella supo, con la certeza ingrata de un golpe seco, que su familia estaba allí.

Dejó caer el teléfono sin fuerza, como si su cuerpo hubiera olvidado por un instante la lógica de sostener objetos. Llamó a su tía, pero solo recibió sollozos entrecortados. Llamó a un primo y obtuvo información confusa: que la explosión había comenzado en una esquina específica del Bazaar, justo donde solían detenerse para comprar pulseras de vidrio; que sus padres habían dicho horas antes que irían a encontrarse con un pariente; que no los encontraban; que la policía estaba acordonando la zona y pidiendo muestras de ADN. Saraswati no gritó ni lloró. Permaneció en una quietud absoluta, como si la realidad hubiera entrado en suspensión, como si la gravedad misma hubiera dejado de aplicar sobre su cuerpo. Luego, cuando ya no pudo sostenerse, se recargó contra la mesa del laboratorio e intentó respirar sin sentir que algo se desgarraba dentro de ella.

El viaje a Hyderabad fue una sucesión de escenas fragmentadas: un taxi que no recordaba haber tomado, un aeropuerto que se le antojó demasiado luminoso, un vuelo que sintió interminable, un asiento junto a la ventana por el que apenas se asomó. En su mente solo repetía la última conversación con su hermano, horas antes de que partieran. Él había insistido en que volviera con ellos, que se tomaría un descanso del estudio. Era apenas un niño que encontraba fascinación en todo: las luces, la comida callejera, los juegos pirotécnicos. Ella había prometido ir el año siguiente, cuando tuviera menos carga de trabajo; él se había reído y dicho que seguro encontraría otro experimento que la retuviera. Esa risa, que antes le parecía inocente, ahora resonaba como una acusación suave y cruel.

Cuando llegó a Hyderabad, descubrió que la ciudad estaba envuelta en un silencio espeso que contrastaba con su bullicio habitual. La policía impedía el paso a la zona afectada. Había acordonamientos, listas de heridos que se actualizaban cada hora y un centro improvisado donde familias enteras buscaban nombres en pizarras escritas a toda prisa. Nadie quería pronunciar la palabra "muertos" en voz alta. Nadie quería admitir que, en medio del polvo y el humo, había cuerpos irreconocibles que quizá nunca

recuperarían un nombre. Una tía la condujo al hospital donde trasladaban a algunos sobrevivientes. Allí, entre salas abarrotadas, encontró la confirmación que buscaba y temía: sus padres no estaban en la lista de heridos. Su hermano tampoco. Las autoridades, con la mirada baja, le explicaron que habían identificado ciertos objetos personales recogidos cerca del área del impacto. Ella escuchó, pero no procesó; solo percibió el tono de las voces, la compasión involuntaria que suscitaba una joven sola en un país de mil millones de personas.

Durante los días siguientes vivió en un estado que no podría describirse como vida. No comía, no dormía, apenas hablaba. Sus parientes trataban de consolarla, pero cada gesto de afecto abría un nuevo dolor. Se culpaba por no haber estado allí, por haber elegido un experimento antes que un viaje familiar. Se preguntaba si una pequeña alteración —una llamada diez minutos antes, una demora en la salida del festival, un cambio de ruta— habría salvado a su familia. Esa obsesión con los detalles, con las causas y efectos, con las variaciones posibles, era el preludio silencioso de la científica que sería. Pero en ese momento era solo una forma de martirio: imaginar infinitas líneas temporales en las que las cosas ocurrían de otra manera, una manera en la que sus padres y su hermano regresaban a casa.

Una tarde, incapaz de soportar más la presencia de tanta gente hablando en voz baja a su alrededor, salió sola a caminar por una calle que aún olía a quemado. Se detuvo frente al lugar donde había ocurrido la explosión. Había flores marchitas, velas consumidas y fotografías que apenas resistían el viento. No lloró. No tenía lágrimas. Solo sintió que su cuerpo era un recipiente vacío, un espacio donde antes existía un mundo entero. En ese punto, algunos habrían dirigido su rabia hacia un culpable. Otros habrían permitido que el odio se convirtiera en motor. Saraswati, sin entender del todo por qué, se negó a hacerlo. No quería que la mente que amó a su familia fuera la misma que se llenara de odio. No quería que su dolor se convirtiera en un arma. No quería repetir la lógica que había arrebatado vidas sin sentido.

Regresó a Bangalore semanas después, convertida en una persona distinta. No hablaba de lo ocurrido y rehuía cualquier intento de condolencia. Las clases, los pasillos, la biblioteca, todo parecía ajeno. Pero en medio de ese distanciamiento emocional surgió en ella una idea insistente, como un hilo que se tensaba desde un punto invisible del futuro: si el trauma podía destruir la mente humana de esa manera, si podía transformar recuerdos en cuchillas y emociones en tormentas, debía existir también alguna forma de reparar lo que la violencia rompía. No se trataba de borrar el pasado ni de anestesiar el dolor, sino de encontrar una vía para que el cerebro dejara de vivir atrapado en un instante de terror.

Comenzó a estudiar compulsivamente. No para distraerse, sino para sobrevivir. Leía sobre la amígdala, sobre el córtex prefrontal, sobre los circuitos que gobiernan el miedo y la memoria. Asistía a todas las conferencias disponibles, incluso aquellas que parecían ajenas a su interés

inicial por la física. Escuchaba a neurocientíficos hablar de la plasticidad cerebral, de la posibilidad de reorganizar redes dañadas. Cada descubrimiento encendía en ella una mezcla de esperanza y furia: el mundo había arrebatado a su familia, pero quizá ella podría impedir que otros vivieran algo similar. Era un acto de resistencia contra el sinsentido.

Su mentor, el profesor Arun Dev, notó ese cambio. Lo vio en la forma en que tomaba notas, en la intensidad con que formulaba preguntas, en su incapacidad para desconectarse del laboratorio. Él, que había perdido a un hijo años atrás por una enfermedad rara, comprendió antes que nadie que Saraswati necesitaba un propósito para no derrumbarse. Un día, después de una sesión particularmente exigente, le dijo con serenidad que la ciencia no podía devolver vidas perdidas, pero podía salvar otras. Que el conocimiento no era un bálsamo, pero sí una manera de dar sentido a lo que el mundo nos quita. Ella escuchó esas palabras sin responder, pero las llevó consigo durante toda su juventud.

El capítulo termina con una imagen que define el inicio de su camino: Saraswati, sola en su habitación, observando la luz tenue de una lámpara que proyecta sombras suaves en la pared. En su cuaderno de notas escribe una frase que no sabe aún cómo desarrollará, pero que siente con una certeza absoluta: "Entender la mente humana es la única manera de que el dolor no sea eterno." Esa frase, que en apariencia es solo un pensamiento íntimo, contiene el germen de todo lo que vendrá: su vocación, su obsesión y su condena. Desde ese instante, su vida deja de ser la de una estudiante brillante para convertirse en la de una mujer que busca, con una mezcla de ciencia y necesidad emocional, una forma de reconstruir la frontera invisible que separa el miedo del equilibrio, el caos de la calma, el trauma de la posibilidad de vivir.

Ese es el eco de Hyderabad: no solo el sonido distante de una explosión, sino la vibración interna que transforma a una joven ordinaria en alguien que dedicará su vida a intentar sanar la herida más profunda que conoce: la que se abre cuando los recuerdos se convierten en enemigos y el pasado vive atrapado en la sangre, buscando una salida a través del futuro.

CAPÍTULO 2

Una mente forjada en luz

Desde que regresó a Bangalore con el peso de una pérdida que parecía superar todo lo que una mente joven podía soportar, Saraswati Prakash comenzó a moverse por el Indian Institute of Science como si fuera un territorio paralelo al mundo real, un refugio donde la lógica y el método podían imponer un orden mínimo al caos que devastaba su interior. Mientras los demás estudiantes hablaban de exámenes, becas y proyectos, ella avanzaba por los pasillos con la concentración implacable de quien necesita mantenerse en movimiento para no derrumbarse. Había aprendido a ocultar las fisuras de su dolor detrás de una disciplina que rayaba en la

obsesión, como si cada ecuación bien resuelta pudiera suturar un borde roto de su memoria.

Los profesores notaron pronto que aquella joven que antes destacaba por su curiosidad brillante ahora lo hacía por una intensidad silenciosa. Asistía a clases avanzadas, se sentaba siempre en primera fila, pedía referencias de artículos que no figuraban en ningún programa y hablaba poco fuera del laboratorio. Era evidente que había algo en ella que se había endurecido, una especie de capa protectora que no dejaba pasar ni el más mínimo gesto de compasión. No era frialdad ni soberbia; era una forma de supervivencia. La presencia constante del pasado amenazaba con hundirla, y ella respondía con un rigor casi cruel hacia sí misma.

Fue en ese periodo, cuando la vida parecía un territorio inseguro y la ciencia se convertía en un amparo más que en una vocación, que conoció al hombre que marcaría su desarrollo intelectual como pocos: el profesor Arun Dev. Él era, para muchos, una figura enigmática en el campus. Había iniciado su carrera como físico, se había sumergido en la mecánica cuántica durante su juventud y luego, impulsado por una curiosidad que pocos comprendían, se había trasladado al estudio del cerebro humano. Para Dev, no había contradicción entre ambos mundos: la estructura íntima del universo y la arquitectura de la mente eran expresiones de una misma búsqueda, la de los patrones que gobiernan lo visible y lo invisible.

Saraswati lo conoció durante una conferencia improvisada que ofreció en un auditorio semivacío sobre las fluctuaciones cuánticas en la transmisión sináptica. La mayoría de los estudiantes apenas entendían de qué hablaba. Ella, en cambio, sintió que cada una de sus palabras abría una grieta luminosa en la oscuridad que llevaba dentro. No era solo su capacidad para explicar conceptos complejos con una claridad hipnótica; era su forma de relacionar el comportamiento de partículas subatómicas con los procesos de memoria, emoción y percepción. Era como si tendiera un puente entre el dolor humano y la elegancia matemática del mundo fundamental.

Al terminar la charla, Saraswati se acercó con la timidez de quien teme exponerse. Le hizo una pregunta específica sobre la estructura energética de ciertos canales iónicos. Dev le respondió sin apresurarse, observándola con una atención que la desconcertó. Luego añadió algo que ella no esperaba: "Eres capaz de ver patrones donde otros solo ven ruido. No desperdicies eso." Aquella frase quedó grabada en su mente con una claridad casi dolorosa. En un momento en que su mundo parecía reducido a una serie de ruinas interiores, alguien había reconocido en ella una luz que ella misma creía extinguida.

A partir de ese encuentro, Dev comenzó a incluirla en reuniones pequeñas, seminarios y discusiones informales que organizaba para un grupo selecto de estudiantes. La veía llegar siempre puntual, con un cuaderno lleno de anotaciones y preguntas escritas en una letra pequeña y precisa. Al principio ella asistía sin intervenir, evaluando cada palabra, cada fórmula, como si temiera exponerse a un error. Pero con el tiempo, impulsada por la

confianza creciente que el profesor depositaba en ella, empezó a hablar. Su voz era suave, pero sus ideas tenían una nitidez que a menudo dejaba a los demás en silencio.

El laboratorio donde Dev llevaba a cabo sus investigaciones no tenía la apariencia estéril y ordenada de los espacios tradicionales. Era un lugar lleno de pizarras, modelos moleculares, plantas en macetas improvisadas y una mesa en la que siempre había una tetera encendida. Para Saraswati, entrar allí era como ingresar a un espacio donde el mundo exterior dejaba de existir. Podía dedicar horas enteras a analizar curvas de energía, revisar artículos recién publicados o discutir proposiciones teóricas sobre el papel de la coherencia cuántica en la comunicación neuronal. Era como si la estructura delicada del pensamiento científico sirviera, sin que ella lo confesara, para colocar una distancia protectora entre su mente y el recuerdo de Hyderabad.

Dev, con esa mezcla de firmeza y compasión que solo poseen quienes han vivido su propia parte de tragedias, supo leer en ella algo que los demás no veían. No le habló nunca de su familia, no intentó consolarla, no buscó acercarse a su dolor con la torpeza habitual de quienes confunden empatía con intromisión. En cambio, le ofreció rigor, disciplina y una exigencia intelectual que la obligaba a mantenerse firme. Era su manera de ayudarla sin destruir la dignidad de su duelo. Había perdido a un hijo años atrás por una enfermedad cruel, y quizás por eso reconocía la mirada de quien carga con una ausencia que no se puede nombrar sin desgarrarse.

El trabajo conjunto comenzó siendo una colaboración ocasional y terminó convirtiéndose en una relación académica profunda. Entre fórmulas cuánticas y diagramas de redes neuronales, Dev enseñó a Saraswati algo fundamental: que el cerebro humano, por más caótico que pareciera, también obedecía a principios de organización extraordinariamente precisos. Las emociones, los recuerdos, el miedo, el trauma, todo era resultado de interacciones eléctricas y químicas que podían comprenderse, describirse e incluso modularse. No de manera simplista ni reduccionista, pero sí con una precisión creciente que abría posibilidades insospechadas.

Fue durante una de esas sesiones de estudio que Dev le mostró, por primera vez, un artículo donde se hablaba de la barrera hematoencefálica como un límite evolutivo que la medicina no había logrado superar sin daños colaterales severos. Para la mayoría de los estudiantes era un tema técnico, una curiosidad más. Para Saraswati, en cambio, fue una revelación. Entendió que esa barrera no era solo una estructura biológica, sino una metáfora concreta de lo que buscaba desde su regreso a Bangalore: una forma de proteger el cerebro humano sin aislarlo, de permitirle sanar sin exponerlo a un sufrimiento perpetuo.

A medida que avanzaban los meses, su interés por la neurociencia se volvió tan intenso que terminó desplazando parcialmente su fascinación inicial por la física. No porque esta dejara de importarle, sino porque había encontrado en la relación entre física, química y biología un territorio en el que podía

unir lógica y emoción, teoría y experiencia, orden y memoria. Empezó a diseñar experimentos propios, aún modestos pero ingeniosos, sobre moléculas pequeñas capaces de alterar temporalmente sus propiedades de permeabilidad. Aunque nadie lo sospechaba, en esos primeros bocetos se encontraba el germen lejano de lo que años después sería Sattvium-3.

Sus días se dividían entre clases exigentes, conversaciones con Dev y noches de estudio que se extendían hasta que el cielo comenzaba a aclararse sobre el campus. A veces, cuando la fatiga amenazaba con quebrarla, recordaba la risa de su hermano, la forma en que él siempre insistía en acompañarla en sus experimentos infantiles. Ese recuerdo, lejos de hundirla, le daba un impulso silencioso: la idea de que su mente podía ser un lugar donde la memoria de quienes perdió siguiera viva, no como un dolor perpetuo, sino como una forma de avanzar.

Una tarde, Dev la encontró revisando datos en el laboratorio. Estaba tan absorta que no advirtió su presencia hasta que él depositó una taza de té junto a ella. Él no era un hombre dado a gestos sentimentales, pero esa tarde habló con una sinceridad poco habitual. Le dijo que en la ciencia no hay caminos rectos ni certezas absolutas, pero sí momentos en los que uno debe decidir si quiere dedicar su vida a una pregunta que lo supera. Ella lo escuchó sin interrumpir. Y entonces él añadió algo que resonaría durante años en su memoria: "El universo premia a quienes son capaces de sostener la luz incluso cuando el mundo se empeña en volverse oscuridad." Saraswati no respondió. Pero sintió, por primera vez desde el atentado, que tal vez existía un lugar donde su mente podía volver a respirar.

A partir de ese día, su trabajo adquirió un ritmo propio, casi orgánico. Las paredes del laboratorio se llenaron de diagramas que ella dibujaba con precisión quirúrgica, mientras en su cuaderno redactaba hipótesis que combinaban detalles de química molecular con intuiciones audaces sobre campos eléctricos endoteliales. Sus compañeros empezaron a buscarla para pedirle ayuda con problemas técnicos. Sin quererlo, se convirtió en un punto de referencia para otros estudiantes. Pero ella seguía moviéndose con la reserva de quien teme que una palabra innecesaria pueda desencadenar algo que aún no está lista para enfrentar.

El profesor Dev no dejaba de observar su evolución. Sabía que en ella había una combinación rara de disciplina, inteligencia y vulnerabilidad que podía convertirla en una científica extraordinaria o destruirla si perdía el equilibrio entre trabajo y memoria. Decidió entonces orientarla hacia un proyecto que requería tanto su capacidad analítica como su sensibilidad: estudiar cómo ciertas moléculas podían modificar temporalmente su interacción con la superficie endotelial sin comprometer la integridad de la barrera hematoencefálica. Era un tema complejo, que exigía conocimientos de física, química y neurobiología, pero él confiaba en que Saraswati estaba lista.

Ella aceptó sin dudar. Era la primera vez que sentía que un proyecto no solo la desafiaba intelectualmente, sino que le ofrecía un propósito. Lo que no

podía imaginar aún era que ese estudio, nacido en un laboratorio humilde del IISc, sería el cimiento lejano de una molécula capaz de alterar el destino de millones.

En las semanas siguientes, se entregó por completo a su investigación. Aprendió a manipular reactivos delicados, a interpretar curvas de energía con una rapidez inusual y a diseñar modelos matemáticos que describían la interacción entre moléculas y campos eléctricos endoteliales. Las horas pasaban sin que ella lo notara. Había días en que salía del laboratorio solo para ver que el sol ya caía, y otros en los que Dev tenía que recordarle que debía comer algo antes de desmayarse sobre una mesa.

En medio de ese ritmo frenético, comenzó a experimentar un fenómeno inesperado: su dolor ya no la paralizaba. No había desaparecido; no era menos profundo. Pero había dejado de ser un abismo para convertirse en una presencia discreta, un telón de fondo sobre el cual podía construir algo nuevo. Comprendió, con una mezcla de alivio y tristeza, que la ciencia no era una forma de olvidar, sino una forma de sobrevivir.

El capítulo concluye con una escena que sintetiza su transformación. Una noche, después de un día especialmente exigente, Saraswati salió a caminar por el campus. El aire era fresco y las luces de los edificios proyectaban reflejos tranquilos sobre los caminos de cemento. Se detuvo frente a una ventana del laboratorio, observando su propio reflejo en el vidrio. No era la misma joven que había llegado meses atrás, rota por la ausencia de su familia. Había en su mirada una firmeza nueva, una chispa que no venía de la ambición, sino de una necesidad profunda de comprender y de reparar.

Al volver a su habitación, escribió en su cuaderno una frase breve, sin pretensiones: "Si la luz puede abrirse paso incluso entre partículas invisibles, también puede hacerlo entre las heridas de la memoria." Cerró el cuaderno con suavidad y apagó la lámpara. En su interior, por primera vez desde Hyderabad, algo se movió con la delicadeza de una promesa: la sensación de que su mente, forjada en la luz dura del dolor, estaba lista para encontrar un camino propio hacia el futuro.

CAPÍTULO 3

La ecuación del umbral

El tercer año de Saraswati en el Indian Institute of Science marcó un punto de inflexión que no solo consolidó su vocación científica, sino que delineó, aunque ella aún no pudiera sospecharlo, la ruta que la llevaría décadas después a enfrentar peligros para los cuales ningún libro, mentor o ecuación podía prepararla. Hasta entonces había sido una estudiante excepcional, sí, pero todavía una más entre los cientos de mentes brillantes que recorrían los pasillos del instituto. Fue en ese periodo, sin embargo, cuando su nombre comenzó a mencionarse en conversaciones que excedían los límites de un simple progreso académico. Y no por ambición,

sino por algo mucho más profundo: la necesidad de encontrar un orden en un universo que parecía empeñado en destruirlo todo.

Las primeras semanas del semestre la encontraron inmersa en un proyecto preliminar que había diseñado junto al profesor Arun Dev. El objetivo era comprender la interacción de pequeñas moléculas con campos eléctricos endoteliales, una línea de investigación tan específica y compleja que muchos de sus compañeros la miraban con desconcierto cuando intentaba explicarla. Para ellos, los vasos sanguíneos del cerebro eran estructuras meramente anatómicas; para ella, en cambio, eran la frontera viva entre un mundo vulnerable y un territorio donde la memoria, el miedo y la posibilidad de sanar coexistían en un equilibrio tan delicado como inestable.

Saraswati se había propuesto estudiar cómo algunas moléculas podían modificar temporalmente su volumen hidrodinámico en presencia de variaciones sutiles en el potencial eléctrico de las células que conforman la barrera hematoencefálica. El concepto era tan audaz que incluso a Dev le había parecido, al principio, una idea más poética que plausible. Pero él conocía la manera en que trabajaba la mente de su discípula: una capacidad singular para ver más allá de los datos inmediatos, para intuir patrones donde otros solo veían ruido estadístico. Así que decidió permitirle avanzar, no por la garantía de un resultado, sino por la certeza de que de ese proceso emergería algo valioso.

El laboratorio donde realizaban sus experimentos se convirtió en el escenario de jornadas que comenzaban cuando el sol apenas asomaba sobre el campus y terminaban en horas silenciosas de la madrugada. Saraswati calibraba electrodos con una precisión casi ritual, ajustaba parámetros microscópicos en cámaras de flujo y analizaba gráficas que parecían, para cualquier observador externo, simples líneas sin significado. Pero ella veía allí un lenguaje secreto, un código que, si lograba descifrarlo, podía revelar la posibilidad de cruzar la barrera cerebral sin destruirla.

En una ocasión, mientras revisaba por tercera vez una serie de curvas que no mostraban el comportamiento esperado, sintió el cansancio acumulado desplomarse sobre sus hombros. Había trabajado más de diez horas sin descanso, y sus ojos ardían, pero no estaba dispuesta a abandonar el experimento. Fue entonces cuando Dev apareció a su lado, con una taza de té entre las manos y la expresión tranquila de quien sabe que la ciencia exige perseverancia, pero también pausa.

—Deja que el sistema respire —le dijo con suavidad.

Ella asintió, aunque no estaba convencida. Se apartó de la mesa y estiró los brazos con lentitud. El profesor observó los gráficos sobre la pantalla durante un momento antes de hablar.

—Estás buscando un umbral —dijo finalmente—. No un patrón lineal. Algo que cambia solo cuando se combinan condiciones muy específicas.

La palabra "umbral" quedó suspendida en el aire como una chispa encendida. Saraswati la repitió en su mente mientras recordaba la dinámica

de ciertas transiciones cuánticas que había estudiado unos semestres antes. Un umbral no era un punto arbitrario, sino una frontera en la que pequeñas variaciones podían producir transformaciones significativas. Era, en esencia, una puerta.

A partir de ese momento su investigación tomó un rumbo distinto. Comenzó a analizar los datos no como curvas aisladas, sino como sistemas dinámicos capaces de cambiar de fase ante estímulos específicos. Redujo la temperatura en algunos ensayos, alteró la composición de ciertas soluciones iónicas y ajustó los campos eléctricos con una precisión que sorprendió al propio Dev.

Era como si la palabra umbral hubiera encajado en un engranaje interno que llevaba meses detenido, y ahora todo el mecanismo comenzara a girar con una fluidez renovada.

Pasaron semanas antes de que algo concreto emergiera de esa intuición. Fue una madrugada, cuando la mayor parte del campus dormía y el laboratorio estaba sumido en una penumbra azulada, que Saraswati notó una anomalía. Una serie de moléculas parecía reducir temporalmente su volumen hidrodinámico al ser expuestas a un campo eléctrico de una frecuencia determinada.

No era un cambio brusco, sino una oscilación sutil, casi imperceptible, pero suficiente para sugerir que la barrera hematoencefálica podía permitir el paso de dichas moléculas sin comprometer su integridad.

El hallazgo la dejó sin aliento. Durante varios minutos contempló los datos sin moverse, con la sensación de estar frente a una puerta que nadie había visto antes. No era la solución definitiva, ni siquiera una prueba concluyente, pero era la primera señal de que su hipótesis no era un delirio de una mente obsesionada con encontrar orden donde no lo había.

Cuando Dev llegó al laboratorio esa mañana, la encontró sentada en silencio, con el rostro iluminado por la pantalla del monitor. Ella no se había ido a dormir; su emoción era más fuerte que el cansancio.

—Creo que tengo algo —dijo, sin apartar la vista de los datos.

Dev observó los gráficos, los parámetros, los cálculos. Y por primera vez desde que comenzaron a trabajar juntos, sonrió con un orgullo que jamás expresaba a la ligera.

—Esto es importante, Saraswati —dijo en voz baja—. Muy importante.

Durante los días siguientes repitieron los experimentos una y otra vez, perfeccionando los parámetros, eliminando posibles errores, verificando que aquella reducción en el volumen hidrodinámico no fuera un artefacto del sistema. Los resultados se mantuvieron consistentes. Era la primera pieza tangible de lo que, tiempo después, se convertiría en una revolución científica.

Con cada repetición, Saraswati sentía que avanzaba un paso más hacia algo que no sabía cómo nombrar. No era solo la posibilidad de cruzar la

barrera del cerebro. Era la idea de que su mente —la misma que había sido quebrada por la violencia, la misma que había luchado contra su propio dolor— podía construir un puente entre la devastación y la posibilidad de sanar.

El descubrimiento comenzó a circular discretamente entre algunos investigadores del instituto. Un profesor invitado de neurobiología, al revisar los gráficos, comentó que si aquel mecanismo lograba replicarse en moléculas terapéuticas, podría abrir un capítulo completamente nuevo en la farmacología cerebral. Otro investigador de química teórica sugirió que el ajuste fino de las frecuencias eléctricas podría permitir que moléculas antes incapaces de atravesar la barrera lo hicieran sin necesidad de modificar su estructura química.

Pero para Saraswati, más allá del reconocimiento que empezaba a insinuarse, había algo más íntimo en juego. Cada vez que observaba el comportamiento de las moléculas en los campos eléctricos, cada vez que confirmaba una oscilación, sentía que estaba respondiendo —aunque fuera de manera indirecta— a la pregunta que la había perseguido desde Hyderabad: ¿es posible reparar una mente herida sin destruir su esencia?

Una tarde, mientras revisaba los resultados de una serie de experimentos particularmente prometedores, Dev se acercó con ese paso tranquilo que lo caracterizaba.

—Lo que estás haciendo —dijo— no es solo ciencia. Es una forma de resistencia.

Ella levantó la mirada, sorprendida por la afirmación.

—Resistencia a qué, profesor.

Dev se sentó frente a ella, apoyando las manos sobre la mesa.

—A la idea de que el trauma es una prisión sin salida. A la idea de que el dolor determina para siempre lo que somos.

Las palabras de Dev resonaron en su mente durante horas. Porque, en efecto, aquello era lo que había temido desde la muerte de su familia: quedar atrapada para siempre en un pasado que la devoraba. Ahora, en cambio, estaba creando algo que podía traer equilibrio a otras vidas devastadas.

Cuando el semestre llegó a su fin, Saraswati tenía ya una formulación teórica sólida: la existencia de un umbral eléctrico capaz de modificar transitoriamente la conformación de moléculas pequeñas y permitir su paso a través de la barrera hematoencefálica. Lo llamó, sin buscar adornos, "ecuación del umbral". Era un nombre simple para un concepto que contenía, sin embargo, el potencial de alterar el destino de la neurociencia.

El capítulo concluye con una noche silenciosa en el laboratorio. Saraswati mira la ecuación escrita en la pizarra, sus símbolos perfectamente ordenados, sus líneas limpias y su lógica impecable. Pero lo que siente no es orgullo, sino una calma que no experimentaba desde los días anteriores

al atentado. Cierra los ojos y comprende que el camino que la ciencia le ofrece no es una fuga del pasado, sino un puente hacia un futuro posible.

Sale del laboratorio con el cuaderno en la mano, el aire fresco golpeando suavemente su rostro. Mientras camina por el sendero iluminado por faroles débiles, murmura una frase que no sabe si pertenece a la ciencia o a su duelo, pero que resume su hallazgo interior: "Toda frontera tiene un punto donde deja de ser muro y se convierte en puerta." Esa puerta, aún distante, aún incierta, es la que empezará a abrirse en los años por venir.

CAPÍTULO 4

Berlín, la segunda patria científica

El viaje de Saraswati Prakash a Alemania comenzó mucho antes de que abordara el avión que la llevaría de Bangalore a Berlín. Comenzó en las semanas finales de su licenciatura, cuando su nombre empezó a aparecer con frecuencia inesperada en conversaciones entre profesores, en reuniones donde se discutían proyectos de investigación y en correos que circulaban discreta pero insistentemente entre instituciones internacionales. En todos ellos había un tono similar: una joven con una capacidad analítica excepcional, capaz de integrar física, química y neurociencia con una naturalidad que rara vez se veía en un estudiante de su edad.

En aquel tiempo, aún marcada por la sombra persistente de Hyderabad, Saraswati no pensaba en su futuro más allá de los límites del IISc. El mundo exterior seguía pareciéndole un territorio demasiado amplio, demasiado vulnerable, demasiado expuesto a pérdidas irreparables. Sin embargo, Dev, que había seguido de cerca la evolución de su trabajo, insistía en que necesitaba salir, respirar otros aires, encontrarse con otros métodos, con otros ritmos, con otros silencios. Ella escuchaba sus argumentos sin contradecirlo, pero en el fondo dudaba de que su mente —tan moldeada por el duelo, tan aferrada a la disciplina como si fuera una tabla de salvación— pudiera adaptarse a un nuevo país, a otra lengua, a una cultura que no la conocía ni la esperaba.

El profesor Dev, sin embargo, veía con claridad lo que ella aún no podía reconocer. Sabía que su discípula había llegado a un punto donde permanecer confinada en el mismo entorno académico podía llevarla a un estancamiento peligroso. Necesitaba distancia, no para olvidar —porque él sabía mejor que nadie que ciertos dolores no se olvidan nunca— sino para aprender a vivir sin que esos dolores dictaran cada uno de sus pasos. Fue él quien la alentó a enviar solicitudes de doctorado a instituciones europeas, especialmente al Instituto Max Planck de Neurobiología Molecular, un centro reconocido por combinar el rigor experimental con una apertura intelectual casi artesanal.

Saraswati envió su solicitud sin esperar demasiado. Pasaron semanas de silencio hasta que, una mañana, recibió un correo del instituto alemán:

había sido aceptada. Le ofrecían una beca completa, acceso a uno de los laboratorios más avanzados del continente y la posibilidad de trabajar con investigadores cuyas publicaciones formaban parte de la bibliografía que había estudiado con devoción. La noticia la dejó sin aliento. Durante varios minutos se quedó inmóvil frente a la pantalla del ordenador, con la sensación de que aquel ofrecimiento abría una grieta luminosa en un horizonte que hasta entonces había permanecido gris e impenetrable.

Los días previos a su partida fueron una mezcla de anticipación silenciosa y dudas que evitó verbalizar. Sus parientes se reunieron para despedirla, orgullosos y temerosos al mismo tiempo. Una tía le dijo que quizá ese viaje era una señal, una oportunidad de renovar su vida sin olvidar a quienes había perdido. Saraswati no respondió. No quería herir a nadie con la sinceridad brutal de lo que pensaba: que el duelo no se reiniciaba con kilómetros ni con idiomas diferentes, que ella misma no sabía si estaba lista para vivir fuera de la geografía donde había crecido su tristeza.

La noche anterior a su partida, Dev la llamó al laboratorio. No dijo nada durante varios minutos, simplemente la observó mientras ella revisaba un conjunto de notas como si temiera dejarlas incompletas. Finalmente habló con ese tono sereno que siempre utilizaba cuando quería transmitirle algo importante.

—Alemania no es una respuesta —dijo—. Es un espacio.

Ella levantó la mirada, confundida.

—Un espacio para que encuentres tus propias preguntas —añadió—. No las que nacieron de la tragedia. No las que te impusiste para no desmoronarte. Sino las que tu mente necesita hacerse para crecer.

Saraswati bajó la vista. Comprendía, aunque le costara admitirlo, que esa era la oportunidad de alejarse de la memoria inmediata de Hyderabad. No para borrarla, sino para permitir que dejara de ser la única fuerza gravitacional en su vida.

El vuelo fue largo, y ella pasó la mayor parte del tiempo observando la oscuridad detrás de la ventana. No pensó demasiado en lo que dejaba atrás ni en lo que encontraría adelante. Prefirió concentrarse en el ritmo estable del avión, en la rutina mecánica de los asistentes de vuelo, en cualquier cosa que evitara el vértigo emocional que amenazaba con derrumbarla si permitía que su mente vagara sin control.

Cuando aterrizó en Berlín, se encontró con una ciudad que parecía contener todas las capas de la historia humana en un solo paisaje: avenidas amplias donde circulaba la vida contemporánea con una eficiencia casi matemática, edificios reconstruidos tras heridas antiguas, muros que recordaban separaciones ya extintas pero aún palpables en el aire. Era una ciudad donde la memoria no desaparecía, sino que se transformaba en arquitectura. Para ella, que vivía con una memoria que aún ardía bajo su piel, ese ambiente resultaba inquietante pero también extraño y discretamente familiar.

El primer invierno la tomó por sorpresa. Los días cortos, el viento frío, las tardes interminables que comenzaban a oscurecer poco después del mediodía la obligaron a replantear sus rutinas. Caminaba hacia el instituto envuelta en abrigos que no terminaban de protegerla del clima desconocido, con la sensación de que la ciudad la observaba mientras ella intentaba adaptarse. Al principio, todo la intimidaba: el idioma, con sus sonoridades abruptas; la frialdad distante de los transeúntes; la rigidez de los sistemas de transporte; los horarios estrictos. Pero poco a poco descubrió una forma de belleza en ese orden que contrastaba tanto con el caos emocional que llevaba dentro.

El Instituto Max Planck era un universo en sí mismo. Su edificio de líneas sobrias contenía laboratorios equipados con tecnología de vanguardia, pasillos silenciosos donde circulaban investigadores de todas las edades y procedencias, salas de conferencias donde las ideas se enfrentaban con la elegancia y la precisión de un duelo intelectual. Para Saraswati, entrar allí cada mañana era como ingresar a un territorio sagrado donde la disciplina científica permitía, aunque fuera temporalmente, dejar atrás las sombras de su pasado.

Desde los primeros días, se sintió observada con una mezcla de curiosidad y respeto. No por su origen ni por su historia personal —nadie la conocía lo suficiente aún— sino por la claridad de sus preguntas, por la rapidez con que captaba los detalles, por la manera en que insistía en comprender no solo los mecanismos de un fenómeno, sino su significado profundo dentro del tejido de la neurobiología. Había en ella una concentración que algunos interpretaron como timidez, otros como arrogancia, pero que en realidad era la única defensa que tenía para mantener bajo control la inestabilidad emocional que aún la acechaba.

El equipo de investigación al que fue asignada se encontraba dirigido por la doctora Magdalena Weiss, una neurobióloga alemana conocida tanto por su rigor metodológico como por su capacidad para detectar talento en lugares inesperados. Weiss recibió a Saraswati con una cortesía que no dejaba espacio para sentimentalismos. Le mostró el laboratorio, le indicó los protocolos básicos y le advirtió que en aquel lugar solo sobrevivían quienes estaban dispuestos a cuestionarlo todo, incluso sus propias convicciones.

Saraswati aceptó el desafío con una mezcla de humildad y determinación. Sabía que no había llegado hasta allí por casualidad. Sabía también que el Instituto Max Planck era un ambiente donde la brillantez no bastaba si no estaba acompañada por disciplina, precisión y una capacidad incesante para dudar de sí misma.

Los primeros meses fueron de adaptación intensa. Pasaba horas estudiando los métodos que el equipo utilizaba para analizar la interacción de compuestos experimentales con neuronas cultivadas en matrices tridimensionales. Revisaba artículos publicados por Weiss y otros miembros del grupo, buscaba patrones, trazaba paralelos con sus propias investigaciones previas y tomaba notas meticulosas. Poco a poco, comenzó

a aportar ideas durante las reuniones internas, primero con cautela, luego con una seguridad creciente que sorprendió incluso a quienes habían subestimado su capacidad para integrarse tan rápido.

Fue durante una de esas reuniones semanales que escuchó, por primera vez, el nombre del compuesto que cambiaría su vida: Sattvium-3. Weiss presentó los datos preliminares con la sobriedad que la caracterizaba. Era un compuesto experimental diseñado para interactuar con la barrera hematoencefálica de una manera novedosa, aunque aún no sabían si esa interacción sería estable, reversible o siquiera funcional.

A medida que Weiss hablaba, Saraswati sintió que una corriente eléctrica recorría su mente. Cada diagrama, cada cifra, cada curva representada en la pantalla parecía encajar con una pieza de su propia investigación anterior. Aquella molécula, con su estructura peculiar y sus propiedades electroquímicas aún inexplicables, tenía el potencial de responder a la pregunta que la había perseguido desde el atentado: ¿es posible modular la entrada al cerebro sin destruir el equilibrio que lo mantiene a salvo.

Cuando la reunión terminó, Weiss se acercó a ella con una expresión difícil de interpretar.

—Necesito alguien que comprenda la física detrás de este comportamiento —dijo—. Alguien capaz de mirar estas gráficas como si estuviera viendo un mapa.

Saraswati entendió que aquello era una invitación, pero también una prueba. Aceptó sin dudar.

Durante los meses siguientes, se sumergió en el estudio de Sattvium-3 con una intensidad que dejaba atrás incluso su ritmo disciplinado en Bangalore. Analizaba las interacciones moleculares, realizaba simulaciones computacionales y comparaba los resultados con los modelos que había desarrollado en la ecuación del umbral. Su conocimiento híbrido comenzó a dar frutos inesperados. Donde otros veían anomalías, ella veía patrones. Donde otros encontraban variaciones inexplicables, ella identificaba señales.

Weiss observaba ese proceso con atención. Había dirigido a muchos estudiantes brillantes, pero en Saraswati había algo distinto: una especie de sensibilidad científica que parecía provenir de una fuente más profunda que la simple curiosidad intelectual. Era como si su mente buscara, en cada interacción molecular, una forma de reconstruir lo que la violencia había destruido.

A medida que avanzaba la primavera alemana, y las primeras hojas verdes aparecían en los árboles alrededor del instituto, Saraswati comenzó a sentir que Berlín le ofrecía un tipo de silencio que no había encontrado en ninguna otra parte. No era el silencio de la negación o del aislamiento, sino un silencio expansivo, lleno de posibilidades, donde su pensamiento podía extenderse sin chocar contra los muros invisibles del duelo.

Pasó días enteros trabajando en el laboratorio, noches revisando datos en su pequeño departamento alquilado y fines de semana caminando por calles donde nadie conocía su historia. Esa anonimidad, lejos de lastimarla, la protegía. Era como si por primera vez desde la muerte de su familia pudiera existir sin que su identidad estuviera definida por una ausencia.

Una tarde, después de una jornada particularmente ardua, Weiss la llamó a su oficina. Sobre el escritorio había una carpeta con documentos oficiales y un contrato provisional.

—El instituto quiere presentar tu nombre como coinvestigadora principal en el proyecto —dijo Weiss, sin preámbulos—. Sattvium-3 necesita una mente como la tuya.

Saraswati sintió un vértigo breve, pero profundo. No por el reconocimiento, sino por la responsabilidad. Comprendió que estaba entrando en un territorio

donde la ciencia impactaría vidas de una manera que aún no podía dimensionar.

El capítulo concluye con Saraswati caminando sola por las orillas del río Spree, mientras la ciudad comienza a encender sus luces nocturnas. El agua refleja destellos que parecen fragmentos de un futuro todavía incierto. Ella se detiene un instante, respira el aire frío y comprende que, aunque no lo buscó, Berlín se ha convertido en su segunda patria: no porque cure su dolor, sino porque le ofrece el espacio necesario para construir, paso a paso, la vida que la tragedia intentó arrebatárle.

CAPÍTULO 5

Primates y puertas cerradas

El invierno berlinés aún no terminaba cuando Saraswati Prakash cruzó por primera vez el umbral del laboratorio donde se llevarían a cabo los ensayos en primates. Había pasado meses estudiando cada átomo, cada curva energética y cada interacción electroquímica de Sattvium-3; pero nada la había preparado para la solemnidad silenciosa de ese entorno. No era un lugar oscuro ni clandestino, como a menudo imaginaba el público cuando pensaba en experimentación animal. Era un espacio luminoso, limpio, estrictamente regulado, donde cada movimiento estaba regido por protocolos que parecían bordear lo sacrosanto. Y aun así, el aire allí tenía un peso distinto, como si la consciencia de lo que estaba en juego impregnara cada esquina.

La doctora Magdalena Weiss la había acompañado hasta la puerta de acceso restringido y le había explicado, con la precisión de un manual quirúrgico, lo que estaba a punto de presenciar. Sattvium-3 había demostrado en cultivos neuronales y modelos in vitro una capacidad de modulación que desafiaba años de suposiciones sobre la barrera hematoencefálica. Pero el verdadero umbral —el que separaba lo teórico de

lo posible— dependía de estos ensayos. Allí, en ese espacio controlado, una serie de primates que habían sido expuestos a modelos experimentales de estrés traumático revelarían si la molécula podía restaurar el equilibrio emocional sin destruir la delicada arquitectura del cerebro.

Saraswati sintió un estremecimiento ambivalente: por un lado, el impulso científico que la había acompañado desde su adolescencia; por otro, una resistencia íntima que no era simple empatía animal, sino memoria. Ella sabía lo que significaba vivir con un sistema nervioso atrapado en la repetición perpetua del miedo. Sabía cómo las imágenes del pasado podían convertirse en enemigos que acechaban tras los párpados. Y también sabía que, si su molécula fallaba o generaba efectos secundarios indeseados, sería responsable de haber infringido sufrimiento en seres que no podían comprender por qué habían sido elegidos.

Dentro del laboratorio, los investigadores trabajaban en silencio. Monitores, cámaras de alta resolución, sensores biométricos y paneles transparentes componían un escenario donde cada dato era registrado con una precisión casi obsesiva. Weiss saludó brevemente al equipo y explicó que, a partir de ese día, Saraswati se integraría plenamente al proyecto. No como asistente, sino como una de las mentes que estaban moldeando el corazón científico de Sattvium-3.

El primer primate que observaron era un macaco Rhesus. Su nombre en los registros era R-42, pero uno de los técnicos lo llamaba discretamente "Kiran" por la mancha clara en su frente que recordaba un destello de luz. El animal había sido sometido semanas antes a un protocolo diseñado para inducir respuestas exageradas al miedo: ruidos repentinos, imágenes estresantes, cambios bruscos de entorno. No era tortura, sino una simulación controlada que reproducía los patrones neurofisiológicos del estrés postraumático humano. Aun así, Saraswati sintió que algo se contraía dentro de ella al ver al primate encogerse ante un sonido leve. Era imposible no pensar en su propio cuerpo temblando durante meses ante cualquier ruido inesperado.

El equipo administró la primera dosis de Sattvium-3 bajo la supervisión estricta del comité ético del instituto. Durante las siguientes horas, registraron variables fisiológicas, patrones de actividad neuronal y cambios en la conducta. Al principio, nada parecía diferente. El macaco reaccionaba con el mismo sobresalto, la misma respiración agitada, las mismas miradas rápidas hacia los rincones como si ahí se escondiera algo amenazante. Saraswati tomó notas meticulosas, sin permitir que su rostro revelara la tensión que la atravesaba.

Fue cerca de la sexta hora cuando ocurrió el primer cambio perceptible. Un estímulo sonoro que antes generaba un sobresalto casi violento produjo ahora una reacción más breve, menos intensa. El macaco giró la cabeza, pero no se encogió. Su respiración volvió a estabilizarse en segundos. Uno de los técnicos murmuró algo en alemán que ella no alcanzó a comprender, pero la expresión en su rostro lo decía todo.

—Otra vez —dijo Weiss.

Repitieron el estímulo, esta vez con un volumen ligeramente mayor. El primate se sobresaltó, sí, pero no cayó en el patrón de retroceso desesperado que había mostrado en sesiones anteriores. En su lugar, pareció evaluar el sonido antes de decidir que no constituía un peligro real. No había sedación, no había somnolencia artificial, no había torpeza motora. Solo una respuesta emocional modulada, más cercana a la normalidad que al terror.

Saraswati sintió cómo su respiración cambiaba sin que ella lo ordenara. Había estudiado durante meses los modelos matemáticos que predecían esa reacción. Había imaginado, teóricamente, la forma en que la amígdala reduciría su hiperactividad en presencia del compuesto. Pero verlo —verlo encarnado en un ser vivo— era otra cosa. Se permitió, por primera vez en mucho tiempo, una exhalación larga, casi aliviada.

Los días sucesivos confirmaron lo que aquella primera sesión había insinuado. Los primates tratados con Sattvium-3 mostraban una recuperación gradual pero sostenida. Aquellos que antes se retraían ante cualquier interacción comenzaron a explorar su entorno con cautela, luego con creciente confianza. Algunos volvían a mostrar comportamientos lúdicos que habían desaparecido meses antes. No había signos de dependencia, ni señales de euforia artificial, ni alteraciones significativas en patrones de sueño. El compuesto no adormecía; reorganizaba. No imponía calma; restauraba equilibrio.

Sin embargo, no todo era éxito sin sombra. Había momentos en los que un primate reaccionaba con una agresividad inesperada, seguida de un periodo de retraimiento. Weiss y el equipo analizaban esos episodios con atención quirúrgica, ajustando dosis, intervalos y protocolos. Había incertidumbres, como en todo proceso científico real: variaciones individuales, respuestas inesperadas, anomalías que exigían cautela. Y aunque nada sugería peligro grave, Saraswati no podía evitar sentir un temblor interno cada vez que una curva se desviaba del patrón esperado.

Una tarde, mientras revisaban datos de neuroimagen obtenidos por resonancia funcional, uno de los investigadores —un estudiante de doctorado indio llamado Vikram— se acercó a ella con una expresión grave. Señaló una sección de la gráfica donde la reducción de la actividad amigdalina era más pronunciada de lo previsto.

—Si alguien quisiera —dijo en voz baja—, podría manipular este efecto. No para curar, sino para controlar.

Saraswati lo miró en silencio.

—No hablo de nosotros —continuó él, adivinando su preocupación—. Hablo de gente allá afuera. Gente que pagaría fortunas por una molécula capaz de hacer a las personas más... dóciles.

Esa palabra —dóviles— cayó sobre ella como un golpe frío. No porque no lo hubiera pensado antes, sino porque oírlo en voz de otro lo transformaba de temor abstracto a posibilidad concreta. Recordó los cuerpos en Hyderabad, los silencios rotos por el terror, la forma en que el miedo puede convertirse en un instrumento de dominación. Pensó en la delgada línea que separaba la terapia de la manipulación, la sanación de la explotación.

Esa noche caminó sola por las calles de Berlín, envuelta en un abrigo demasiado ligero para el viento cortante. Las luces de los tranvías se reflejaban en los charcos y las sombras se estiraban bajo sus pasos. El avance de Sattvium-3 la llenaba de esperanza, sí, pero también de una inquietud que no sabía nombrar. Había creado algo que podía devolver la vida a quienes habían sido quebrados por el trauma. Pero también había abierto, quizás sin querer, una puerta que otros podían querer cruzar con fines más oscuros.

Durante las semanas siguientes, el éxito acumulado de los ensayos en primates atrajo la atención del comité ético alemán, que comenzó a seguir cada paso del proyecto con una mezcla de entusiasmo y vigilancia. Las presentaciones internas se hicieron más frecuentes; las discusiones, más profundas. Cada gráfica era analizada como si fuera un mapa que ocultara un tesoro o una trampa. Weiss destacaba los avances, pero también subrayaba la necesidad de prudencia. En uno de esos encuentros, Saraswati observó que algunos miembros del comité tomaban notas excesivamente detalladas de ciertos parámetros técnicos. Luego, en un gesto casi instintivo, guardó ciertas conclusiones personales en su cuaderno en lugar de compartirlas abiertamente. No por desconfianza institucional, sino porque empezaba a entender que su trabajo podía convertirse en un arma de doble filo.

El capítulo se inclina hacia su cierre con una escena de observación serena. Saraswati se encuentra frente al recinto de uno de los primates recuperados, un individuo que meses antes reaccionaba con ataques de pánico ante cualquier presencia humana y que ahora la mira con una curiosidad tranquila. Ella extiende la mano hacia el cristal sin tocarlo. El primate inclina ligeramente la cabeza, como si reconociera algo en su postura: el eco de un miedo que ambos habían aprendido a mirar sin sucumbir a él.

En ese instante, Saraswati comprende que el camino que ha emprendido no es solo científico, sino moral. La puerta que abrió con la ecuación del umbral ya no puede cerrarse sin consecuencias. Y mientras contempla los ojos del primate —ni humanos ni ajenos, simplemente vivos— se hace a sí misma una promesa silenciosa: proteger su descubrimiento de quienes quisieran convertirlo en un instrumento de dominación.

Sale del laboratorio con esa resolución aún en la piel. Berlín la recibe con su aire frío y su luz tenue, como si la ciudad supiera que algo ha cambiado en ella. A partir de ese día, Saraswati ya no será solo una investigadora

brillante. Será la guardiana involuntaria de una frontera que, si se cruza sin ética, podría alterar el destino de la mente humana.

CAPÍTULO 6

El acuerdo francés

El invierno cedió finalmente ante una primavera tibia en Berlín, y con el deshielo llegó también una nueva etapa en la vida científica de Saraswati Prakash. Lo que hasta entonces había sido un proyecto apasionante pero circunscrito a los límites del Instituto Max Planck comenzaba a atraer la atención de entidades que miraban la ciencia no solo como exploración intelectual, sino como un eje capaz de transformar —o perturbar— estructuras globales. Entre esas entidades se encontraba una empresa farmacéutica francesa llamada Nouvelle Santé, cuyo nombre, en otro tiempo, habría pasado inadvertido para ella. Pero en Berlín, mientras los informes sobre Sattvium-3 se acumulaban con la regularidad inquietante de un reloj preciso, ese nombre empezó a escucharse cada vez con mayor insistencia en los pasillos del instituto.

Fue Weiss quien mencionó por primera vez la posibilidad de establecer una colaboración. No lo hizo con un tono de entusiasmo desbordado, sino con la serenidad pragmática que la caracterizaba.

—He recibido una invitación —le dijo una tarde, señalando un correo impreso sobre su escritorio—. Nouvelle Santé quiere conocer los resultados preliminares de Sattvium-3 y discutir un posible acuerdo para financiar ensayos clínicos.

Saraswati, que en ese momento revisaba una gráfica de potenciales de membrana, levantó la vista con cautela.

—¿Financiar o apropiarse? —preguntó.

Weiss sonrió con una sombra de ironía.

—Ese es el punto que debemos discernir. Los franceses tienen una reputación curiosa: por un lado, un compromiso ético sólido; por otro, un instinto comercial perspicaz. Habrá que escuchar lo que proponen.

El simple hecho de que una farmacéutica internacional solicitara un encuentro formal despertó opiniones divididas en el instituto. Algunos investigadores consideraron que era el camino natural: ninguna molécula de impacto global podía desarrollarse sin el apoyo logístico, económico y regulatorio de una empresa con presencia en varios continentes. Otros temían que el avance de Sattvium-3 atrajera intereses demasiado poderosos, capaces de moldear su destino según conveniencias ajenas al propósito original.

Saraswati guardó silencio ante esas discusiones, pero en su interior libraba una batalla silenciosa. Sabía que sin un socio internacional, el potencial terapéutico de su molécula se quedaría atrapado en los límites del laboratorio. Pero también sabía que abrir la puerta a actores externos

implicaba ceder cierto control sobre algo que, aunque creado por manos humanas, estaba vinculado de manera íntima —y dolorosa— a su pasado. No quería que Sattvium-3 se convirtiera en un objeto de explotación. No quería repetir, en otro registro, la experiencia de ver cómo fuerzas ajenas destruían vidas sin rendir cuentas.

La reunión con Nouvelle Santé se organizó en París. Weiss insistió en que Saraswati debía acompañarla; no solo por su rol central en el desarrollo científico, sino porque las decisiones que se tomarían afectarían directamente la integridad del proyecto. Saraswati aceptó con una mezcla de entusiasmo y temor: viajar a París era adentrarse en un escenario desconocido, donde la ciencia se mezclaba con intereses financieros y políticas sanitarias globales.

El viaje ocurrió una mañana luminosa de abril. Durante el vuelo, Weiss repasó con ella los puntos clave del proyecto: la evidencia sobre permeabilidad reversible, la estabilidad molecular, los resultados en primates y las proyecciones del comité ético. Saraswati escuchaba con atención, aunque parte de su mente estaba en silencio, concentrada en el peso emocional de lo que estaba en juego. Le preocupaba que una empresa, por más ética que afirmara ser, no comprendiera la fragilidad moral de Sattvium-3. Le preocupaba que redujeran una herramienta para sanar el trauma a un producto comercial.

París las recibió con un cielo azul intenso, atravesado por aves que volaban sobre los puentes del Sena. A pesar de la belleza del paisaje, Saraswati permanecía alerta: era su primera reunión con actores que verían su trabajo no como una línea de investigación, sino como una inversión estratégica. Mientras caminaban hacia el edificio donde tendría lugar la reunión, observó a ejecutivos en trajes impecables, recepcionistas que hablaban varios idiomas y salas con diseños elegantes donde las ideas parecían negociarse con la misma naturalidad con que se servía café.

La junta directiva de Nouvelle Santé estaba encabezada por Élodie Marceau, una mujer de mirada firme y sonrisa contenida. Su reputación la precedía: había dirigido campañas de acceso a medicamentos esenciales en África y Asia, y era conocida por rechazar proyectos que comprometieran su integridad ética. Aun así, Saraswati se mantuvo a la defensiva. Era fácil proyectar un aire de filantropía en entornos controlados.

—Bienvenidas —dijo Marceau cuando entraron en la sala de reuniones—. Hemos seguido su trabajo con gran interés. Creemos que Sattvium-3 representa una oportunidad única para transformar el tratamiento del trauma severo.

La palabra "oportunidad" hizo que Saraswati tensara ligeramente los hombros.

Weiss abrió la presentación con elegancia. Explicó la ecuación del umbral, la interacción con los campos eléctricos endoteliales, los ensayos en primates y los datos preliminares sobre seguridad. El equipo francés

escuchaba con una atención que iba más allá del interés empresarial. Había en ellos un tipo de concentración que Saraswati reconoció: la de quienes saben que están frente a algo que podría cambiar la historia de una disciplina.

Cuando llegó su turno de hablar, Saraswati respiró hondo antes de ponerse de pie. Explicó con claridad, pero sin arrogancia, la justificación teórica detrás de Sattvium-3. No evitó mencionar los riesgos, las sombras, las preguntas que aún no tenían respuesta. Habló de cómo la molécula actuaba sobre los circuitos del miedo sin anular la conciencia; de cómo modulaba la amígdala sin convertir el cerebro en un territorio adormecido. Habló también —y esto sorprendió a algunos directivos— del peligro ético de utilizarla fuera de contextos regulados.

—No es una droga para borrar el dolor —dijo—. Es una herramienta para que la mente vuelva a respirar.

Hubo un silencio breve, el tipo de silencio que no incomoda, sino que revela respeto.

Marceau fue la primera en reaccionar.

—Señorita Prakash —dijo—, lo que usted ha creado es extraordinario. No necesitamos convencerla de que su descubrimiento tiene un valor inmenso. Pero quiero que entienda algo: nuestro interés no es poseer Sattvium-3. Es acompañarlo.

Saraswati frunció el ceño con un gesto de cautela.

—¿Acompañarlo.

—Sí —respondió Marceau—. No buscamos una patente exclusiva. No queremos absorber su proyecto. Queremos proporcionar los recursos para llevarlo a ensayos clínicos en humanos sin sacrificar la ética ni el acceso. Nuestro plan es desarrollar un modelo de licencia abierta que permita que el compuesto llegue a quienes lo necesiten, incluso en sistemas de salud con recursos limitados.

Saraswati observó a Weiss de reojo. La doctora mantenía la mirada fija en Marceau, evaluando cada palabra.

—También queremos —agregó Marceau— garantizar que ningún actor externo utilice su descubrimiento con fines que usted no aprueba.

Esa frase tuvo un peso particular en la mente de Saraswati. Ella sabía —y Weiss también lo sabía— que una afirmación así no era retórica. Había comenzado a notar señales inquietantes: preguntas demasiado insistentes en ciertos seminarios, correos de remitentes desconocidos, conversaciones que parecían demasiado interesadas en aspectos no esenciales del compuesto. Había algo —o alguien— afuera que también estaba observando.

La reunión se extendió durante horas. Discutieron modelos de financiamiento, protocolos de ensayos clínicos, rutas de distribución y posibles colaboraciones con hospitales europeos. Hubo momentos de

tensión cuando se abordaron temas de propiedad intelectual, pero Marceau insistió en que cualquier avance debía priorizar el acceso global y la protección ética.

Al final del día, cuando el sol comenzaba a descender sobre el Sena, Weiss y Saraswati salieron del edificio con un borrador de acuerdo que, contra todo pronóstico, no las hacía sentir derrotadas. Había cautela, sí, pero también algo nuevo: un destello de confianza.

Caminaron juntas hacia el puente más cercano. París se desplegaba ante ellas con sus luces tempranas, sus calles antiguas y la vitalidad que impregnaba incluso los rincones silenciosos.

—¿Qué piensas —preguntó Weiss—.

Saraswati tardó unos segundos en responder.

—Pienso que no esperaba encontrar una propuesta tan... limpia.

Weiss soltó un suspiro que parecía llevar meses contenido.

—En ciencia, nada es perfectamente limpio. Pero hay grados. Y esto —dijo, señalando el documento que llevaba en la mano— es más limpio que la mayoría.

Regresaron a Berlín con una sensación de claridad renovada. El acuerdo no solo representaba una oportunidad científica, sino un pacto moral: llevar Sattvium-3 al terreno clínico sin renunciar a la dignidad humana que lo había inspirado.

El capítulo concluye con Saraswati en su departamento berlinés, sentada junto a la ventana mientras observa caer la noche. Afuera, la ciudad respira con su ritmo silencioso y ordenado. Ella sostiene el borrador del acuerdo entre sus manos, consciente de que cada firma que se estampe en ese documento será un paso hacia un futuro prometedor y, al mismo tiempo, incierto. Sabe que está asumiendo una responsabilidad que trasciende lo académico. Sabe que, a partir de ese momento, su descubrimiento dejará de pertenecer solo al mundo de la teoría para tocar, inevitablemente, la vida de seres humanos reales.

Y mientras la oscuridad termina de cubrir Berlín, una frase surge en su mente con una claridad que no había experimentado desde la ecuación del umbral: "La ciencia, cuando es verdadera, no se limita a describir el mundo. Lo transforma." Esa transformación, sin embargo, exige coraje. Y ella está lista para enfrentarlo.

CAPÍTULO 7

Los ojos del mercado negro

Desde el momento en que el acuerdo con Nouvelle Santé comenzó a tomar forma en los pasillos del Instituto Max Planck, una corriente silenciosa —invisible para la mayoría, pero tangible para quienes sabían escuchar los matices del mundo— se puso en movimiento más allá de los límites de la

ciencia y la ética. Mientras Berlín celebraba discretamente los avances de un proyecto que prometía transformar la psiquiatría moderna, en puertos lejanos, callejones húmedos, oficinas sin ventanas y redes clandestinas, otros observadores seguían los mismos avances con una atención distinta: una atención calculada, depredadora, ansiosa por apropiarse del valor oculto detrás de cada ecuación y cada curva bioquímica.

Saraswati no lo sabía aún, pero su trabajo había dejado de pertenecer únicamente a los círculos académicos. Había cruzado una frontera invisible. Y, como suele ocurrir en el mundo real, aquello que promete aliviar el sufrimiento humano también despierta el apetito de quienes viven de explotarlo.

La primera señal llegó de manera sutil. Fue un correo electrónico, enviado desde una dirección inexistente minutos después de una charla que ella había impartido en un seminario interno sobre las propiedades dinámicas de Sattvium-3. El mensaje era breve, demasiado breve para ser inofensivo: "Sus resultados podrían tener aplicaciones fuera del ámbito clínico. Nos gustaría conversar." No había firma, ni institución, ni sellos de ningún tipo. Saraswati lo mostró a Weiss, quien frunció el ceño sin disimular la inquietud.

—No respondas —dijo con voz firme—. Ni siquiera abras nada que venga de esa dirección.

Weiss notificó la situación al departamento de seguridad cibernética del instituto, que inició una revisión discreta del tráfico relacionado con la investigación. No encontraron nada concluyente, pero sí un patrón: accesos fallidos al servidor del laboratorio, intentos de replicar contraseñas, señales de rastreo provenientes de nodos en Marsella, Bangkok y Ciudad del Cabo. Eran como dedos invisibles tanteando un candado. Nada había sido vulnerado, pero alguien estaba intentando abrir una puerta.

Mientras tanto, en otro rincón del mundo —una bodega subterránea en las afueras de Marsella— un grupo reducido de hombres observaba una serie de fotografías impresas sobre una mesa metálica. Entre ellas había imágenes de Saraswati captadas a su salida del instituto, recortes de artículos académicos, diagramas técnicos extraídos de conferencias públicas y una copia borrosa de la estructura preliminar de Sattvium-3.

Uno de los hombres, conocido solo como Leduc, señaló la imagen de la molécula.

—Si esto es tan estable como dicen —murmuró—, no estamos ante un fármaco. Estamos ante un producto.

Los demás guardaron silencio. Nadie necesitaba explicaciones. En los mercados clandestinos, la línea entre producto y arma era tenue, y cualquiera de las dos posibilidades podía convertirse en oro negro para quienes sabían cómo manipularla.

Los intereses del cartel europeo-asiático —una red que operaba con la flexibilidad de una sombra fractal— no se limitaban a las rutas tradicionales de narcóticos. Desde hacía años habían empezado a diversificar sus operaciones hacia sustancias psicotrópicas diseñadas para modular emociones. No buscaban euforia ni estimulación. Buscaban control. Control emocional, control conductual, control psicológico.

Sattvium-3, con su capacidad para modular la respuesta del miedo sin bloquear la conciencia, era para ellos un regalo caído del cielo.

Mientras esos actores oscuros trazaban estrategias, Saraswati seguía con su rutina en el Max Planck. Se despertaba temprano, tomaba un café rápido en su pequeño departamento, caminaba por la avenida bordeada de árboles del barrio de Dahlem y se perdía en las complejidades de su laboratorio. El mundo exterior parecía distante, casi irreal. Pero pronto esa distancia comenzaría a acortarse.

El primer contacto directo ocurrió tras una conferencia en Múnich. Había presentado los avances en permeabilidad reversible de la barrera hematoencefálica ante un público compuesto por neurocientíficos, médicos y algunos representantes de agencias reguladoras. Su exposición había sido impecable, pero lo que no esperaba era la carta que encontró horas después en la bandeja de entrada de su hotel.

No tenía remitente, ni logotipo, ni fecha. Solo una frase escrita a mano, con letra sorprendentemente elegante:

"El equilibrio emocional es un bien demasiado valioso para dejarlo solo en manos de científicos."

Acompañaba a esa frase una fotografía de Bangalore tomada desde un ángulo que ella reconoció de inmediato: la esquina donde solía esperar el autobús para ir al IISc. El mensaje era claro. Alguien había investigado su pasado, sus rutinas, sus heridas.

De vuelta en Berlín, se lo mostró a Weiss con las manos levemente temblorosas.

—No podemos ignorar esto —dijo la doctora sin levantar la voz—. Pero tampoco podemos ceder al miedo.

Weiss notificó de inmediato a la administración y al comité ético. Se reforzaron las medidas de seguridad digital, se restringió el acceso a los datos experimentales y se programaron reuniones confidenciales para evaluar riesgos. Pero algo en la expresión de Weiss le dejó claro a Saraswati que esto apenas comenzaba.

Mientras tanto, en Mumbai, un intermediario del cartel —un hombre delgado, de movimientos precisos, conocido entre sus contactos como "El Contador"— recorría un mercado nocturno donde cientos de sustancias ilegales se cambiaban de manos bajo luces intermitentes. Allí se hablaba ya, en voz baja, de una nueva droga potencial: una "calma pura", una "paz química" capaz de volver dóciles incluso a quienes llevaban años cargando

cicatrices emocionales. La descripción era inexacta, pero sugería que la noticia sobre Sattvium-3 había viajado más lejos de lo que Saraswati imaginaba.

Para el cartel, la estrategia era clara: no necesitaban comprender toda la teoría detrás de la molécula. Solo necesitaban lo suficiente para replicar sus efectos de manera rudimentaria, o mejor aún, para modificarlos con fines más lucrativos. Si podían agregar aditivos que generaran dependencia emocional, tendrían el arma perfecta: una sustancia que ofreciera alivio inmediato y exigiera consumo constante.

En Berlín, la tensión empezó a traducirse en señales más concretas. Una tarde, al salir del instituto, Saraswati sintió que alguien la observaba. No era paranoia: había aprendido a identificar la sutil diferencia entre la ansiedad y la percepción real. Un hombre vestido con un abrigo largo parecía seguirla a distancia. Ella aceleró el paso, dobló por calles laterales, entró en una librería y esperó. Cuando volvió a la calle, el hombre había desaparecido.

Esa noche, mientras intentaba conciliar el sueño, comprendió que su vida ya no estaba plenamente bajo su control. Sattvium-3 había despertado intereses que no se detendrían ante leyes, fronteras o códigos éticos. Era una presa en un territorio donde la ciencia era solo una capa superficial y donde, debajo, se extendían redes de poder que operaban sin escrúpulos.

Weiss organizó entonces una reunión privada en su oficina.

—No quiero alarmarte —dijo con calma, aunque sus ojos mostraban una tensión inusual—, pero debemos prepararnos. Tus resultados son extraordinarios, y eso atrae miradas indeseadas. No estamos ante académicos curiosos. Estamos ante actores cuyo interés no es científico.

—¿Qué buscan.

Weiss la sostuvo la mirada.

—Control. El tipo de control que ninguna estructura ética permitiría.

Hubo un silencio largo, denso.

—Saraswati —continuó Weiss—, a partir de ahora no estarás sola en esto. Nouvelle Santé ha ofrecido reforzar la seguridad. Y el instituto está considerando medidas adicionales. Pero necesito que entiendas algo: tu descubrimiento ya no es solo ciencia. Es un punto crítico en un tablero que no hemos elegido jugar.

Esa noche, Saraswati caminó por el mismo sendero que tantas veces la había llevado de regreso a su departamento. Pero esta vez algo había cambiado. El aire parecía más frío, las sombras más densas. Su mente, que había encontrado cierto equilibrio en Berlín, volvía a sentir el eco de Hyderabad: esa sensación de que la violencia puede aparecer sin aviso, derribar vidas y luego desaparecer como si nada.

Cuando llegó a casa, se quedó de pie frente a la ventana, observando el lento movimiento de las luces de la ciudad. Berlín seguía siendo hermosa,

sólida, silenciosa. Pero para ella, ahora era también un escenario donde fuerzas invisibles comenzaban a moverse bajo la superficie.

El capítulo concluye con una imagen intensa y contenida: Saraswati cierra las cortinas, apaga la luz y se sienta junto a su escritorio. Sobre la mesa está su cuaderno de notas, abierto en una página donde había escrito días antes: "Toda frontera puede convertirse en puerta." Ahora añade, con letra firme, casi desafiante: "Pero no todas las puertas deben abrirse."

Y mientras escribe esas palabras, en algún lugar de Marsella, un hombre observa una fotografía de ella y murmura en francés: "La clé est presque à nous." La llave está casi en nuestras manos.

El equilibrio entre ciencia y amenaza acaba de romperse. Y la sombra del mercado negro se extiende, silenciosa, sobre el futuro de Sattvium-3.

CAPÍTULO 8

Ensayos humanos: luz en la oscuridad

El inicio de los ensayos clínicos con Sattvium-3 representó uno de los momentos más trascendentales en la vida de Saraswati Prakash, no solo como científica, sino como ser humano marcado por el duelo y la búsqueda de sentido. Hasta entonces había trabajado en un territorio donde la abstracción y la técnica protegían de cierta manera la fragilidad emocional: moléculas, modelos matemáticos, primates cuyos sistemas nerviosos ofrecían pistas, pero no palabras. Sin embargo, los ensayos en humanos abrían una frontera completamente distinta. Esa frontera exigía enfrentar la complejidad de la mente humana con una responsabilidad que amplificaba, de manera casi insoportable, el peso de cada decisión.

Berlín amaneció con un cielo plomizo el día en que el comité regulatorio envió la aprobación final. Saraswati recibió el correo en su teléfono mientras caminaba hacia el Instituto Max Planck. Se detuvo un momento, aspiró el aire frío que impregnaba la avenida y sintió una mezcla de vértigo y esperanza recorrerla. Sabía que llegar a ese punto no era un logro personal ni institucional, sino un acto que implicaba tocar directamente el sufrimiento humano. Y ella, más que nadie, sabía que el sufrimiento no era una abstracción científica: tenía rostro, tenía voz, tenía memoria.

Weiss la esperaba en el laboratorio con una expresión serena, aunque en sus ojos se adivinaba la tensión de quien comprende que un paso adelante en la ciencia suele ser también un paso hacia lo desconocido.

—Llegó la aprobación —dijo sin preámbulos.

Saraswati asintió.

—Lo sé. Lo recibí hace unos minutos.

—Entonces —continuó Weiss—, a partir de hoy, dejamos atrás el terreno de la hipótesis. Comenzaremos a trabajar con vidas reales.

Ese recordatorio no era una advertencia, sino un acto de honestidad. Sattvium-3 no era un analgésico convencional ni una molécula para modular inflamaciones. Era una intervención profunda sobre la estructura emocional del cerebro. Había que proceder con una cautela casi reverencial.

El comité ético había seleccionado con extremo rigor a los primeros participantes: adultos con trastornos de estrés postraumático severo, resistentes a tratamientos convencionales, cuidadosamente evaluados durante meses para asegurar que comprendieran cada riesgo, cada posible variación, cada incertidumbre. Ninguno de ellos era una cifra. Cada uno llevaba consigo historias que el mundo había golpeado sin piedad.

El primer paciente se llamaba Viktor Lehnhoff, un exbombero berlinés que había sobrevivido a un incendio industrial en el que murieron tres compañeros. Tenía cuarenta y cuatro años, y desde la tragedia vivía atrapado en un ciclo insoportable de insomnio, sobresaltos, fobias y silencios. Su esposa lo acompañó al instituto el día de su primera sesión. Saraswati los observó desde la distancia, sin querer invadir un espacio que le pertenecía solo a ellos. Viktor tenía la mirada de alguien que ha visto demasiado; no era una mirada agresiva ni distante, sino una mirada rota que intentaba sostenerse.

En la sala de evaluación, Weiss se encargó de explicarle nuevamente el protocolo. Viktor escuchó con atención, asentando cada tanto, sin perder una sobriedad que parecía ser la única máscara que lo protegía de su propio abismo. Saraswati participó en la sesión como observadora directa, consciente de que cualquier detalle podía ser crucial.

—Antes de empezar —dijo Viktor con voz grave— quiero que me respondan algo.

Weiss le indicó que hablara con libertad.

—Esto... —buscó las palabras— ¿me borraré lo que viví.

Saraswati sintió un leve estremecimiento.

—No —respondió con suavidad—. No borra nada. No toca sus recuerdos. Solo... les quita los dientes.

Viktor la observó con atención. Y ella sostuvo la mirada, comprendiendo la importancia de esa respuesta.

—Quiero seguir recordándolos —dijo él—. No quiero olvidar a mis compañeros. Solo quiero que el recuerdo deje de matarme.

Saraswati asintió. Sabía exactamente lo que significaba eso.

El procedimiento comenzó poco después. El equipo administró la dosis mínima de Sattvium-3 bajo una supervisión rigurosa. Los monitores registraban actividad eléctrica cerebral, ritmo cardíaco, respiración. Viktor permanecía quieto, consciente, atento a cada sensación.

Durante los primeros minutos no hubo cambios perceptibles. Luego, un registro electroencefalográfico mostró una disminución tenue pero constante en la hiperactividad de la amígdala. Viktor exhaló, como si algo dentro de él aflojara una cuerda que llevaba años tensada.

—¿Qué siente —preguntó Weiss.

Viktor tardó unos segundos en responder.

—No lo sé —murmuró—. Es como si la sala fuera la misma, pero... más amplia.

Saraswati anotó cada palabra. Esa descripción coincidía con los modelos teóricos que ella misma había desarrollado: una percepción más equilibrada del entorno, una disminución del estado de alerta permanente, una expansión subjetiva del espacio emocional.

A continuación, iniciaron una serie de estímulos controlados: sonidos, imágenes, fragmentos de situaciones que solían desencadenar episodios severos de ansiedad. Viktor los enfrentó con una estabilidad que sorprendió incluso al equipo clínico. No era indiferencia ni bloqueo. Era claridad.

—Puedo recordar lo que pasó —dijo en un momento—, pero no siento que vaya a morirme por recordarlo.

Saraswati cerró los ojos durante un segundo. Aquello era el corazón del propósito que la había guiado desde Hyderabad: permitir que las personas vivieran con sus recuerdos sin ahogarse en ellos.

Las sesiones con Viktor continuaron durante semanas. Hubo avances, retrocesos leves, momentos de duda, pero en conjunto delineaban una trayectoria que superaba cualquier proyección inicial. Las pesadillas disminuyeron. Los sobresaltos se volvieron menos frecuentes. Su esposa relató que había vuelto a dormir más de tres horas seguidas por primera vez en años.

Pero el caso de Viktor no era el único. Entre los demás participantes había una violinista polaca que había sobrevivido a un accidente de tráfico donde murió su hija; un médico griego que había trabajado en un campo de refugiados en Lesbos; un joven marroquí que había sido víctima de tortura política. Cada uno cargaba consigo un universo de heridas.

El proceso clínico con ellos mostró variaciones personales, pero un patrón común emergía: Sattvium-3 no eliminaba emociones ni alteraba la identidad emocional del paciente. En cambio, modificaba el umbral de reactividad, permitiendo que una emoción no se convirtiera en un avalancha incontrolable. En términos simples: devolvía margen.

Sin embargo, no todo era avance luminoso. Durante las evaluaciones con la violinista polaca, se observó un efecto inesperado: un episodio de llanto incontrolable que no correspondía a ninguna reacción adversa fisiológica. Cuando la investigadora clínica le preguntó qué sentía, la mujer respondió entre sollozos:

—Por primera vez puedo llorar sin miedo.

Saraswati comprendió entonces que algunos efectos no podían catalogarse como positivos o negativos. Eran procesos profundamente humanos que desbordaban categorías clínicas.

A medida que los ensayos progresaban, el instituto comenzó a recibir solicitudes de otros centros médicos interesados en replicar los protocolos. Weiss y Saraswati evaluaban estas solicitudes con extremo cuidado. No se trataba solo de proteger la molécula, sino de proteger a los pacientes. La mínima desviación ética podía convertir una herramienta terapéutica en un instrumento de explotación.

Paralelamente, continuaban las señales inquietantes provenientes del exterior. Aunque las autoridades alemanas habían reforzado la seguridad en el Max Planck, había indicios de que el cartel europeo-asiático seguía rastreando cada noticia relacionada con Sattvium-3. En un foro clandestino aparecieron publicaciones que hablaban de una "droga del silencio emocional" capaz de "apagar el miedo sin apagar la mente". Esa descripción, aunque inexacta, era peligrosa.

Una noche, mientras revisaba datos en su departamento, Saraswati recibió una llamada inesperada de Élodie Marceau.

—Hemos encontrado algo —dijo, con un tono grave—. Un laboratorio clandestino en las afueras de Marsella está produciendo una sustancia que intenta imitar los efectos de Sattvium-3. Es inestable y peligrosa. Están vendiéndola como "Lumière Noire".

El nombre —Luz Negra— le provocó un estremecimiento.

—¿Qué efectos tiene.

—Dependencia inmediata, desorientación emocional, pérdida de juicio. No tiene nada que ver con tu molécula, pero están usando tu reputación para venderla.

Esa revelación reforzó la urgencia de avanzar con los ensayos oficiales y publicar resultados confiables lo antes posible. Mientras más información científica estuviera disponible, menos espacio habría para imitaciones letales.

Weiss convocó una reunión urgente al día siguiente.

—Estamos en una carrera contra dos fuerzas —dijo con firmeza—: contra el tiempo clínico y contra el mercado negro. No podemos apresurarnos, pero tampoco podemos permitir que otros definan el destino de tu descubrimiento.

Saraswati sintió, por primera vez desde su llegada a Berlín, que lo que estaba construyendo no solo ofrecía sanación, sino que exigía una vigilancia constante para evitar que se transformara en lo contrario.

El capítulo se acerca a su cierre con una escena decisiva. En una sesión de seguimiento, Viktor se sienta frente a ella en la sala de evaluación. Ya no tiene la postura encogida del primer día. Sus ojos, aunque marcados por la historia que carga, muestran claridad.

—¿Sabes qué fue lo primero que hice esta mañana —pregunta.

Ella niega suavemente.

—Abrí la ventana sin miedo.

Saraswati siente una mezcla de emoción y alivio.

—No recordaba lo que era sentir el aire frío en la cara sin que me temblaran las manos.

En esa frase, en esa simplicidad cotidiana, ella encuentra la confirmación más profunda de su camino.

Esa noche, al volver a casa, escribe en su cuaderno una reflexión que se volverá central en su vida científica y ética: "Sanar no es olvidar. Sanar es mirar de frente lo que nos hirió y seguir respirando."

Mientras cierra el cuaderno, una lluvia fina comienza a golpear la ventana. Berlín duerme bajo ese murmullo tenue. Y aunque en las sombras acechan fuerzas que intentan capturar su descubrimiento, en ese instante, en el pequeño departamento iluminado por una lámpara cálida, Saraswati siente que ha dado al mundo algo que nunca tuvo: una posibilidad de luz en medio de la oscuridad.

CAPÍTULO 9

La amenaza bajo la lluvia de Hamburgo

La tarde en que Saraswati Prakash viajó a Hamburgo para presentar los primeros resultados de los ensayos humanos con Sattvium-3, el cielo alemán se había transformado en un océano gris que amenazaba con derramarse sobre la ciudad. Desde el tren que la llevaba hacia el norte, observaba la secuencia infinita de campos, fábricas y ríos estrechos mientras el reflejo de su rostro se desdibujaba en la ventana por cada golpe de lluvia. Sentía que ese paisaje inestable, húmedo y silencioso era una metáfora del estado en que se encontraba su propia vida: entre lo conocido y lo incierto, entre el avance científico y una sombra que comenzaba a crecer detrás de cada uno de sus pasos.

Weiss la había enviado en su lugar porque el equipo del Hospital Universitario de Hamburgo había solicitado escuchar directamente de ella la explicación del mecanismo emocional que Sattvium-3 modulaba. No querían una presentación genérica; querían la voz de quien había sostenido cada línea del proyecto desde su nacimiento. Querían la mente que había visto la ecuación del umbral y la había convertido en puerta.

Durante las dos horas de trayecto, Saraswati revisó mentalmente cada sección de la presentación, pero su pensamiento regresaba una y otra vez a algo más básico, más visceral: la certeza creciente de que el cartel europeo-asiático aún estaba detrás de su trabajo. Desde Marsella hasta Mumbai, las señales no dejaban lugar a dudas: su molécula ya no

pertenecía al ámbito clínico, sino que circulaba en los labios de criminales que la imaginaban como un arma emocional.

Al llegar a Hamburgo, la recibió un viento frío que parecía venir directamente del Báltico. Caminó desde la estación de tren hasta un taxi, sosteniendo su abrigo con más fuerza de la necesaria, y observó los edificios industriales renovados que bordeaban el puerto. Ese ambiente, mezcla de historia naval y modernidad pragmática, tenía un carácter severo que la hizo sentirse expuesta. Era como si la ciudad misma supiera que se encontraba en territorio donde las fuerzas visibles e invisibles se reunían sin intención de esconder su naturaleza.

El Hospital Universitario ocupaba varias manzanas de estructuras de ladrillo rojizo y cristal. La esperaban médicos, psiquiatras, especialistas en neuroimagen, y algunos investigadores que habían seguido su trabajo desde hacía meses. Todos querían entender la técnica detrás del milagro: cómo una molécula podía permitir que un paciente enfrentara sus recuerdos sin que estos se convirtieran en tormentas devastadoras.

La presentación comenzó en una sala amplia, con luces blancas, mesas distribuidas en semicírculo y pantallas que mostraban las curvas dinámicas de Sattvium-3 en la amígdala y el córtex prefrontal. Saraswati habló con firmeza, describiendo cada una de las etapas clínicas, los efectos secundarios mínimos, las reacciones emocionales inesperadas y la manera en que el compuesto reorganizaba la actividad neural sin invadir la identidad emocional del paciente. Usó ejemplos concretos: la expansión subjetiva del espacio emocional en Viktor, la capacidad de llanto liberador en la violinista polaca, la gradual estabilización del médico griego.

Mientras hablaba, notó que uno de los médicos —un hombre alto, de expresión seria, cabello gris cuidadosamente peinado— la observaba con una intensidad inusual. No tomaba notas. No cambiaba de postura. Solo la miraba, como si estuviera midiendo cada una de sus palabras, cada gesto, cada inflexión. A Saraswati no le gustó esa atención. Había aprendido a identificar la diferencia entre interés científico e interés personal. Y aquel hombre tenía la mirada de alguien que evaluaba piezas, no explicaciones.

Tras la presentación, comenzaron las preguntas. Primero las técnicas. Luego las éticas. Después, las relacionadas con posibles aplicaciones futuras.

—¿Cuál sería el riesgo de sobredosificación —preguntó una psiquiatra joven.

—Es extremadamente improbable —respondió Saraswati—. El compuesto se degrada de manera controlada y requiere un estímulo eléctrico preciso para activar su conformación reducida.

—¿Y si alguien intentara replicarlo sin ese estímulo.

—Obtendría un derivado inestable —dijo ella—, probablemente tóxico.

Mientras pronunciaba la palabra tóxico, notó que el hombre de cabello gris inclinaba ligeramente la cabeza, como si acabara de confirmar algo que ya sospechaba.

La sesión terminó con aplausos discretos y un intercambio de tarjetas entre instituciones. Mientras guardaba sus documentos, el hombre del cabello gris se acercó a ella.

—Doctora Prakash —dijo, con un tono demasiado mesurado—, soy el doctor Henri Renauld.

Ella estrechó su mano con cortesía.

—Me gustaría conversar con usted en privado —añadió él—. Sus resultados son... fascinantes.

Saraswati sintió un leve escalofrío.

—Podemos conversar aquí mismo —respondió.

Renauld sonrió.

—Hay demasiados oídos. Lo que quiero discutir requiere discreción.

La frase la puso en alerta. Recordó la carta sin remitente en Múnich. Recordó la fotografía desde Bangalore. Recordó a Leduc en Marsella.

—Lo siento —dijo con firmeza—. No acostumbro a reuniones privadas fuera de los protocolos oficiales.

Él mantuvo la sonrisa, pero sus ojos revelaron una sombra distinta.

—Usted ha creado algo invaluable. Hay quienes no comprenden lo que eso significa.

—Yo sí comprendo —respondió ella—. Precisamente por eso no hablo fuera de los protocolos.

Renauld la observó durante varios segundos en silencio.

—Está cometiendo un error —dijo finalmente, con voz suave.

—Mi único error sería no proteger lo que he creado.

Él inclinó ligeramente la cabeza, como quien concede una partida sin haberla jugado.

—Nos volveremos a encontrar, doctora.

Se dio media vuelta y se marchó sin despedirse. Saraswati sintió que su respiración se aceleraba apenas. Sabía que hombres así no hablaban sin intención. Y lo que había percibido en él no era curiosidad, sino posesión. Un tipo de posesión peligrosa.

Al salir del hospital, la lluvia había aumentado. Hamburgo estaba envuelta en una cortina gris que borraba los contornos de los edificios y hacía que los transeúntes se movieran como sombras apresuradas. Saraswati caminó hacia un café cercano, intentando ordenar sus pensamientos. Había enfrentado amenazas más sutiles antes, sí, pero nunca una presencia tan directa, tan calculada.

Mientras bebía un té caliente, revisó su correo. Había un mensaje nuevo. Sin asunto. Sin remitente visible.

Lo abrió.

Solo contenía una frase:

"No deberían haberlo mostrado en Hamburgo. Hay demasiados ojos aquí."

Su estómago se tensó. Miró alrededor del café. Nadie parecía prestarle atención. Pero había aprendido que las amenazas más reales rara vez provenían de figuras dramáticas: provenían de aquellos que sabían mimetizarse.

De vuelta en su hotel, llamó a Weiss.

—No estás paranoica —dijo la doctora, tras escucharla—. La presencia de Renauld era un dato que esperábamos. Lo conozco. O mejor dicho, conozco su pasado. Trabajó hace años para un consorcio farmacéutico que quebró por violaciones éticas graves. No deberías haberlo visto en una reunión clínica.

—Él dijo que nos veríamos de nuevo.

—Y eso significa —respondió Weiss— que está siguiendo el avance de cerca. Demasiado cerca. Tendremos que reforzar todo, Saraswati. Protocolos, accesos, comunicación.

Hubo un silencio breve.

—No vuelvas sola a Berlín —añadió Weiss—. Te enviaré un acompañante del instituto.

Saraswati colgó y se quedó mirando su reflejo en el cristal de la ventana. La lluvia resbalaba como si el cielo estuviera tratando de borrar la ciudad. Hamburgo tenía esa belleza dura que a ella le recordaba las noches en Bangalore después del atentado: un mundo mojado donde el pasado parecía diluirse sin desaparecer.

Se obligó a dormir, aunque su mente permaneció despierta, alerta, vigilante.

A la mañana siguiente, mientras caminaba hacia la estación para regresar a Berlín, ocurrió algo que marcaría un antes y un después. Un coche negro, sin placas visibles, se detuvo frente a ella. La ventana se bajó apenas unos centímetros.

Una voz masculina dijo:

—Deberías dejar este proyecto. No sabes en qué estás metida.

Saraswati retrocedió un paso, pero no huyó.

—¿Quién eres.

No obtuvo respuesta.

El coche avanzó lentamente y desapareció en el tráfico.

Ella permaneció inmóvil unos segundos, empapada por la lluvia, sintiendo cómo el frío se le metía en el cuerpo. Pero ese frío no provenía del clima: provenía de la confirmación de que el peligro ya no era abstracto. Era inmediato.

En el tren de regreso, repasó mentalmente cada señal, cada advertencia. Comprendió que la batalla por mantener el control ético de Sattvium-3 había entrado en una fase distinta. Hamburgo había sido la primera confrontación directa. No sería la última.

Al llegar a Berlín, Weiss la esperaba en la estación.

—A partir de ahora no caminarás sola —dijo—. Lo que enfrentamos no es solo ciencia. Es poder. Y el poder nunca observa pasivamente.

Esa noche, Saraswati volvió a su departamento, abrió su cuaderno y escribió una sola línea, con un pulso firme pero emocionalmente cargado:

"La ciencia sin protección es una puerta abierta en mitad de una tormenta."

El capítulo concluye con ella mirando la ciudad desde su ventana, mientras la lluvia sigue cayendo con una cadencia casi ritual. Berlín parece tranquila desde allí, pero para Saraswati, por primera vez, ya no es un refugio absoluto. Es un escenario donde la luz y la sombra empiezan a entrelazarse de una manera irrevocable. Y en esa mezcla reconoce el anuncio de lo que vendrá: una amenaza que crecerá bajo la lluvia y que pondrá en riesgo no solo su trabajo, sino su propia vida.

CAPÍTULO 10

Violencia en escala piloto

La noticia llegó mientras Saraswati Prakash revisaba datos de resonancia magnética funcional en su escritorio del Instituto Max Planck. Fue un mensaje de texto de Vikram, breve y sin contexto: "Enciende las noticias. Frankfurt." Ella levantó la mirada hacia la pantalla de su ordenador, confundida por el tono urgente, y buscó el primer portal de noticias alemán que encontró. Lo que vio la congeló en su silla.

Un templo hindú en Frankfurt había sido atacado esa mañana. Las imágenes mostraban humo elevándose desde un edificio modesto en un barrio residencial, ambulancias agrupadas en la calle, mantas térmicas cubriendo cuerpos que los paramédicos intentaban proteger de las cámaras. Los titulares hablaban de una explosión, de al menos veinte muertos, de decenas de heridos. Las autoridades alemanas aún no confirmaban si se trataba de un atentado terrorista, pero la precisión del ataque dejaba pocas dudas. No había sido un accidente. Alguien había elegido ese lugar, ese momento, esa comunidad.

Saraswati sintió que el aire abandonaba sus pulmones. Durante varios segundos fue incapaz de moverse, de pensar, de procesar lo que estaba viendo. Las imágenes en la pantalla se fundieron con otras imágenes que llevaba grabadas en la memoria: el mercado de Hyderabad, los cuerpos

dispersos, el humo acre, el silencio después del estallido. Era como si el pasado hubiera cruzado el tiempo y el espacio para alcanzarla de nuevo, esta vez en suelo europeo, esta vez en una ciudad donde se había sentido a salvo.

Intentó concentrarse en los detalles. El templo, según explicaba el reportaje, era un centro comunitario frecuentado por familias migrantes, estudiantes indios, trabajadores que buscaban mantener un vínculo con su cultura en medio de la vida alemana. No era un objetivo militar ni político en el sentido convencional. Era un lugar de encuentro, de oración, de fragilidad cotidiana. Y alguien lo había destruido con una frialdad que helaba la sangre.

Cerró la ventana del navegador, incapaz de seguir mirando. Se levantó de su escritorio con las piernas temblando y caminó hacia el baño del laboratorio. Allí, frente al espejo, se mojó el rostro con agua fría mientras intentaba recuperar el control sobre su respiración. Pero el control no llegaba. Solo llegaban preguntas que no quería formular: por qué Frankfurt, por qué un templo hindú, por qué ahora.

La respuesta llegó esa misma tarde. Un correo electrónico sin remitente identificable, enviado desde una cuenta desechable que desaparecería en cuestión de horas. El mensaje era corto, despojado de cualquier retórica: "Frankfurt es solo el comienzo. Usted tiene algo que nos pertenece. Coopere o la próxima vez será más cerca de usted."

Saraswati leyó el mensaje tres veces, con una sensación de irrealidad que se parecía demasiado al shock. No había firma, no había nombres, no había amenazas explícitas más allá de esa frase final. Pero no hacía falta nada más. La conexión era evidente. Los muertos en Frankfurt no habían sido víctimas de un conflicto ideológico ni de una disputa religiosa. Habían sido sacrificados para enviarle un mensaje a ella. Un mensaje que decía: tu ciencia no te protege, tu ética no te protege, tu distancia geográfica no te protege. Podemos llegar a quien queramos, donde queramos, cuando queramos.

Cerró el correo sin responder. No sabía qué hacer, a quién recurrir, cómo procesar lo que acababa de leer. Durante varios minutos permaneció inmóvil frente a la pantalla, sintiendo cómo su mente oscilaba entre la negación y el pánico. Había pasado años construyendo una barrera emocional contra el pasado, años diciéndose que la ciencia era su refugio, que el conocimiento era un territorio donde la violencia no tenía jurisdicción. Ahora esa ilusión se desmoronaba con la misma rapidez con que se había desmoronado el templo en Frankfurt.

Esa noche no durmió. Se quedó sentada en su departamento, con las luces apagadas y la ciudad de Berlín extendiéndose silenciosa más allá de la ventana. Cada ruido la sobresaltaba. Cada sombra en la calle le parecía una amenaza. Era como si los años transcurridos desde Hyderabad se hubieran evaporado, como si el trauma hubiera estado agazapado todo ese tiempo

esperando la oportunidad de regresar. Las técnicas de respiración que había aprendido en terapia no funcionaban. Los ejercicios de anclaje al presente tampoco. Solo había miedo, culpa y una pregunta que no dejaba de repetirse: cuántas personas más morirían por culpa de su molécula.

Los días siguientes fueron un descenso progresivo hacia un lugar oscuro que creía haber dejado atrás. Las noticias sobre el atentado de Frankfurt dominaban los medios alemanes. La policía anunciaba investigaciones, las autoridades hablaban de cooperación internacional, los políticos emitían declaraciones condenando la violencia. Pero nadie mencionaba lo que Saraswati sabía con certeza aplastante: que aquel ataque no había sido ideológico, sino funcional. No buscaba cambiar una política ni vengar una ofensa. Buscaba presionarla a ella para que entregara el control de Sattvium-3.

En el laboratorio, sus colegas comenzaron a notar el cambio. Saraswati llegaba tarde, se ausentaba en medio de reuniones, cometía errores en cálculos que antes resolvía con precisión automática. Weiss la observaba con preocupación creciente, pero respetaba su silencio. Vikram intentó acercarse un par de veces, pero ella lo apartó con excusas vagas sobre estrés acumulado. No podía hablar. No podía explicar lo que estaba ocurriendo sin revelar detalles que pondrían en peligro a todos los que la rodeaban.

Una tarde, mientras revisaba datos en su escritorio, recibió otro mensaje. Esta vez no era un correo electrónico, sino una nota manuscrita deslizada bajo la puerta de su oficina. Las palabras estaban escritas en hindi, con una caligrafía cuidadosa que contrastaba con la brutalidad del contenido: "Veinte muertos en Frankfurt. Cuántos más quiere cargar en su conciencia. La decisión es suya."

Saraswati arrugó el papel con las manos temblorosas y lo arrojó a la papelería. Luego lo recuperó, lo alisó y lo guardó en un cajón cerrado con llave. No sabía si aquello podría servir como evidencia, pero tampoco sabía a quién acudir. La policía alemana investigaba el atentado como un acto de terrorismo religioso. No tenían manera de saber que detrás de aquella violencia había un cartel que buscaba apoderarse de una molécula farmacéutica. Y si ella lo revelaba, si hablaba, estaría admitiendo que era el centro de un conflicto que ya había dejado veinte cadáveres.

Las pesadillas regresaron con una intensidad que no experimentaba desde los primeros meses después de Hyderabad. Soñaba con explosiones, con cuerpos despedazados, con su hermano Nandini llamándola desde el fuego. Despertaba empapada en sudor, con el corazón golpeando contra las costillas como si quisiera escapar de su pecho. Algunas noches no intentaba volver a dormir. Se quedaba sentada en la cama, mirando el techo, esperando que llegara el amanecer.

Durante el día, la culpa la perseguía con una lógica implacable. Si no hubiera creado Sattvium-3, aquellas veinte personas seguirían vivas. Si no

hubiera publicado sus resultados, si no hubiera compartido su investigación, si hubiera permanecido en el anonimato académico, nadie habría muerto. La racionalidad le decía que esa lógica era falsa, que los criminales eran los únicos responsables de sus actos, que la ciencia no podía detenerse por miedo a sus aplicaciones perversas. Pero la racionalidad no tenía peso frente al dolor de saber que su nombre estaba vinculado, aunque fuera indirectamente, a un atentado.

Una semana después del ataque, Weiss la llamó a su oficina. Cerró la puerta con cuidado y se sentó frente a ella con una expresión que mezclaba preocupación y determinación.

—Saraswati, necesito que me digas qué está pasando.

Ella intentó responder, pero las palabras se atascaron en su garganta. Weiss esperó en silencio, sin presionarla, con esa paciencia que caracterizaba su manera de lidiar con crisis.

—No puedo hablar de ello —dijo finalmente Saraswati, con una voz que apenas reconocía como propia.

—Entonces al menos escucha lo que tengo que decirte —respondió Weiss—. He estado en este campo el tiempo suficiente para saber cuándo alguien está bajo presión externa. No sé qué te están pidiendo ni quiénes son, pero sé que no estás bien. Y sé también que si sigues así, vas a romperte.

Saraswati bajó la mirada, incapaz de sostener los ojos de su mentora.

—No quiero que más gente muera por mi culpa.

Weiss negó con la cabeza, lenta pero firmemente.

—No es tu culpa. Lo que hiciste fue ciencia. Lo que ellos hacen es violencia. No son lo mismo.

—Pero están conectados —murmuró Saraswati—. Mi ciencia es la razón de su violencia.

—Tu ciencia es la razón de muchas cosas —dijo Weiss—. De esperanza, de tratamientos, de vidas que pueden mejorar. No puedes cargar solo con lo malo y olvidar lo bueno.

Las palabras de Weiss tenían sentido, pero no aliviaban el peso. Saraswati sabía que su mentora tenía razón en términos abstractos, pero en términos concretos había veinte familias en Frankfurt llorando a sus muertos. Y esos muertos estaban ahí, directa o indirectamente, porque alguien quería su molécula.

Esa noche, de regreso en su departamento, Saraswati se sentó frente al ordenador y escribió un borrador de correo dirigido a las cuentas anónimas que la habían contactado. En él decía que estaba dispuesta a negociar, que quería evitar más violencia, que comprendía la situación. Escribió varias versiones, cada una más desesperada que la anterior. Pero nunca envió ninguna. Algo en su interior, una parte que aún no había sido completamente destruida por el miedo, le decía que ceder solo multiplicaría

el problema. Si entregaba Sattvium-3 a un cartel criminal, no habría solo veinte muertos. Habría cientos, miles, una cascada interminable de sufrimiento fabricado en laboratorios clandestinos, distribuido sin control, utilizado para fines que ella no podía ni imaginar.

Borró los borradores y cerró el ordenador. Se quedó sentada en la oscuridad, con las manos apretadas contra las rodillas, sintiendo cómo su mente oscilaba entre dos abismos: el de ceder y convertirse en cómplice, o el de resistir y cargar con la certeza de que habría más ataques, más muertos, más mensajes diseñados para quebrarla.

El capítulo concluye con Saraswati de pie frente a la ventana de su departamento, observando las luces de Berlín parpadear en la distancia. La ciudad que había sido su refugio ahora se siente como un escenario vigilado, lleno de sombras que podrían ocultar amenazas. Ella sabe que no puede seguir así, que necesita tomar una decisión antes de que su mente se desmorone por completo. Pero aún no sabe cuál es esa decisión. Solo sabe que Frankfurt no fue un ataque aislado. Fue una escala piloto, una demostración de capacidad, una advertencia de lo que vendrá si no coopera. Y en algún lugar de Europa, los responsables esperan su respuesta.

CAPÍTULO 11

El pacto con la Fundación Ajanta

El primer contacto llegó de una manera que Saraswati Prakash jamás habría anticipado. No fue un correo electrónico formal ni una llamada telefónica protocolaria, sino una visita inesperada a su departamento en Berlín. Era una tarde lluviosa de marzo cuando alguien tocó a su puerta con una insistencia medida pero firme. Ella miró por la mirilla y vio a dos personas: una mujer de unos cincuenta años, con el cabello canoso recogido en un moño impecable y una presencia que irradiaba autoridad sin necesidad de alzar la voz, y un hombre más joven, de complexión atlética y mirada vigilante que permanecía ligeramente detrás, como si su función fuera observar más que hablar.

Saraswati abrió la puerta con cautela. Durante las últimas semanas había aprendido a desconfiar de cualquier cosa inesperada, de cualquier rostro desconocido, de cualquier interrupción en la rutina que había intentado mantener intacta pese al terror que la acechaba.

—Doctora Prakash, mi nombre es Kamala Deshmukh —dijo la mujer en un inglés impecable con un ligero acento que revelaba raíces indias—. Vengo en representación de la Fundación Ajanta. Necesitamos hablar con usted sobre una situación que creemos conocer mejor de lo que imagina.

El nombre de la fundación no le decía nada, pero la manera en que la mujer pronunció la palabra situación hizo que Saraswati sintiera un escalofrío

recorriendo su espalda. Había algo en su tono que sugería conocimiento preciso, información que no debería estar en manos de nadie ajeno al círculo más íntimo de su pesadilla.

—No sé de qué me habla —respondió Saraswati, intentando mantener la voz firme.

Kamala Deshmukh sonrió con una mezcla de comprensión y paciencia.

—Lo sé. Y es precisamente por eso que estoy aquí. Porque usted no debería estar enfrentando sola lo que está enfrentando. Permítame entrar cinco minutos. Si después de escucharme decide que no quiere nuestra ayuda, me iré y no volverá a saber de nosotros.

Saraswati vaciló. Cada instinto le decía que cerrara la puerta, que no confiara en extraños, que mantuviera su aislamiento como última defensa. Pero había otra parte de ella, más pequeña pero también más desesperada, que reconocía la imposibilidad de seguir adelante sin ayuda. Frankfurt había sido una demostración brutal de que sus problemas no desaparecerían por ignorarlos. Y si aquella mujer sabía algo, si de alguna manera había conectado los puntos que la policía alemana no había visto, entonces quizá merecía ser escuchada.

Abrió la puerta completamente y les hizo una seña para que entraran. Kamala Deshmukh agradeció con un gesto y entró seguida del hombre silencioso, quien se quedó de pie junto a la puerta con las manos entrelazadas frente al cuerpo, en una postura que resultaba simultáneamente discreta y alerta.

Se sentaron en la pequeña sala del departamento. Kamala esperó a que Saraswati tomara asiento antes de comenzar a hablar.

—La Fundación Ajanta es una organización que pocos conocen porque así lo hemos decidido —dijo con calma—. Operamos desde hace más de tres décadas en la intersección entre el desarrollo científico, la seguridad internacional y la protección de investigadores que enfrentan amenazas derivadas de su trabajo. No somos una agencia gubernamental, aunque colaboramos con gobiernos cuando es necesario. No somos una empresa de seguridad privada, aunque tenemos capacidades operativas. Somos, si le parece una definición útil, un escudo para quienes buscan hacer avanzar el conocimiento en áreas sensibles.

Saraswati escuchaba con atención creciente, intentando descifrar si aquello era genuino o si estaba ante una nueva forma de manipulación. Kamala pareció leer su desconfianza en el silencio.

—Sé que suena demasiado conveniente —continuó—. Una organización misteriosa que aparece justo cuando más la necesita. Pero permítame ofrecerle algo más concreto. Sabemos que el atentado de Frankfurt no fue un acto de terrorismo religioso. Sabemos que usted ha recibido mensajes amenazantes vinculados a ese ataque. Sabemos que detrás de todo esto hay un cartel transnacional interesado en Sattvium-3. Y sabemos también

que la policía alemana aún no ha conectado esos puntos porque los responsables han sido extremadamente cuidadosos en diseñar el ataque como si fuera ideológico.

Las palabras de Kamala golpearon a Saraswati con la fuerza de una confirmación que al mismo tiempo aliviaba y aterraba. No estaba sola en su comprensión de lo ocurrido, pero eso también significaba que el peligro era aún más real de lo que había querido admitir.

—¿Cómo saben todo eso? —preguntó con voz temblorosa.

—Porque hemos estado siguiendo el rastro de este cartel durante más de un año —respondió Kamala—. Empezamos a rastrearlos cuando intentaron infiltrarse en laboratorios farmacéuticos en India y Tailandia, buscando acceso a compuestos experimentales. Su modus operandi es consistente: identifican moléculas con alto potencial comercial en mercados ilícitos, luego presionan a los investigadores clave para obtener fórmulas, protocolos o acceso a muestras. En algunos casos han tenido éxito. En otros, no. Usted es su objetivo más ambicioso hasta ahora.

Saraswati sintió que el aire en la habitación se volvía más pesado. Saber que no era la primera víctima, que había un patrón, una estrategia sistemática, convertía su situación en algo aún más escalofriante. No era personal. Era industrial. Era calculado. Era el resultado de una lógica criminal que veía en la ciencia solo una mercancía por explotar.

—¿Y qué esperan de mí? —preguntó.

—Que acepte nuestra protección y nuestra colaboración —dijo Kamala—. Podemos ayudarla a salir de esta situación sin que tenga que ceder ante las amenazas. Tenemos recursos, conocimiento y, lo más importante, experiencia en lidiar con este tipo de extorsión. Pero necesitamos que confíe en nosotros.

—¿Y a cambio?

Kamala sonrió levemente, como si hubiera esperado esa pregunta.

—A cambio, queremos que Sattvium-3 no termine en manos equivocadas. No le pedimos control sobre su investigación ni derechos de explotación comercial. Solo le pedimos que nos permita ayudarla a protegerla hasta que pueda completar los ensayos clínicos y llevar su molécula al mundo de manera segura y ética. La Fundación Ajanta no busca lucro. Buscamos equilibrio.

Saraswati guardó silencio durante varios minutos, procesando lo que acababa de escuchar. Había algo en la manera de hablar de Kamala que inspiraba confianza, pero también había aprendido que la confianza podía ser manipulada, que las palabras bien elegidas podían ocultar intenciones oscuras.

—Necesito pensar —dijo finalmente.

—Por supuesto —respondió Kamala, levantándose de su asiento—. Pero le pido que piense rápido. El cartel no esperará indefinidamente. Y cada día

que pasa sin una respuesta de su parte es un día en que ellos planean su siguiente movimiento.

Dejó una tarjeta sobre la mesa. No tenía logo ni dirección, solo un número de teléfono y un nombre: Kamala Deshmukh, Fundación Ajanta.

—Llámeme cuando esté lista —dijo antes de salir, seguida por el hombre silencioso.

Durante las horas siguientes, Saraswati no pudo concentrarse en nada más. Investigó en internet sobre la Fundación Ajanta, pero encontró muy poco: menciones esporádicas en artículos académicos sobre protección de investigadores, alguna referencia tangencial en informes de organizaciones internacionales, nada concreto. Era como si la fundación existiera en los márgenes del mundo visible, lo suficientemente real para dejar huellas, pero lo suficientemente discreta para no exponerse.

Dos días después, Saraswati marcó el número de la tarjeta. Kamala respondió al segundo timbre.

—Quiero saber más —dijo Saraswati sin preámbulos.

—Excelente —respondió Kamala—. Venga mañana a las diez de la mañana a la siguiente dirección.

Le dio la ubicación de un edificio en el distrito de Charlottenburg, una zona de Berlín conocida por sus edificios históricos reconvertidos en oficinas y estudios. Al día siguiente, Saraswati llegó puntualmente. El edificio tenía un aspecto anodino desde fuera, pero al entrar fue recibida por un sistema de seguridad discreto pero evidente: cámaras, sensores, una recepcionista que verificó su identidad antes de permitirle el acceso.

La condujeron a un salón de reuniones en el tercer piso. Allí, Kamala Deshmukh la esperaba junto a otras tres personas: un hombre indio de unos sesenta años que se presentó como el director de operaciones de la fundación, una mujer europea especializada en seguridad cibernética y un abogado internacional cuyo trabajo consistía en navegar las complejidades legales de proteger investigadores en múltiples jurisdicciones.

Durante las siguientes dos horas, le explicaron con detalle cómo funcionaba la Fundación Ajanta. Habían sido creados a finales de los años ochenta por un grupo de científicos y filántropos preocupados por la vulnerabilidad de investigadores que trabajaban en áreas sensibles: biotecnología, inteligencia artificial, nanotecnología, cualquier campo donde el conocimiento pudiera ser convertido en arma o en mercancía ilícita. La fundación operaba con fondos provenientes de donaciones privadas, sin vínculos directos con gobiernos pero con capacidad para colaborar con agencias de seguridad cuando era necesario. Su filosofía era simple: la ciencia avanza más rápido que las estructuras de protección institucional, y esa brecha deja a los investigadores expuestos a riesgos que no deberían enfrentar solos.

Saraswati escuchó con atención, haciendo preguntas, buscando inconsistencias, intentando determinar si aquello era legítimo o una trampa más elaborada. Pero cada respuesta que recibía tenía coherencia, cada documento que le mostraban parecía auténtico, cada persona en esa sala transmitía un nivel de profesionalismo que resultaba difícil de fingir.

—¿Qué necesitan de mí exactamente? —preguntó al final de la reunión.

—Tres cosas —respondió Kamala—. Primero, que nos permita implementar medidas de seguridad alrededor de usted: vigilancia discreta, protocolos de comunicación encriptada, cambios en sus rutinas para minimizar riesgos. Segundo, que nos mantenga informados sobre cualquier contacto adicional del cartel. Y tercero, que confíe en que nuestro objetivo es protegerla, no controlarla.

Saraswati respiró profundamente. Sabía que aceptar aquella ayuda implicaba ceder parte de su autonomía, aceptar que su vida ya no le pertenecía completamente, que cada decisión tendría que ser coordinada con personas que apenas conocía. Pero también sabía que la alternativa era seguir viviendo en el terror, esperando el próximo mensaje, la próxima amenaza, el próximo ataque.

—Acepto —dijo finalmente.

Kamala asintió con una expresión que mezclaba satisfacción y respeto.

—Entonces comencemos de inmediato.

Los días siguientes fueron un torbellino de cambios. La fundación instaló sistemas de seguridad en su departamento, le proporcionó un teléfono encriptado, le asignó un equipo de protección que operaba en las sombras sin interferir visiblemente en su vida cotidiana. Le enseñaron a reconocer patrones de vigilancia, a variar sus rutas, a comunicarse de manera segura. No era una prisión, le explicaron, sino una arquitectura de precaución.

Al mismo tiempo, la fundación comenzó a trabajar en una estrategia más amplia. No bastaba con proteger a Saraswati; era necesario neutralizar la amenaza del cartel. Y para eso, necesitaban entender mejor quiénes eran, cómo operaban, dónde estaban sus puntos débiles. Kamala le explicó que la fundación tenía contactos en organismos de inteligencia europeos y asiáticos, que estaban construyendo un mapa de la organización criminal, que cada dato que Saraswati pudiera proporcionar sobre los mensajes recibidos ayudaría a completar ese mapa.

Una tarde, mientras revisaban los correos anónimos que había recibido, uno de los analistas de la fundación identificó un patrón en los metadatos que sugería que al menos algunos mensajes habían sido enviados desde servidores ubicados en Europa del Este. Era una pista pequeña, pero las pistas pequeñas, le explicaron, podían abrir puertas más grandes.

Saraswati comenzó a sentir, por primera vez en semanas, que no estaba completamente indefensa. No era que el miedo desapareciera, ni que las pesadillas dejaran de atormentarla, pero ahora había un marco, una

estructura, un grupo de personas cuyo trabajo consistía en mantenerla a salvo. Y eso, aunque no fuera una solución definitiva, era al menos un punto de apoyo.

Una noche, después de una larga reunión con el equipo de la fundación, Kamala se quedó a solas con ella en el salón de reuniones.

—Sé que esto es difícil —dijo con suavidad—. Sé que siente que su vida ha dejado de pertenecerle. Pero quiero que sepa algo importante. La Fundación Ajanta existe porque creemos que el conocimiento debe servir a la humanidad, no a quienes buscan explotarlo. Usted creó algo importante, doctora Prakash. Algo que puede aliviar el sufrimiento de millones de personas. Y nosotros estamos aquí para asegurarnos de que esa posibilidad no sea destruida por la codicia o la violencia.

Saraswati sintió que algo se aflojaba dentro de su pecho. No era alivio completo, pero sí una forma de reconocimiento. Alguien entendía lo que estaba en juego. Alguien valoraba su trabajo no solo como mercancía científica, sino como contribución humana.

—Gracias —murmuró, con una voz que apenas logró sostener.

Kamala asintió y se levantó para marcharse. Antes de salir, se detuvo en el umbral de la puerta.

—Una última cosa —dijo—. El nombre de nuestra fundación, Ajanta, proviene de las cuevas de Ajanta en India. Lugares donde el conocimiento, el arte y la espiritualidad fueron preservados durante siglos contra la destrucción. Eso es lo que hacemos. Preservamos lo que merece ser preservado.

El capítulo concluye con Saraswati de regreso en su departamento, ahora equipado con sistemas de seguridad que antes solo había visto en películas. Se sienta frente a la ventana y observa la ciudad con una mirada distinta. Ya no está sola. Ya no es solo una científica aislada enfrentando fuerzas que la superan. Ahora es parte de una red, de una estrategia, de un esfuerzo colectivo por proteger no solo su vida, sino el significado de su trabajo. La Fundación Ajanta no es una solución mágica, pero es un escudo. Y en este momento de su vida, un escudo es exactamente lo que necesita.

CAPÍTULO 12

La sombra fractal

La primera vez que Saraswati Prakash entró en la sala de análisis de la Fundación Ajanta, sintió que había cruzado el umbral hacia un territorio que hasta entonces solo había imaginado en películas de espionaje. No era un espacio oscuro ni dramático, sino todo lo contrario: una habitación iluminada con luz fría y uniforme, paredes cubiertas de pantallas que mostraban mapas interactivos, gráficos de redes, flujos de información que se actualizaban en tiempo real. Había media docena de analistas trabajando en silencio, cada uno frente a su estación, conectando puntos

invisibles en un paisaje de datos que para cualquier observador externo habría parecido caótico, pero que para ellos componía un patrón reconocible.

Kamala Deshmukh la recibió con un gesto breve y la condujo hacia el centro de la sala, donde una pantalla principal proyectaba lo que parecía ser un mapa de Europa y Asia salpicado de puntos rojos, líneas que los conectaban formando una red irregular, casi orgánica. Algunos nodos eran más grandes que otros, algunos pulsaban con mayor intensidad, algunos estaban agrupados en clusters densos mientras otros permanecían aislados en la periferia.

—Esto es lo que hemos reconstruido hasta ahora —dijo Kamala, señalando la pantalla—. Cada punto rojo representa una ubicación donde hemos detectado actividad vinculada al cartel que la persigue. Laboratorios clandestinos, empresas fachada que compran equipamiento químico, cuentas bancarias que mueven fondos sospechosos, servidores desde donde se envían comunicaciones encriptadas. No es una organización jerárquica tradicional. Es una estructura fractal: células que se replican, se adaptan, se ocultan y reaparecen en nuevas configuraciones. Por eso la llamamos la sombra fractal.

Saraswati observó la pantalla con una mezcla de fascinación y terror. Cada uno de esos puntos representaba un lugar donde su molécula, su trabajo, su contribución científica estaba siendo distorsionada, copiada, pervertida. Era como ver un tumor extendiéndose por el cuerpo de la investigación legítima, alimentándose de ella, multiplicándose sin control.

—¿Cómo saben que todos esos puntos están conectados? —preguntó.

Uno de los analistas, un hombre joven con acento polaco, respondió sin apartar la mirada de su pantalla.

—Patrones de compra. Hemos rastreado precursores químicos específicos que son esenciales para intentar sintetizar Sattvium-3. Algunos de esos precursores solo se venden en mercados regulados, lo que significa que cuando alguien intenta comprarlos en el mercado negro, deja huellas. Cruzamos esas huellas con movimientos financieros, con registros de transporte, con análisis de comunicaciones interceptadas. Cada dato individual no dice mucho, pero cuando los conectas todos, emerge la estructura.

Saraswati se acercó a la pantalla y estudió los nodos con mayor detalle. Había concentraciones en ciudades como Praga, Estambul, Bangkok, Mumbai. Lugares donde la regulación era laxa o corrupta, donde los laboratorios podían operar sin atraer demasiada atención, donde el flujo de sustancias químicas era lo suficientemente denso como para ocultar operaciones ilegales entre las legítimas.

—¿Y qué están haciendo exactamente en esos laboratorios? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—Intentan reproducir su molécula —respondió Kamala—. Pero no lo están logrando. Al menos no completamente.

Esas palabras trajeron un alivio ambiguo. Por un lado, significaba que el daño no era total, que su trabajo no había sido completamente robado. Por otro lado, planteaba una pregunta inquietante: ¿qué les faltaba para completar la síntesis?

Kamala pareció leer su pensamiento.

—Esa es precisamente la razón por la que la necesitamos aquí. Hemos interceptado muestras de lo que están produciendo. Necesitamos que usted las analice y nos diga qué está mal, qué les falta, dónde están cometiendo errores. Esa información no solo nos ayudará a entender sus capacidades, sino también a predecir sus próximos movimientos.

Durante las semanas siguientes, Saraswati se convirtió en una pieza clave del esfuerzo de inteligencia de la fundación. Cada muestra interceptada, cada documento robado de servidores clandestinos, cada fotografía obtenida mediante vigilancia encubierta llegaba a sus manos para ser analizada con la misma rigurosidad que aplicaba en su trabajo científico legítimo. Era una experiencia extraña, casi surreal, aplicar sus conocimientos no para avanzar la ciencia, sino para dismantelar su sombra criminal.

La primera muestra que analizó era un polvo cristalino de color ligeramente amarillento, contenido en un vial sin etiqueta que había sido interceptado en un envío hacia Praga. Bajo el microscopio, la estructura molecular mostraba similitudes con Sattvium-3, pero también diferencias cruciales. La conformación espacial estaba distorsionada, como si alguien hubiera intentado ensamblar una máquina compleja sin tener acceso al manual de instrucciones. Funcionaría, quizá, pero no de la manera prevista. Y en farmacología, las diferencias sutiles podían significar la línea entre un tratamiento efectivo y un veneno.

—Es un desastre —dijo Saraswati después de completar el análisis—. La síntesis está mal desde el tercer paso. Probablemente usaron un catalizador incorrecto porque no pudieron obtener el que especifiqué en mis publicaciones. El resultado es una molécula que tiene algunas propiedades de Sattvium-3, pero también introduce radicales libres que serían tóxicos en concentraciones terapéuticas.

Kamala tomó notas meticulosas.

—¿Qué tan lejos están de corregir ese error?

Saraswati reflexionó antes de responder.

—Depende de cuánto sepan. Si solo tienen acceso a mis artículos publicados, les falta información clave. Nunca documenté completamente el proceso de purificación final porque consideré que era demasiado sensible para publicar en detalle. Pensé que estaba siendo prudente. Ahora

veo que esa omisión es lo único que está evitando que logren una síntesis funcional.

—Entonces su prudencia nos está dando tiempo —dijo Kamala—. Pero también significa que están desesperados por llenar ese vacío. Y eso los hace más peligrosos.

Las semanas se convirtieron en meses. Saraswati dividía su tiempo entre el laboratorio del Instituto Max Planck, donde continuaba con los ensayos clínicos legítimos de Sattvium-3, y la sala de análisis de la Fundación Ajanta, donde dismantelaba las copias defectuosas producidas por el cartel. Era una doble vida agotadora, pero también extrañamente clarificadora. Por primera vez desde Frankfurt, sentía que estaba haciendo algo activo contra la amenaza, que no era solo una víctima pasiva sino una participante en su propia defensa.

Una tarde, mientras revisaba un nuevo lote de datos interceptados, uno de los analistas le mostró algo que la dejó helada. Era una grabación de audio de una conversación telefónica entre dos personas que hablaban en inglés con acentos difíciles de identificar. La calidad era mala, había interferencias, pero las palabras clave eran inconfundibles: estaban discutiendo la posibilidad de secuestrar a alguien cercano a Saraswati para forzarla a revelar la información que faltaba.

—¿Quién? —preguntó con voz temblorosa.

—No lo especifican —respondió el analista—. Pero mencionan que están haciendo vigilancia en Bangalore.

Bangalore. Su ciudad natal. Donde vivían sus tíos, sus primos, los últimos fragmentos de su familia que habían sobrevivido a Hyderabad. El terror que había logrado contener durante semanas regresó con fuerza renovada.

Kamala actuó de inmediato. En menos de veinticuatro horas, la fundación había enviado equipos de protección discreta a Bangalore, había advertido a los familiares de Saraswati sin revelar demasiados detalles y había establecido protocolos de comunicación seguros. No era una garantía absoluta, pero era algo. Era más de lo que Saraswati habría podido hacer sola.

Mientras tanto, el mapa en la sala de análisis seguía creciendo. Cada semana aparecían nuevos nodos, nuevas conexiones, nuevas células del cartel. La estructura fractal se extendía como un organismo vivo, adaptándose a los esfuerzos por contenerla. Cuando las autoridades cerraban un laboratorio en Estambul, aparecían dos nuevos en ciudades más pequeñas. Cuando interceptaban un envío de precursores químicos, la red simplemente redirigía el flujo por rutas alternativas. Era como intentar atrapar humo con las manos.

Pero también había victorias pequeñas. La fundación, en coordinación con Interpol y agencias de seguridad europeas, logró identificar a varios intermediarios clave en la red de distribución. No eran los líderes del cartel,

pero eran eslabones importantes. Su captura no desmantelaba la organización, pero la debilitaba, la obligaba a reorganizarse, a gastar recursos en reconstruir conexiones rotas.

Una noche, después de una sesión particularmente larga en la sala de análisis, Saraswati se quedó a solas con Kamala. Habían pasado horas revisando informes de vigilancia, análisis financieros, transcripciones de comunicaciones interceptadas. Estaba exhausta, pero también inquieta.

—¿Cuánto tiempo más puede durar esto? —preguntó.

Kamala la miró con una expresión difícil de interpretar.

—Hasta que logremos neutralizar al cartel o hasta que usted complete los ensayos clínicos y Sattvium-3 se convierta en un tratamiento aprobado y disponible. Una vez que esté en el dominio público, regulado y accesible, el incentivo para robarlo disminuirá drásticamente. Los criminales no quieren una molécula que cualquiera puede obtener legalmente. Quieren exclusividad.

—Pero los ensayos clínicos llevarán años —dijo Saraswati.

—Lo sé —respondió Kamala—. Por eso necesitamos acelerar el proceso tanto como sea posible sin comprometer la seguridad. Y por eso también necesitamos seguir desarticulando sus operaciones, haciéndoles cada vez más difícil y costoso continuar.

Saraswati asintió, aunque la incertidumbre seguía siendo una carga pesada. Comprendía la lógica, pero también sabía que cada día que pasaba era un día en que el cartel buscaba nuevas maneras de presionarla, nuevas víctimas potenciales, nuevas formas de violencia.

El capítulo avanza mostrando escenas alternas. En una sala de reuniones en Bangkok, dos hombres negocian la compra de un lote de reactivos químicos. La conversación es aparentemente inocua, hablando de fertilizantes agrícolas, pero los códigos son transparentes para quien sabe escuchar. En un laboratorio clandestino en las afueras de Praga, un químico intenta por décima vez completar la síntesis de Sattvium-3, ajustando temperaturas, modificando tiempos de reacción, desesperado por complacer a sus empleadores. En una oficina sin ventanas en Mumbai, un contador mueve fondos entre cuentas fantasma, borrando rastros, construyendo capas de opacidad financiera.

Y en Berlín, en la sala de análisis de la Fundación Ajanta, Saraswati observa todo esto desplegarse en pantallas, sintiéndose simultáneamente impotente y esencial. No puede detener el crimen con sus propias manos, pero puede identificar sus errores, puede señalar sus debilidades, puede ser la voz científica que dice dónde buscar, qué interceptar, qué significa cada dato aparentemente trivial.

Una tarde, mientras revisaba un nuevo informe, Saraswati descubrió algo que la dejó sin aliento. Entre los documentos interceptados había un borrador de artículo científico, mal redactado y lleno de errores, que

intentaba explicar una variante de Sattvium-3. Estaba firmado por autores ficticios, pero el contenido era una mezcla grotesca de sus propias publicaciones con invenciones y falsedades. Era como ver su trabajo reflejado en un espejo deformado, reconocible pero monstruoso.

—Están intentando publicarlo —dijo Kamala cuando Saraswati le mostró el documento—. Quieren legitimidad científica. Si logran que algo así aparezca en una revista depredadora, pueden usarlo para reclamar que tienen una alternativa legal a su molécula.

—Pero es falso —dijo Saraswati—. Cualquier revisor competente lo detectaría de inmediato.

—No están apuntando a revistas competentes —respondió Kamala—. Están apuntando a publicaciones que aceptan cualquier cosa a cambio de una tarifa. No buscan credibilidad científica real. Buscan credibilidad superficial, suficiente para confundir a reguladores en países con sistemas débiles, suficiente para vender su producto como si fuera legítimo.

Saraswati sintió una oleada de rabia. No era solo que estuvieran robando su trabajo. Estaban prostituyendo la ciencia misma, usando sus formas y rituales para dar apariencia de legitimidad a algo que era fundamentalmente fraudulento.

—Tenemos que detener eso —dijo con voz firme.

—Lo haremos —respondió Kamala—. Ya estamos en contacto con las plataformas donde intentan publicar. No llegará a ninguna parte.

Pero el incidente dejó claro algo que Saraswati había intentado negar: la lucha no era solo técnica. No bastaba con proteger su fórmula o dismantelar laboratorios clandestinos. Era también una guerra de narrativas, una batalla por controlar el relato sobre qué era Sattvium-3, para qué servía y quién tenía el derecho de decidir su destino. El cartel no solo quería la molécula. Quería el poder de definirla.

El capítulo concluye con Saraswati de pie frente al mapa de la sombra fractal, observando cómo los nodos rojos pulsan en la pantalla como células de un organismo maligno. Sabe que cada punto representa esfuerzos humanos, recursos invertidos, decisiones tomadas en la oscuridad. Sabe también que la fundación está ganando terreno, lentamente, dismantelando conexiones, cerrando laboratorios, interceptando envíos. Pero la estructura fractal sigue allí, replicándose, adaptándose, esperando su momento. Y mientras Sattvium-3 permanezca fuera del alcance público, mientras siga siendo un secreto codiciado en lugar de un tratamiento disponible, esa sombra seguirá extendiéndose por el mapa del mundo.

CAPÍTULO 13

Operación Nandini

La reunión que cambiaría todo tuvo lugar en una sala sin ventanas del cuartel general de la policía federal alemana en Berlín. Era una mañana de

octubre, el aire afuera estaba cargado de esa humedad fría que anuncia la llegada del invierno, pero dentro de aquella habitación la atmósfera era de concentración absoluta. Alrededor de una mesa ovalada se sentaban representantes de la Fundación Ajanta, agentes de la policía alemana, un delegado de Interpol y dos funcionarios de inteligencia europea cuyos nombres nunca fueron mencionados en voz alta. Y en el centro, casi como una anomalía en aquel paisaje de profesionales de la seguridad, estaba Saraswati Prakash, con una carpeta de documentos técnicos frente a ella y una expresión que mezclaba determinación y agotamiento.

Kamala Deshmukh abrió la sesión con una frase que resonó en el silencio de la sala como una declaración de intenciones.

—Hemos identificado el punto de quiebre. Es hora de actuar.

Durante las semanas previas, el equipo había rastreado un precursor químico específico, un compuesto orgánico llamado ácido 4-metoxibenzoico modificado, que era esencial para cualquier intento serio de sintetizar Sattvium-3. No era una sustancia prohibida en sí misma, pero sus aplicaciones legítimas eran limitadas y su compra en grandes cantidades activaba alertas en los circuitos regulados. La Fundación Ajanta, trabajando con autoridades europeas, había logrado mapear cada transacción sospechosa de ese compuesto durante los últimos seis meses. El patrón era claro: varias empresas fachada habían adquirido cantidades inconsistentes con sus supuestas actividades comerciales. Esas empresas eran los nodos visibles de la sombra fractal.

Un agente alemán de unos cuarenta años, con el apellido Hoffmann bordado en su placa de identificación, señaló una serie de ubicaciones en un mapa digital proyectado en la pared.

—Hemos solicitado órdenes judiciales para intervenir simultáneamente en cinco puntos: Praga, Estambul, Ámsterdam, Róterdam y Mumbai. Cada ubicación corresponde a un laboratorio clandestino o a una instalación de almacenamiento. La operación será coordinada para ejecutarse en un lapso de dos horas, minimizando el riesgo de que una intervención alerte a las demás.

Saraswati escuchaba con atención, sintiendo el peso de lo que estaba a punto de ocurrir. No era solo una operación policial. Era el desenlace de meses de terror, de noches sin dormir, de amenazas que habían convertido su vida en una prisión invisible. Y el nombre de la operación, propuesto por Kamala en consulta con ella, era un homenaje que cargaba toda la historia personal que la había llevado hasta ese momento: Operación Nandini, en memoria de su hermano, cuya muerte en Hyderabad había marcado el inicio de su descenso al infierno.

—¿Cuál es mi rol? —preguntó Saraswati, aunque ya intuía la respuesta.

—Usted estará aquí, en este centro de mando —respondió Kamala—. A medida que los equipos intervengan las ubicaciones y aseguren evidencia, nos enviarán muestras y fotografías de equipamiento. Necesitamos que

usted nos diga, en tiempo real, si lo que estamos encontrando es relevante o no. Su conocimiento científico es la clave para determinar qué laboratorios son operativos y cuáles son solo fachadas.

La operación comenzó antes del amanecer. En Praga, un equipo de policía checa respaldado por agentes de Europol rodeó discretamente un edificio de tres pisos en un barrio industrial. Desde fuera parecía una pequeña empresa de cosméticos, con un letrero desgastado que prometía productos de belleza naturales. Pero las órdenes judiciales permitieron acceso completo, y lo que encontraron dentro confirmó las sospechas: reactores químicos, campanas de extracción, estanterías llenas de reactivos etiquetados de manera ambigua. No había nada que sugiriera fabricación de cosméticos. Todo apuntaba a síntesis química avanzada.

Mientras el equipo aseguraba la ubicación, tomaron fotografías del equipamiento y las enviaron de inmediato al centro de mando en Berlín. Saraswati las recibió en una tableta y las analizó con rapidez profesional.

—Ese es un reactor de síntesis de fase orgánica —dijo, señalando uno de los aparatos—. Y esa campana tiene filtros de carbón activado, lo que sugiere que están trabajando con compuestos volátiles. Es consistente con intentos de sintetizar moléculas complejas. Esto no es una fachada. Es un laboratorio activo.

Hoffmann tomó nota y transmitió la información al equipo en Praga. La confirmación científica significaba que la evidencia incautada tendría mayor peso en los procesos judiciales posteriores.

Simultáneamente, en Estambul, otro equipo intervenía un almacén portuario. La ubicación era más grande, más caótica, llena de contenedores apilados y pasillos estrechos donde la luz natural apenas penetraba. Los agentes turcos, coordinados con Interpol, encontraron una sección oculta detrás de una pared falsa. Dentro había equipamiento más sofisticado que el de Praga: cromatógrafos de líquidos de alta precisión, espectrómetros de masas, incluso un pequeño sistema de purificación por destilación fraccionada. Era un laboratorio diseñado no solo para sintetizar, sino para refinar y analizar.

Las imágenes llegaron al centro de mando. Saraswati las estudió con una mezcla de admiración técnica y repulsión moral.

—Esto es serio —dijo—. Tienen equipamiento de grado profesional. No es perfecto, hay algunos componentes que parecen improvisados, pero están mucho más cerca de lo que pensábamos. Si tuvieran acceso a la información que les falta, podrían lograrlo.

La revelación añadió urgencia a la operación. No se trataba solo de dismantelar laboratorios amateurs. Algunos de estos sitios tenían capacidades reales.

En Ámsterdam, el equipo encontró algo distinto. La ubicación era una oficina corporativa aparentemente legítima, con recepcionistas, salas de

reuniones y computadoras en escritorios ordenados. Pero en el sótano, accesible solo mediante una puerta con cerradura electrónica, había un centro de operaciones financieras. Servidores que procesaban transacciones, archivos digitales con registros de compras y ventas, cuentas bancarias distribuidas en paraísos fiscales. No era un laboratorio, sino el cerebro administrativo de la red.

—Esto es oro —dijo uno de los agentes de Interpol cuando revisaron los archivos incautados—. Aquí están los flujos de dinero, los contactos, los intermediarios. Esto nos permitirá rastrear a los líderes.

En Róterdam, el cuarto sitio resultó ser menos relevante de lo esperado. Era un almacén de precursores químicos, pero la cantidad y variedad eran insuficientes para sostener operaciones de síntesis a gran escala. Saraswati lo confirmó después de revisar el inventario fotografiado.

—Es un punto de distribución menor —dijo—. Probablemente abastecían a laboratorios más pequeños. Importante, pero no crítico.

Mumbai, sin embargo, fue el golpe más significativo. El equipo indio, apoyado por la Fundación Ajanta mediante contactos locales, intervino un edificio en la periferia de la ciudad que oficialmente funcionaba como centro de investigación farmacéutica privado. Tenía licencias aparentemente legítimas, personal registrado, incluso publicaciones científicas en revistas de bajo impacto. Pero la investigación real que ocurría allí no tenía nada que ver con los proyectos declarados. En un laboratorio del tercer piso, oculto tras puertas con acceso restringido, encontraron muestras de lo que parecía ser una versión casi funcional de Sattvium-3.

Las muestras fueron enviadas de inmediato a Berlín mediante transporte diplomático acelerado. Cuando llegaron, veinticuatro horas después del inicio de la operación, Saraswati las analizó con una meticulosidad que bordeaba la obsesión. Pasó horas en el laboratorio de la Fundación Ajanta, utilizando espectrometría de masas, resonancia magnética nuclear, cromatografía de alta precisión. Los resultados fueron inquietantes.

—Están muy cerca —dijo finalmente, con una voz que temblaba ligeramente—. La estructura molecular es casi idéntica a Sattvium-3. Hay un error en la quiralidad de uno de los centros estereogénicos, lo que significa que la molécula no funcionaría exactamente como debería, pero si alguien les corrige eso, tendrían una réplica funcional.

Kamala asintió, su expresión grave pero controlada.

—Entonces llegamos justo a tiempo.

La operación continuó durante tres días más, con detenciones selectivas basadas en la información obtenida en Ámsterdam. No fueron arrestos masivos ni redadas espectaculares. Fueron intervenciones quirúrgicas: abogados especializados en derecho internacional, contadores forenses que dismantelaron redes financieras, químicos que trabajaban para el cartel y

que, enfrentados con evidencia abrumadora, aceptaron cooperar con las autoridades a cambio de acuerdos de clemencia.

Uno de los líderes clave del cartel, un empresario búlgaro con conexiones en toda Europa del Este, fue arrestado en Sofía cuando intentaba abordar un vuelo privado hacia un país sin tratado de extradición. Otro, un intermediario paquistaní que coordinaba el tráfico de precursores químicos entre Asia y Europa, fue detenido en Dubái mediante cooperación internacional. No eran los únicos responsables, y la estructura fractal del cartel garantizaba que otros ocuparían sus lugares eventualmente, pero eran figuras centrales cuya caída desorganizaría las operaciones durante meses, quizá años.

A lo largo de esos días, Saraswati permaneció en el centro de mando, durmiendo pocas horas, analizando cada muestra que llegaba, respondiendo preguntas técnicas, guiando a los equipos sobre qué buscar en cada intervención. No era una heroína armada ni una agente de campo. Era una mente científica aplicada a dismantlar la perversión de su propio trabajo. Y en esa labor encontró una forma inesperada de redención.

Una noche, después de que las últimas detenciones fueron confirmadas, Kamala se sentó junto a ella en la sala ahora silenciosa del centro de mando. Las pantallas mostraban mapas actualizados donde varios nodos rojos habían sido reemplazados por marcas verdes que indicaban sitios dismantelados.

—Lo logramos —dijo Kamala con una sonrisa cansada—. No es el final, pero es un golpe que ellos no esperaban.

Saraswati miró las pantallas sin responder de inmediato. Sentía alivio, sí, pero también una fatiga que iba más allá de lo físico. Era el agotamiento acumulado de meses viviendo bajo amenaza, de noches sin dormir, de culpas que había cargado sin saber cómo liberarlas.

—¿Por qué Nandini? —preguntó Kamala después de un silencio—. Sé que era tu hermano, pero quiero saber qué significó para ti elegir ese nombre.

Saraswati respiró profundamente antes de responder.

—Nandini tenía once años cuando murió. Era brillante, curioso, lleno de preguntas que yo intentaba responder como podía. Siempre me decía que cuando creciera iba a ser científico como yo. Nunca tuvo esa oportunidad. Cuando el cartel empezó a usar la muerte de mi familia como moneda de chantaje, como herramienta para quebrarme, sentí que estaban profanando su memoria. Nombrar esta operación en su honor era mi manera de decir que su muerte no será utilizada para alimentar más violencia. Que su nombre, al menos una vez, estará del lado de la justicia.

Kamala asintió lentamente, con una expresión de respeto que no necesitaba palabras.

El capítulo concluye con Saraswati de regreso en su departamento en Berlín, una semana después del fin de la Operación Nandini. Las medidas

de seguridad siguen en su lugar, pero la atmósfera ha cambiado. Ya no siente que cada sombra es una amenaza, que cada ruido inesperado es el preludio de un ataque. La Fundación Ajanta le ha informado que, aunque la red criminal no ha sido eliminada por completo, su capacidad operativa ha sido severamente dañada. Los laboratorios desmantelados, los líderes detenidos y las cuentas financieras congeladas han creado un vacío que tomará tiempo llenar.

Saraswati se sienta frente a la ventana y observa la ciudad iluminada en la noche. Por primera vez en mucho tiempo, permite que una sensación de esperanza tenue pero real se instale en su pecho. La balanza, finalmente, se ha inclinado hacia el lado de la justicia. No es una victoria absoluta, pero es suficiente para seguir adelante. Es suficiente para creer que Sattvium-3 aún puede llegar al mundo de la manera correcta, sin que su legado sea manchado por la violencia que intentó apropiarse de él. Y en algún lugar de su memoria, siente que Nandini, de alguna forma que no puede explicar racionalmente, estaría orgulloso de lo que su nombre ayudó a lograr.

CAPÍTULO 14

La molécula abierta al mundo

La reunión que definiría el futuro global de Sattvium-3 tuvo lugar en una sala de conferencias de Ginebra, con vistas al lago Lemán y las montañas nevadas que se elevaban en el horizonte como testigos silenciosos de decisiones que afectarían a millones de personas. Alrededor de una mesa rectangular se sentaban representantes de Nouvelle Santé, la empresa farmacéutica francesa que había financiado las fases finales de los ensayos clínicos; delegados de la Fundación Ajanta; abogados especializados en propiedad intelectual; funcionarios de la Organización Mundial de la Salud; y, en una esquina ligeramente apartada como si quisiera mantenerse en la periferia de aquel escenario corporativo, Saraswati Prakash, con una carpeta de documentos frente a ella y una expresión que mezclaba determinación y agotamiento.

Kamala Deshmukh, quien había asumido un rol de mediadora entre los distintos actores, abrió la sesión con una frase que sintetizaba lo que estaba en juego.

—Hemos llegado hasta aquí protegiendo una molécula del crimen organizado. Ahora debemos protegerla de algo igualmente peligroso: la codicia institucionalizada.

El representante de Nouvelle Santé, un hombre de unos cincuenta años llamado Philippe Arnaud, se removió incómodo en su silla. Su empresa había invertido decenas de millones de euros en llevar Sattvium-3 desde el laboratorio hasta los ensayos clínicos en humanos. Tenía accionistas que esperaban retornos, tenía abogados que defendían patentes, tenía toda una maquinaria corporativa diseñada para maximizar beneficios. Pero también sabía, porque Kamala se lo había dejado muy claro en conversaciones

previas, que la Fundación Ajanta no permitiría que Sattvium-3 se convirtiera en otro caso de medicamento esencial bloqueado por patentes abusivas.

Durante las semanas previas a esa reunión, Saraswati había trabajado con abogados de la fundación para redactar un modelo de licencia que equilibrara los intereses comerciales legítimos de Nouvelle Santé con un acceso ético al tratamiento. No era una tarea sencilla. La industria farmacéutica operaba bajo una lógica donde la exclusividad garantizaba ganancias, y las ganancias financiaban investigación futura. Romper ese círculo sin destruirlo requería creatividad jurídica y voluntad política.

El modelo propuesto se estructuraba en tres niveles. En países de altos ingresos, Nouvelle Santé mantendría derechos de comercialización exclusiva durante un periodo limitado de cinco años, con precios regulados para evitar abusos. En países de ingresos medios, se implementaría un sistema de precios escalonados basado en capacidad de pago, permitiendo que versiones genéricas fueran producidas por laboratorios locales bajo licencias no exclusivas. Y en países de bajos ingresos, la transferencia de tecnología sería gratuita, permitiendo que gobiernos y organizaciones humanitarias produjeran el tratamiento sin pagar regalías.

Philippe Arnaud escuchó la propuesta con expresión inescrutable. Cuando Kamala terminó de explicar, él se inclinó hacia adelante y habló con un tono que intentaba ser pragmático sin parecer cínico.

—Entiendo la intención. Pero nuestros accionistas no aceptarán un modelo donde renunciamos a ganancias potenciales en mercados emergentes. Necesitamos al menos diez años de exclusividad en países desarrollados y regalías del cinco por ciento en todos los demás.

Saraswati, que hasta ese momento había permanecido en silencio, levantó la mirada y habló con una voz que, aunque tranquila, tenía un filo que cortaba el aire.

—Señor Arnaud, entiendo que su empresa necesita recuperar inversiones. Pero permítame recordarle algo. Sattvium-3 no existe porque Nouvelle Santé decidiera financiarla. Existe porque yo dediqué años de mi vida a desarrollarla, porque sobreviví a un atentado que mató a mi familia, porque resistí amenazas de un cartel criminal que quería convertirla en mercancía ilícita. Su empresa llegó al final del proceso. No al principio. Y si no aceptan estos términos, la Fundación Ajanta y yo encontraremos otros socios dispuestos a priorizar vidas humanas sobre márgenes de ganancia.

El silencio que siguió fue denso, incómodo. Philippe Arnaud la miró con una mezcla de sorpresa y respeto. No era común que un científico hablara con esa firmeza en negociaciones corporativas. Después de varios segundos, asintió lentamente.

—Cinco años de exclusividad en países desarrollados. Tres por ciento de regalías en países de ingresos medios. Transferencia gratuita en países de bajos ingresos. Y supervisión de un comité internacional que garantice cumplimiento. Esos son nuestros términos finales.

Kamala miró a Saraswati, quien asintió con una expresión que no revelaba triunfo, solo alivio cauteloso. No era perfecto, pero era suficiente. Era un acuerdo que permitiría que Sattvium-3 llegara al mundo sin quedar atrapado en las redes de patentes que habían bloqueado tantos otros tratamientos esenciales.

Los meses siguientes fueron de implementación acelerada. Nouvelle Santé inició la producción industrial del compuesto en sus plantas europeas, mientras que laboratorios en India, Brasil y Sudáfrica recibían transferencia de tecnología para fabricar versiones genéricas destinadas a sus regiones. La Fundación Ajanta, en coordinación con organismos internacionales, estableció un sistema de supervisión que monitoreaba precios, calidad y distribución en tiempo real. No era un sistema perfecto, había lagunas, había regiones donde la corrupción local dificultaba el acceso equitativo, pero era infinitamente mejor que el modelo tradicional de exclusividad corporativa absoluta.

La novela despliega entonces una serie de escenas en distintos continentes, cada una mostrando cómo Sattvium-3 comenzaba a transformar vidas de maneras que Saraswati había imaginado pero nunca había visto concretadas.

En una clínica de Bogotá, una mujer de treinta años llamada Claudia recibió su primera dosis del tratamiento. Había sobrevivido a un secuestro que la mantuvo cautiva durante ocho meses, y desde entonces vivía con pesadillas recurrentes, sobresaltos ante cualquier ruido fuerte, incapacidad para sostener relaciones íntimas porque el contacto físico le recordaba el trauma. Los primeros días después del tratamiento no mostraron cambios dramáticos. Pero hacia la tercera semana, algo comenzó a aflojarse. Los recuerdos seguían allí, intactos, pero ya no la ahogaban. Podía hablar de lo ocurrido sin desmoronarse, podía escuchar ruidos fuertes sin que su cuerpo entrara en pánico, podía permitir que alguien la abrazara sin sentir que las paredes se cerraban sobre ella. No era felicidad artificial. Era equilibrio recuperado.

En un hospital de Kigali, un exsoldado ruandés que había participado en combates durante conflictos regionales recibió tratamiento después de años de vivir con lo que los médicos habían diagnosticado como estrés postraumático severo. Había intentado terapia, había probado antidepresivos convencionales, había buscado refugio en la religión, pero nada había logrado silenciar las imágenes de violencia que lo perseguían cada noche. Sattvium-3 no borró esos recuerdos, pero los desactivó como detonantes automáticos de angustia. Podía recordar lo que había visto y hecho sin que esos recuerdos lo convirtieran en prisionero de su pasado.

En un centro de atención psicológica en Manila, sobrevivientes de un tifón devastador que había destruido comunidades enteras comenzaron a recibir el tratamiento como parte de un programa piloto coordinado por el Ministerio de Salud filipino y organizaciones humanitarias internacionales. Los resultados no fueron uniformes, había personas que respondían mejor

que otras, había quienes necesitaban dosis ajustadas o combinaciones con terapia psicológica, pero el patrón general era claro: Sattvium-3 permitía que las personas procesaran trauma sin quedar atrapadas en él.

Sin embargo, la novela no oculta las resistencias y complicaciones. En algunos países, sectores religiosos conservadores denunciaban el tratamiento como una forma de manipulación química que violaba la integridad del alma humana. Argumentaban que el sufrimiento tenía un propósito espiritual, que intentar aliviarlo farmacológicamente era una forma de arrogancia científica. En otros contextos, gobiernos autoritarios miraban con sospecha un medicamento que podía reducir la vulnerabilidad psicológica de sus poblaciones. Una población menos traumatizada, argumentaban discretamente algunos analistas políticos, era una población más difícil de manipular mediante miedo y propaganda.

También surgieron casos de uso desviado. En algunos círculos de élite en ciudades como Nueva York y Londres, Sattvium-3 comenzó a ser recetado off-label como una especie de droga de mejora cognitiva, no para tratar trauma sino para optimizar rendimiento emocional. La Fundación Ajanta y los organismos reguladores respondieron con campañas de información y restricciones más estrictas sobre prescripción, pero el problema persistía como una sombra inevitable de cualquier sustancia con potencial terapéutico.

Saraswati observaba todo esto desde una distancia que había elegido deliberadamente. Recibió invitaciones a foros globales, le ofrecieron premios científicos internacionales, la prensa la buscaba para entrevistas que prometían convertirla en figura pública. Pero ella declinó la mayoría. Aceptó algunos reconocimientos que consideró institucionales más que personales, participó en conferencias académicas donde podía hablar con rigor técnico en lugar de en frases simplificadas para consumo mediático, y siempre que hablaba públicamente insistía en el mismo mensaje: Sattvium-3 no era una panacea, no era una solución mágica, no eliminaba la necesidad de justicia social ni de terapia psicológica ni de estructuras comunitarias de apoyo. Era una herramienta. Una herramienta poderosa, sí, pero solo una herramienta.

En una de las pocas entrevistas extensas que concedió, a una periodista científica de The Lancet, Saraswati expresó con claridad su posición.

—La gente quiere creer en soluciones simples. Quiere pensar que una molécula puede resolver problemas que son fundamentalmente sociales y políticos. Sattvium-3 puede ayudar a personas individuales a vivir con sus traumas, pero no puede detener la violencia que causa esos traumas. No puede reemplazar terapia, no puede sustituir justicia, no puede compensar desigualdad. Si alguien piensa que mi trabajo resuelve el sufrimiento humano, está profundamente equivocado. Lo único que hace es abrir una ventana para que algunas personas puedan respirar un poco mejor.

Esas palabras fueron citadas repetidamente en debates éticos sobre el uso de psicofármacos avanzados, y Saraswati las defendía cada vez con la misma firmeza. No quería ser vista como salvadora. No quería que su molécula fuera idolatrada ni demonizada. Quería que fuera comprendida en su justa dimensión: una contribución científica importante, pero limitada, que requería vigilancia constante para evitar que fuera pervertida.

El capítulo avanza mostrando cómo, tres años después del lanzamiento global, Sattvium-3 había sido administrado a más de dos millones de personas en setenta países. Las estadísticas mostraban reducciones significativas en síntomas de estrés postraumático en aproximadamente el sesenta y cinco por ciento de los pacientes tratados, con efectos secundarios menores en la mayoría de los casos. No era un éxito absoluto, había fracasos, había personas para quienes el tratamiento no funcionaba o generaba reacciones adversas, pero la tendencia general era positiva.

Nouvelle Santé, cumpliendo los términos del acuerdo, había recuperado sus inversiones y generado ganancias moderadas sin caer en prácticas abusivas. La Fundación Ajanta continuaba supervisando el cumplimiento de precios escalonados y transferencia de tecnología, interviniendo cuando detectaban violaciones. El modelo no era perfecto, había tensiones constantes entre intereses comerciales y acceso equitativo, pero funcionaba mejor que los modelos previos aplicados a otros medicamentos esenciales.

Una tarde, mientras revisaba informes de distribución en distintos países, Saraswati recibió un correo electrónico de una mujer en Colombia. Era Claudia, la sobreviviente de secuestro que había recibido tratamiento en Bogotá. El mensaje era breve, casi tímido, pero contenía una gratitud que atravesó la pantalla como un golpe emocional.

"Doctora Prakash, no sé si leerá esto, pero quería que supiera que su trabajo me devolvió la posibilidad de vivir sin que cada día fuera una batalla contra mi propia mente. No olvidé lo que me pasó. Nunca lo olvidaré. Pero ahora puedo recordarlo sin desmoronarme. Puedo construir una vida. Puedo abrazar a mi hija sin temblar. Gracias."

Saraswati leyó el mensaje tres veces, sintiendo cómo algo se aflojaba en su pecho. No era redención completa, no borraba Frankfurt ni Hyderabad ni las amenazas que había enfrentado, pero era una confirmación de que su trabajo, pese a todo lo que había costado, estaba cumpliendo el propósito que había imaginado años atrás en aquel laboratorio de Bangalore.

El capítulo concluye con una escena en Ginebra, donde se celebraba una conferencia internacional sobre ética en psicofarmacología. Saraswati había aceptado participar como panelista, no porque buscara reconocimiento, sino porque consideraba esencial que las voces científicas participaran en debates sobre el uso de sus propios descubrimientos. Durante su intervención, habló con una honestidad que incomodó a algunos y resonó en otros.

—Sattvium-3 no es el final de nada. Es un capítulo en una conversación mucho más larga sobre qué significa sanar, quién decide cómo sanamos y bajo qué condiciones permitimos que la ciencia intervenga en nuestras mentes. He visto mi molécula salvar vidas. He visto también cómo es malinterpretada, explotada y temida. Todo eso es parte del proceso. La ciencia no existe en un vacío moral. Existe en el mundo, con toda su complejidad, y nosotros, como científicos, tenemos la responsabilidad de participar en las decisiones sobre cómo se usa nuestro trabajo. No podemos simplemente crear y alejarnos. No podemos pretender que nuestras manos están limpias porque nuestras intenciones eran buenas.

Cuando terminó su intervención, el auditorio permaneció en silencio durante varios segundos antes de que comenzaran los aplausos. No eran aplausos de celebración, sino de reconocimiento. Saraswati bajó del estrado y se sentó entre el público, consciente de que su papel en la historia de Sattvium-3 no había terminado. Nunca terminaría. Había creado algo que viviría más allá de ella, que sería usado, debatido, perfeccionado y, probablemente, también distorsionado en formas que aún no podía prever. Pero al menos, en este momento, mientras observaba a otras voces continuar el debate, sentía que la molécula estaba en el mundo de la manera más ética que había sido posible construir. Y eso, aunque imperfecto, era suficiente.

CAPÍTULO 15

La memoria como luz

El avión aterrizó en Hyderabad al amanecer, cuando la ciudad aún dormía bajo un velo de bruma tibia que el sol apenas comenzaba a disolver. Saraswati Prakash observó por la ventanilla cómo la pista se acercaba, cómo las luces del aeropuerto parpadeaban en la penumbra, cómo la geografía que había evitado durante más de una década se materializaba de nuevo bajo sus pies. Había estado en India varias veces desde su partida a Alemania, pero siempre había evitado Hyderabad. Había visitado Bangalore, Mumbai, Delhi, cualquier ciudad que no contuviera el peso de aquel día en el mercado. Pero ahora, después de todo lo que había ocurrido, después de Frankfurt y la Operación Nandini y el lanzamiento global de Sattvium-3, sentía que ya no podía seguir posponiendo este regreso.

El aeropuerto había cambiado. Era más grande, más moderno, lleno de tiendas y pantallas digitales que anunciaban vuelos en docenas de idiomas. Caminó por los pasillos sintiendo la extrañeza de reconocer algo que al mismo tiempo se había transformado en otra cosa. La ciudad que recordaba era más pequeña, más lenta, menos pulida. Esta Hyderabad tenía estaciones de metro, autopistas elevadas, barrios enteros que no existían cuando ella vivía allí. Era como regresar a un lugar que había seguido viviendo sin ella, indiferente a su ausencia.

Tomó un taxi hacia el centro. El conductor, un hombre mayor con un turbante sij y una sonrisa amable, intentó conversar en inglés entrecortado, pero Saraswati respondió en telugu, el idioma que había hablado en su infancia y que aún habitaba en algún rincón de su mente como un código dormido. El hombre pareció sorprendido y luego complacido, y durante el resto del trayecto le habló de cómo había cambiado la ciudad, de las nuevas empresas tecnológicas, de los edificios que crecían como hongos después de la lluvia. Saraswati escuchaba sin decir demasiado, mirando por la ventana cómo las calles se desplegaban con una mezcla de familiaridad y extrañeza.

Se alojó en un hotel discreto cerca del casco antiguo. Pasó el primer día caminando sin rumbo fijo, reconociendo esquinas, plazas, templos que seguían allí como testigos silenciosos de continuidad. Había barrios que parecían congelados en el tiempo, con los mismos comercios, las mismas fachadas descascaradas, los mismos olores a especias y gasolina. Y había otros barrios que habían sido completamente transformados, donde centros comerciales de cristal y acero ocupaban espacios que antes eran mercados al aire libre.

Pero no fue hasta el segundo día que reunió el valor para ir al memorial. Sabía dónde estaba, había buscado información en internet antes de viajar, había visto fotografías. Pero nada la había preparado para la sensación de estar allí, frente a aquel espacio sobrio y dolorosamente anodino que intentaba contener una tragedia que no cabía en ninguna forma arquitectónica.

El memorial estaba en una plaza pequeña, rodeada de árboles que proporcionaban sombra moteada sobre el suelo de piedra. En el centro había una estructura de mármol negro con placas de bronce donde estaban grabados los nombres de las víctimas del atentado. Doscientos cuarenta y tres personas. Doscientos cuarenta y tres vidas reducidas a líneas de texto. Saraswati se acercó lentamente, sintiendo cómo su respiración se volvía irregular, cómo sus manos temblaban sin que pudiera controlarlas.

Encontró los nombres de sus padres en la tercera placa. Rajesh Prakash. Meera Prakash. Y debajo, en la misma línea, el nombre de su hermano: Nandini Prakash, once años. Había flores marchitas apoyadas contra la base del monumento, algunas frescas, otras secas y quebradizas. No había multitudes. Solo unas pocas personas dispersas, algunas que parecían estar allí por primera vez, otras que probablemente venían con regularidad, manteniendo viva una memoria que el resto de la ciudad había aprendido a archivar.

Saraswati se quedó de pie frente a las placas durante mucho tiempo, sin moverse, sin hablar, simplemente permitiendo que la presencia de aquellos nombres la atravesara. No lloró. Había llorado tanto en los años posteriores al atentado que ahora las lágrimas parecían insuficientes, demasiado pequeñas para contener lo que sentía. En su lugar, había una forma de

silencio interno, una conversación sin palabras con las personas que ya no estaban pero que seguían habitando cada rincón de su mente.

Pensó en su padre, Rajesh, que había sido ingeniero civil y le había enseñado a mirar el mundo como un sistema de fuerzas en equilibrio. Le había mostrado cómo los puentes sostenían peso no a través de fuerza bruta, sino mediante distribución inteligente de cargas. Esa lección, comprendió ahora, había sido el fundamento invisible de todo su trabajo científico. Sattvium-3 no suprimía el trauma, lo redistribuía, lo convertía de una carga insostenible en algo que la mente podía integrar sin colapsar.

Pensó en su madre, Meera, que había sido profesora de literatura y le había leído poesía en voz alta cuando era niña. Le había enseñado que las palabras no solo describían el mundo, sino que lo organizaban, le daban forma, lo convertían en algo que podía ser comprendido. Y aunque Saraswati había elegido la ciencia en lugar de las letras, reconocía ahora que su trabajo también era una forma de escritura, un intento de dar lenguaje a experiencias que parecían estar más allá de cualquier lenguaje.

Y pensó en Nandini. Once años. Una vida apenas comenzada, llena de preguntas que nunca serían respondidas, de sueños que nunca se materializarían. Intentó imaginar quién habría sido si hubiera crecido. ¿Habría sido científico, como le decía que quería ser? ¿Habría encontrado otra vocación? ¿Habrían sido cercanos en la adultez o se habrían distanciado, como ocurre con tantos hermanos? Nunca lo sabría. Y esa imposibilidad de saber, esa puerta cerrada para siempre, era una de las formas más crueles en que el trauma operaba: no solo destruía lo que había sido, sino también todo lo que podría haber sido.

Pero junto al dolor, Saraswati también sentía algo más: rabia. Una rabia que nunca había desaparecido del todo, que se había mantenido latente bajo capas de disciplina científica y terapia psicológica. Rabia contra los responsables del atentado, que habían detonado aquella bomba sin pensar en las vidas que destruirían. Rabia contra las ideologías que convertían a seres humanos en objetivos abstractos. Rabia contra la casualidad absurda que había hecho que su familia estuviera en ese mercado en ese momento. No buscaba perdonar. No creía que el perdón fuera necesario ni siquiera posible en algunos casos. Pero sí comprendía que esa rabia, aunque legítima, no podía ser el centro de su existencia. Podía coexistir con otras cosas: con amor, con propósito, con una vida que seguía adelante pese a todo.

Se sentó en un banco cercano al memorial y cerró los ojos. Había una frase que había estado formándose en su mente durante meses, quizá años, y que ahora finalmente encontraba su expresión completa: el equilibrio es mi homenaje. No había podido devolverles la vida a sus padres ni a su hermano. No había podido cambiar el pasado ni castigar a todos los responsables ni reparar la injusticia fundamental de aquella pérdida. Pero había hecho algo distinto. Había tomado el caos que dejó aquella explosión y lo había convertido en estructura. Había creado una molécula que

permitía a otras personas vivir con sus heridas sin ser destruidas por ellas. No era supresión del dolor, sino organización del dolor. No era olvido, sino equilibrio.

Abrió los ojos y miró de nuevo las placas de nombres. La memoria pública, comprendió, era necesaria pero insuficiente. Aquellos nombres grabados en mármol eran importantes porque garantizaban que la tragedia no fuera borrada de la historia colectiva. Pero también reducían vidas complejas a listas y fechas, convertían personas en estadísticas. Su memoria privada, en cambio, mantenía vivos los detalles: la risa de su padre cuando contaba chistes malos, la manera en que su madre movía las manos al recitar poesía, las preguntas interminables de Nandini sobre cómo funcionaban las cosas. Esa memoria privada dolía más, pero también era más verdadera.

Permaneció en el memorial hasta que el sol comenzó a descender y las sombras de los árboles se alargaron sobre el suelo. Finalmente se levantó, se acercó una última vez a las placas y tocó con los dedos el nombre de su hermano. No dijo nada en voz alta. No hacía falta. Si había algo que su trabajo científico le había enseñado era que las conexiones no requerían palabras. Existían en niveles más profundos, en la estructura misma de cómo la mente organizaba el mundo.

Al día siguiente viajó a Bangalore. La ciudad donde había estudiado, donde había descubierto su vocación, donde había comenzado a construir el trabajo que eventualmente se convertiría en Sattvium-3. Caminó por el campus del Instituto Indio de Ciencias, ahora lleno de estudiantes que no la conocían, que pertenecían a una generación que no había vivido el atentado de Hyderabad como trauma nacional sino como dato histórico. Visitó el laboratorio donde había trabajado con el profesor Dev, aunque él ya no estaba allí, retirado hace años. El espacio había sido renovado, con equipamiento nuevo, pero conservaba la misma disposición general.

Se sentó en un banco bajo un árbol de tamarindo en el campus y observó a los estudiantes pasar. Algunos hablaban de exámenes, otros discutían proyectos, algunos simplemente caminaban en silencio con auriculares puestos. Era vida ordinaria, vida que continuaba sin dramatismo, sin conciencia de las tragedias que otros cargaban. Y eso, comprendió Saraswati, era exactamente como debía ser. El mundo no podía detenerse para honrar cada dolor individual. Tenía que seguir adelante, y quienes cargaban dolor tenían que encontrar maneras de seguir adelante con él.

Esa tarde visitó la casa donde había vivido durante sus años de estudiante, un pequeño apartamento en un edificio modesto cerca del campus. El edificio seguía allí, aunque ahora tenía una capa de pintura diferente y algunos balcones habían sido modificados. No entró. No necesitaba hacerlo. Solo quería estar en ese espacio, recordar cómo había sido entonces: joven, ambiciosa, llena de preguntas científicas, aún no tocada por la tragedia que vendría después.

Por primera vez en muchos años, Saraswati sintió que podía estar en esos lugares sin que el pasado la tragara entera. Podía recordar sin desmoronarse. Podía reconocer el dolor sin que el dolor la definiera completamente. La memoria, comprendió, no tenía que ser una cárcel. Podía ser una luz. Una luz que dolía al mirarla directamente, sí, pero que también iluminaba el camino, que mostraba de dónde venía y hacia dónde había decidido ir.

Esa noche, en su habitación de hotel, escribió una carta que nunca enviaría a nadie porque no había destinatario. Era una carta dirigida a sus padres, a su hermano, a las versiones de sí misma que habían existido antes del atentado. En ella explicaba lo que había hecho con su vida, las decisiones que había tomado, el trabajo que había creado. No pedía aprobación ni perdón. Solo ofrecía un relato, una manera de cerrar un círculo que nunca podría cerrarse del todo pero que al menos podía ser comprendido.

"He intentado construir equilibrio donde ustedes dejaron caos. No porque el caos fuera culpa suya, sino porque es lo único que sé hacer. No puedo devolverles la vida. No puedo cambiar lo que pasó. Pero pude crear algo que ayuda a otros a vivir con sus propios caos. Y eso, aunque imperfecto, aunque insuficiente, es mi forma de decir que sus vidas no fueron destruidas en vano. Que algo de lo que eran sigue existiendo en lo que he construido. El equilibrio es mi homenaje. Y seguirá siéndolo."

Dobló la carta y la guardó en su maleta. No la quemaría ni la tiraría. La conservaría como evidencia de este momento, de este regreso, de esta comprensión.

El capítulo concluye con Saraswati en el aeropuerto de Bangalore, esperando su vuelo de regreso a Berlín. Observa a las familias que se despiden, a los viajeros que arrastran maletas, a los niños que corren por los pasillos con esa energía sin filtro que solo la infancia permite. La vida continúa. Siempre continúa. Y ella también continúa, llevando consigo la memoria de quienes perdió, pero sin ser prisionera de esa memoria. La luz duele, pero guía. El dolor permanece, pero ya no asfixia. Y mientras el avión despegue y Hyderabad se convierte de nuevo en una constelación de luces bajo la noche, Saraswati comprende que el viaje de regreso no era hacia un lugar geográfico, sino hacia una forma de paz que no elimina el pasado, sino que lo integra. El equilibrio no es la ausencia de dolor. Es la capacidad de vivir con él sin que destruya todo lo demás. Y eso, finalmente, es lo que ha aprendido a hacer.

EPÍLOGO

La frontera que no debemos cruzar

Han pasado ocho años desde que Sattvium-3 fue lanzado al mundo, y Saraswati Prakash observa desde su oficina en Berlín cómo la molécula que creó sigue generando debates que probablemente nunca terminarán. No es una oficina de laboratorio. Ya no pasa sus días frente a microscopios ni

analizando espectros de resonancia magnética. Ahora su trabajo es distinto, más difuso, menos tangible pero igualmente crucial: participa en comités de bioética, revisa propuestas de nuevas aplicaciones de Sattvium-3, escribe artículos de divulgación científica donde insiste una y otra vez en la misma advertencia que ya nadie quiere escuchar porque prefieren las respuestas simples a las preguntas complejas.

La pregunta que la persigue, la que aparece en cada conferencia y en cada reunión de comité, es siempre la misma aunque se formule de maneras distintas: ¿hasta qué punto es legítimo usar la ciencia para aliviar el sufrimiento si sabemos que toda herramienta poderosa puede convertirse en instrumento de control? No hay una respuesta que satisfaga a todos. Los que han visto sus vidas transformadas por el tratamiento responden con gratitud que borra cualquier matiz.

Los que sospechan de cualquier forma de manipulación química responden con rechazo que ignora los beneficios reales. Y en el medio, donde habita la verdad incómoda, están quienes comprenden que ambas cosas pueden ser ciertas simultáneamente: Sattvium-3 alivia sufrimiento genuino y también puede ser usado para fines que traicionan su propósito original.

Los casos borderline comenzaron a aparecer tres años después del lanzamiento. En un país de Europa del Este cuyo nombre Saraswati prefiere no mencionar públicamente, el gobierno intentó implementar un programa donde trabajadores en condiciones laborales abusivas recibían tratamiento con Sattvium-3 para reducir el estrés que generaban jornadas extenuantes y salarios insuficientes.

La lógica era perversa pero aparentemente humanitaria: si no podemos cambiar las condiciones, al menos podemos hacer que las personas sufran menos bajo esas condiciones. La Fundación Ajanta intervino de inmediato, amenazando con revocar la licencia de distribución en ese país, argumentando que usar Sattvium-3 para adormecer a personas frente a la injusticia era precisamente el tipo de aplicación que la molécula debía evitar.

El caso generó debate internacional. Algunos argumentaban que cualquier alivio del sufrimiento era mejor que ninguno, que negarle tratamiento a esos trabajadores era una forma de elitismo ético que priorizaba pureza moral sobre bienestar real. Otros, incluyendo a Saraswati, insistían en que había una diferencia fundamental entre aliviar trauma legítimo y suprimir la capacidad de indignarse frente a la explotación. Sattvium-3 no estaba diseñado para hacer soportable lo insostenible. Estaba diseñado para permitir que personas que habían experimentado violencia genuina pudieran procesar esa experiencia sin quedar atrapadas en ella.

El debate nunca se resolvió del todo. El programa fue suspendido bajo presión internacional, pero la pregunta permaneció flotando en el aire: ¿quién decide cuándo el sufrimiento es legítimo de aliviar y cuándo debe ser preservado como señal de que algo está fundamentalmente mal?

¿Dónde está la línea entre estabilizar una mente herida y domesticar una mente rebelde?

Hubo otros casos. En algunas prisiones de países con sistemas penales represivos, se intentó administrar Sattvium-3 a prisioneros políticos argumentando que reducía el estrés del encarcelamiento. La Fundación Ajanta respondió con demandas legales y campañas públicas de denuncia. En ciertos contextos militares, se exploró la posibilidad de usar la molécula para reducir el estrés postraumático en soldados, pero también surgieron sospechas de que algunos mandos querían usarla para hacer que los soldados toleraran mejor situaciones inhumanas. Cada caso requería análisis específico, contexto cultural, comprensión de quién estaba proponiendo el uso y con qué intención.

Saraswati aprendió que la frontera ética no podía ser fijada de una vez y para siempre. No había un manual que dijera exactamente cuándo el uso de Sattvium-3 protegía la dignidad humana y cuándo la sacrificaba. Requería vigilancia constante, debate continuo, disposición a decir "no" incluso cuando eso significaba que algunas personas que podrían beneficiarse del tratamiento no tendrían acceso a él. Era una responsabilidad agotadora, imperfecta, llena de zonas grises que nunca se aclararían completamente.

La Fundación Ajanta se había convertido en uno de los guardianes de esa frontera, pero no era el único ni podía serlo. Otros actores emergieron: comités de bioética en universidades, organizaciones de derechos humanos, reguladores gubernamentales que variaban enormemente en competencia y buena fe.

El sistema era imperfecto, lleno de lagunas, vulnerable a corrupción y a presiones políticas. Pero era mejor que no tener sistema alguno. Era mejor que permitir que la molécula circulara sin supervisión, confiando en que las buenas intenciones serían suficientes para evitar abusos.

En una de las conferencias internacionales donde Saraswati participó como panelista, un joven estudiante de filosofía le hizo una pregunta que la persiguió durante semanas.

—Doctora Prakash, si hubiera sabido desde el principio todo lo que vendría después, todo el sufrimiento que causaría la lucha por controlar su molécula, todos los dilemas éticos que surgen ahora, ¿habría seguido adelante con la investigación?

Ella guardó silencio durante varios segundos antes de responder.

—No lo sé. Y creo que esa incertidumbre es importante. Si estuviera completamente segura de que hice lo correcto, sería arrogancia. Si estuviera completamente arrepentida, sería cobardía. La verdad es que Sattvium-3 ha aliviado sufrimiento real en millones de personas. También ha generado problemas que no existían antes. Ambas cosas son verdad. Y tengo que vivir con esa ambigüedad, igual que todos los científicos que crean herramientas poderosas. No podemos saber de antemano todas las

consecuencias de nuestro trabajo. Pero sí podemos comprometernos a participar en las decisiones sobre cómo se usa ese trabajo después de que existe. No podemos crear y luego lavarnos las manos. Ese es el privilegio y la carga de la ciencia.

La respuesta no satisfizo al estudiante, que probablemente esperaba algo más definitivo, más heroico o más trágico. Pero Saraswati había aprendido que la vida real rara vez ofrecía ese tipo de claridad narrativa.

Ahora, sentada en su oficina mientras revisa el informe más reciente sobre la distribución global de Sattvium-3, reflexiona sobre lo que ha cambiado y lo que permanece igual. El mundo es un poco mejor que hace ocho años. Las estadísticas lo confirman: millones de personas han recibido tratamiento, porcentajes significativos han experimentado mejoras en su calidad de vida, algunos han podido retomar trabajos o relaciones que habían abandonado porque el peso del trauma era insostenible. Eso es real. Eso cuenta.

Pero el mundo también sigue siendo frágil, violento, injusto. Sattvium-3 no ha abolido la guerra ni la pobreza ni el fanatismo que genera traumas en primer lugar. Sigue habiendo atentados, sigue habiendo violencia doméstica, sigue habiendo catástrofes naturales que destruyen comunidades enteras. La molécula no soluciona las causas del sufrimiento. Solo ayuda a algunas personas a vivir con las consecuencias de ese sufrimiento. Es una diferencia crucial que a menudo se pierde en el entusiasmo o en el rechazo.

Saraswati piensa en la frase que utilizó en Hyderabad, frente al memorial: el equilibrio es mi homenaje. Sigue siendo verdad, pero ahora comprende que el equilibrio no es un estado que se alcanza y se mantiene. Es un proceso continuo, una negociación constante entre fuerzas opuestas. La ciencia tira en una dirección, la ética en otra, la economía en una tercera, la política en una cuarta. Y en el centro de todas esas fuerzas está la pregunta fundamental: ¿qué significa proteger la dignidad humana cuando tienes el poder de alterar la mente humana?

La verdadera barrera protectora, comprende ahora, nunca fue solo hematoencefálica. Esa barrera biológica fue el desafío técnico que resolvió en el laboratorio. Pero la barrera que realmente importa es moral: la capacidad de decir "hasta aquí" incluso cuando podríamos ir más lejos. La capacidad de reconocer que no todo lo que es técnicamente posible es éticamente permisible. La capacidad de resistir la tentación de creer que una herramienta poderosa puede resolver problemas que requieren cambios sociales, políticos, estructurales.

En las últimas páginas de un cuaderno que mantiene desde hace años, Saraswati escribe una reflexión que nunca publicará pero que necesita articular para sí misma:

"La ciencia es una luz. Puede iluminar caminos que estaban en la oscuridad. Puede mostrar posibilidades que antes eran inimaginables. Pero también

puede incendiar si no se maneja con cuidado. No estoy segura de haber manejado mi luz perfectamente. Sé que cometí errores, que tomé decisiones basadas en información incompleta, que confié en personas que quizá no merecían esa confianza. Pero también sé que intenté, en cada momento crucial, preguntarme si lo que estaba haciendo protegía la dignidad o la sacrificaba.

No hay manual para esto. No hay fórmula que garantice que harás lo correcto. Solo hay la disposición a seguir preguntando, a seguir dudando, a seguir participando en la conversación sobre los límites de lo que debemos hacer con nuestro poder. Esa es la frontera que no debemos cruzar: la frontera donde dejamos de preguntarnos si debemos hacer algo simplemente porque podemos hacerlo.

Mi molécula seguirá existiendo después de que yo muera. Será perfeccionada, será copiada, será debatida por generaciones que no conocerán mi nombre. Y eso está bien. Así debe ser. La ciencia no pertenece a quienes la crean. Pertenece al mundo. Pero el mundo necesita personas dispuestas a sostener esa ciencia con manos conscientes de su peso, conscientes de su peligro, conscientes de que cada avance técnico viene acompañado de responsabilidades éticas que no se pueden delegar ni ignorar.

Esa es la esperanza: no que creemos herramientas perfectas, sino que creemos herramientas con humildad suficiente para reconocer sus límites. No que resolvamos todos los problemas, sino que no creemos problemas peores en el intento. No que eliminemos el sufrimiento, sino que no multipliquemos la violencia al intentar aliviarlo."

Cierra el cuaderno y mira por la ventana. Berlín se extiende bajo un cielo gris de invierno, con sus calles llenas de gente que vive vidas ordinarias sin saber que en esa oficina alguien sigue vigilando, sigue preguntándose, sigue intentando proteger una frontera que no se ve pero que determina el tipo de mundo en el que viven.

Saraswati Prakash tiene cincuenta y dos años. Su cabello comienza a mostrar mechones grises que ya no intenta ocultar. Sus manos, que alguna vez sostuvieron pipetas y reactivos con precisión milimétrica, ahora sostienen principalmente papeles, informes, propuestas que debe evaluar con un tipo diferente de precisión. No está en el centro de los laboratorios, pero sigue en el centro de la conversación sobre qué significa usar la ciencia de manera responsable.

Y mientras observa la ciudad en la distancia, comprende algo que no habría podido articular cuando era más joven: la grandeza de la ciencia no está solo en sus descubrimientos, sino en la humildad de quienes reconocen que esos descubrimientos pueden ser tanto bendición como maldición. La luz puede iluminar o puede incendiar. Todo depende de las manos que la sostienen y de la consciencia que guía esas manos.

El mundo sigue adelante, con Sattvium-3 circulando por sus venas como una molécula más entre millones, haciendo su trabajo silencioso en cerebros que nunca conocerán la historia completa de cómo llegó hasta ellos. Eso también está bien. La ciencia no necesita que cada beneficiario conozca el nombre de quien la creó. Necesita que funcione. Necesita que alivie. Necesita que no cause más daño del que previene.

Y en esa oficina en Berlín, una mujer que sobrevivió a la violencia y la convirtió en conocimiento sigue vigilando, sigue participando, sigue diciendo "hasta aquí" cuando es necesario. No es heroísmo. Es responsabilidad. Y es, quizá, la única forma honesta de responder a la pregunta que nunca deja de formularse: ¿qué hacemos con el poder de cambiar la mente humana?

La respuesta no está en hacer todo lo que podemos. Está en saber cuándo no hacerlo. Esa frontera invisible, esa línea que no debemos cruzar, es el verdadero legado de Saraswati Prakash. No la molécula en sí, sino la insistencia en que cada uso de esa molécula debe ser vigilado, cuestionado, evaluado no solo por su eficacia técnica sino por su impacto en la dignidad humana.

La ciencia es una luz. Y mientras haya personas dispuestas a sostenerla con manos conscientes de su peso, existe esperanza de que esa luz ilumine sin incendiar, de que muestre caminos sin destruir todo a su paso, de que sirva a la humanidad sin esclavizarla.

Esa es la frontera que no debemos cruzar. Y Saraswati, hasta el final de sus días, seguirá de pie en esa línea, recordándole al mundo que algunas barreras existen no para ser superadas, sino para ser respetadas.

—FIN